HARLEQUIN®

BIANCA®

aventura, intriga, pasión



340 ptas. - Argentina: $2.70 - México: $8.00

Amor dividido

Anne McAllister

Amor Dividido

Anne McAllister

1º Fletcher
Amor Dividio (30.4.1997)
Título Original: Finn's Twins! (1996)
Serie: 1º Fletcher
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Bianca 869
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Finn MacCauley e Izzy
Argumento:

¡Soltero y niñero!… En lo que se refiere al sexo femenino, Finn MacCauley es un experto. Excepto cuando las hembras en cuestión son sus sobrinas de seis años de edad y gemelas idénticas. Finn no está precisamente equipado para ser padre.

Izzy, por otra parte, es una madre ideal. ¡Si sólo no estuviera comprometida con otro hombre! ¡Todo lo que Finn tiene que hacer es persuadir a Izzy que ser temporalmente padres substitutos será terriblemente divertido, casi tanto como compartir el fascinante estilo de vida de Finn … y su cama!

Prólogo

Finn ignoró el teléfono que llevaba sonando unos minutos y siguió concentrado en la imagen que estaba revelando. Los labios de Angelina Fiorelli emergían poco a poco en el papel.

Había estado esperando todo el día esa ampliación en su búsqueda de la mirada seductora perfecta, entre las tomas del día anterior. No en vano era uno de los mejores fotógrafos de publicidad. Cuando tenía una idea la perseguía hasta verla realizada, y ninguna llamada de teléfono iba a interrumpirlo.

Se inclinó y no pudo reprimir una sonrisa de satisfacción al ver, a la tenue luz roja del cuarto, que había conseguido arrancar la sonrisa más insinuante de los labios sensuales de Fiorelli.

—¡Sí!

El teléfono sonó de nuevo.

Finn apretó los dientes. ¿Dónde demonios estaba Strong? ¿Por qué no contestaba?

Los conocidos labios carnosos de Angelina estaban ahora totalmente nítidos.

Quizá tenían un matiz de enojo. Fin tomó cuidadosamente la ampliación y la colocó en otro recipiente, a continuación sumergió otra.

El teléfono sonó de nuevo, luego paró. ¡Por fin! Finn se concentraba en el revelado de otra toma de los labios. Se oyó un golpe en la puerta.

—Déjame.

—Tú hermana está al teléfono.

Debería haberlo adivinado. Meg lo llamaba siempre en los momentos más inoportunos desde que había aprendido a hablar.

—Dile que la llamaré.

—Se lo he dicho, pero dice que es urgente.

—Estoy ocupado. Díselo.

Hubo una pausa.

—Está llorando.

—¡Dios mío!

No tenía que esforzarse mucho para imaginarse a su hermana llorando. La había visto y escuchado demasiadas veces. Seguro que su voz temblaba y sus enormes ojos azules estarían bañados en lágrimas. Le explicaría con voz entrecortada por el hipo la última crisis por la que tenía que pedir su ayuda.

Finn lo sabía todo demasiado bien. Y Strong, a veces madre cariñosa y a veces persona dura, según la ocasión, tampoco sabía muy bien cómo hacer que Meg se convirtiera en una persona independiente y segura de sí misma.

Finn dio un suspiro y tomó el auricular.

—¿Y ahora qué pasa?

—¡Ah, Finn! —dijo una voz llorosa —. ¡Es Roger!

—¿Quién es Roger?

—Roger de Fontaine. ¡Ya lo conoces!

Finn no tenía la más mínima idea.

—¿Algún amigo con el que sales últimamente?

—El hombre al que quiero, Finn —la voz temblaba de emoción—. Es la verdad.

—Ah —habían tenido la misma conversación un montón de veces antes. Finn se colocó el auricular entre la oreja y el hombro y volvió a los labios de Angelina Fiorelli. Esta toma tenía posibilidades si…

—Si pudiera convencerlo… —se quejaba Meg al otro lado del teléfono.

—¿Qué? —Finn no sabía lo que Meg decía. Apartó la vista de los labios de Angelina y volvió la atención a su hermana—. ¿Convencerlo de qué?

—De que lo quiero.

—Díselo —le parecía de lo más sencillo. Nunca se había enamorado de nadie, así que nunca había dicho aquellas palabras. Cuando se enamorara lo haría, aunque no sabía cuándo podría ser. ¿Por qué Meg tenía que complicarlo todo?

¡Especialmente su vida!

—Lo haría, Finn, pero… las niñas están aquí.

—Pues claro, ¿dónde si no iban a estar? —se refería a sus hijas. Eran gemelas, pelirrojas y se llamaban Tansy y Pansy; tenían cinco o seis años, no estaba seguro. No las conocía. Tampoco había conocido al padre, uno de los novios de Meg que le había durado lo suficiente como para dejarla embarazada. Alguien había dicho a Meg que había muerto en un accidente haciendo surf, cuando las gemelas tenían tres años.

Finn ni siquiera recordaba su nombre. Dudaba que Meg lo recordara.

Meg vivía en San Francisco. Él en Nueva York.

Ella le solía animar varias veces al año para que fuera a visitarla.

—Podías buscar un trabajo aquí —le había insinuado.

Podía, pero nunca lo hizo.

Lo más sensato era mantenerse a un continente de distancia. Y cuando tuvo a las gemelas él encontró aún más razones para permanecer alejado. A Fin no le gustaban los niños.

No estaba obligado, pensaba. No tenía ninguno, Meg los tenía, así que ella era la que tenía que responsabilizarse. Se lo había dicho en más de una ocasión.

—Lo sé, lo sé —aseguraba al otro lado del teléfono—, pero si

Roger y yo pudiéramos estar solos un tiempo no habría problemas. Podríamos casarnos y entonces tendrían dos padres.

—Buena idea.

—Pero tengo que convencerlo. —Puedes contratar a una chica y salir a cenar con él una noche.

—Necesitamos más que una cena, Finn. Necesitamos tiempo. Días. Semanas.

—¿Semanas?

—Sólo dos —dijo deprisa—. Pero ahora que las niñas no están en el colegio es más difícil estar a solas.

—Mándalas a un campamento.

—¿Campamento? Eso cuesta mucho dinero, ¿verdad?

—No lo sé. Creo que voy a pensarlo —la voz llorosa se oyó de nuevo—, pero no quiero pedir a Roger dinero antes de que estemos… dio un suspiro—. Y sabes que yo no puedo —Meg vivía con lo justo, siempre había sido así. Sólo tenía dinero para hacer algún extra cuando pedía a Finn.

Como ahora.

Meg suspiró al otro lado de la línea. Finn apretó los dientes.

—Tienes que estabilizarte, Meg —le dijo—. Tienes que madurar, hacerte responsable.

Hizo un ruido que sonó a sollozo.

—Lo estoy intentando. Te digo que Roger y yo…

—Ten paciencia.

—Sí. ¡Será un padre maravilloso, estoy segura! Es fuerte y sabe muchas cosas, y es muy inteligente.

—Muy bien —¿entonces qué ve en ti?, quiso decir Finn—. Te mandaré mil dólares, con ello podrás mandarlas quince días a un buen campamento.

—¡Claro, así claro que podré! —de repente desapareció toda la queja en su voz

—. Sabía que me ayudarías. ¡Eres el mejor hermano del mundo, Finn!

—No hace falta que me convenzas a mí, tienes que convencer a Roger. Esas hijas tuyas necesitan un padre fuerte y seguro —y Meg necesitaba alguien en quien apoyarse.

—Lo sé —admitió Meg—. Tienes toda la razón.

—Así que consígueles uno.

Finn colgó el auricular, satisfecho de haber solucionado el último problema de su hermana, y volvió a los labios sensuales de Angelina Fiorelli.

Capítulo 1

Su estudio estaba en el cuarto piso de un edificio de ladrillo de Chelsea. Izzy encontró su nombre en el vestíbulo: Finn MacCauley, fotógrafo.

—Es un fotógrafo de la naturaleza —le había dicho Meg sonriendo.

—Ah —murmuró Izzy, mirando a su alrededor, pensando en que Meg quizás estuviera equivocada.

Pero lo que Finn MacCauley le hubiera dicho a su hermana no era problema suyo. Tan pronto como terminara sus obligaciones se iría a ver a Sam. La muchacha se estiró bajo el peso que llevaba en la espalda, tomó ambas bolsas y se dirigió hacia el ascensor.

—Vamos, niñas.

Dos cabezas pelirrojas idénticas la siguieron.

—¿Es aquí? —preguntó Tansy con curiosidad, mirando la entrada sucia. Olía a tabaco y a otras cosas que Izzy no quería admitir—. ¿Vive aquí el tío Finn? —insistió la niña.

—Por supuesto que no. Estoy segura de que vive en otro sitio más elegante —

dijo Izzy, queriendo convencerse a sí misma. Metió a las niñas en el ascensor y apretó el botón del cuarto piso. La puerta se cerró y el ascensor comenzó a subir despacio—.

Este lugar es donde hace las fotografías de la naturaleza —de ratas probablemente.

El ascensor se paró. La puerta se abrió lentamente y llegaron a un diminuto vestíbulo con una puerta. Llamen para entrar, rezaba un cartel.

Izzy llamó y se oyó un zumbido. Empujó la puerta y entraron.

Hacía fotografías de la naturaleza, sí, pero no las que había imaginado. Nada más entrar se encontró de frente con una fotografía en blanco y negro de tamaño natural de una provocadora rubia vestida únicamente con su larga melena.

Los ojos de Izzy se abrieron sorprendidos, luego los cerró rápidamente sin creer del todo lo que veía. Habría puesto las manos delante de los ojos de las niñas, pero eran cuatro ojos y ella sólo tenía dos manos.

—¿Puedo ayudarla en algo?

En la estrecha salita que hacía de recepción había una mesa y detrás una mujer de unos cincuenta años, tenía el pelo gris peinado de una manera antigua, y ojos marrones detrás de unas gafas de concha.

Izzy empujó a las niñas para que no siguieran mirando la foto de la pared.

—Quería ver al señor MacCauley.

La mujer pareció dudar, e Izzy no podía culparla.

—¿Tiene… cita?
—He traído a las niñas.
La mujer miró a las gemelas.
—¡Oh, Dios mío. Tienen que ser mucho más mayores.
—Tienen seis años —comenzó Izzy. Luego se dio cuenta de lo que la mujer quería decir, y en ese momento comprendió que Finn MacCauley no sabía nada.
—No están aquí para ser fotografiadas, son sus sobrinas.
—¿Sobrinas? —los ojos de la mujer se abrieron casi hasta el tamaño de sus gafas. La boca se plegó en una mueca de desaprobación —. ¿Eres… Meg?
—Soy su vecina.
—¿Qué vecina?
—La vecina de Meg. Vive en la puerta de al lado, en San Francisco. No es que seamos muy amigas, quiero decir Meg y yo. Soy amiga de las niñas —añadió, mirando a ambas. Ellas asintieron con la cabeza.
La mujer miró sorprendida.
—Pero cuando le dije a Meg que venía a Nueva York para reunirme con mi novio, me pidió que las trajera.
—¿Que las trajeras?
—A la casa de su tío —dijo Izzy con firmeza, por si había algún malentendido—
el señor MacCauley.
—¡Dios mío! —la mujer contempló a las niñas, luego miró al teléfono.
Finalmente tomó el auricular y se quedó pensativa—. No le va a gustar esto —
murmuró.
Antes de que marcara la puerta que había detrás de su mesa se abrió y entró un hombre precipitadamente.
Izzy sintió una punzada en el estómago y su corazón dio un vuelco. Ese hombre le recordaba a la ilustración de un pirata de un libro que su abuelo le había regalado hacía tiempo.
El hombre tenía el cabello oscuro y la mandíbula perfectamente afeitada. Su cara era delgada, de rasgos angulosos. Su nariz era recta. Llevaba unos vaqueros azules gastados y una camisa con las mangas plegadas hacia arriba. Debía de medir un metro setenta y cinco, aunque parecía más alto. Su energía, o enfado, parecía ocupar bastante espacio. Meg había dicho que tenía algo agresivo, Izzy pensó que esa no era la palabra adecuada. Su pelo negro y crespo resaltaba contra su cara bronceada y estaba despeinado.
—¿Dónde están? —preguntó. Pasó al lado de la recepcionista y se puso frente a Izzy—. ¡Vienen tarde!
—Estaba diciendo que…

—Llama a Tony. ¡Si cree que voy a estar toda la tarde esperando que vengan sus maravillosas muñequitas, está equivocado!

La recepcionista intentó decir algo.

—¡Ahora! —ordenó. A continuación volvió por donde había entrado y cerró la puerta con un golpe fuerte.

—¿Qué pasa? —preguntó Pansy con inquietud, tomando la mano de Izzy.

—Ssss —sugirió Izzy.

La puerta se abrió de nuevo y el hombre apareció.

—Dile que o llegan en cinco minutos, o que se olvide de lodo, y fotografiaré a las primeras chicas que aparezcan.

Tansy y Pansy suspiraron con temor.

Entonces el hombre las vio.

Las niñas intentaron esconderse detrás de la falda de Izzy. El pirata puso sus ojos temibles sobre ellas.

—¿Quién demonios sois vosotras? —luego miró a Izzy.

Izzy apretó las rodillas, para que dejaran de chocar entre ellas y alzó la barbilla.

—Mi nombre es Isobel Rule —dijo con firmeza—. Usted es, me imagino, el señor MacCauley, ¿no es así? Le he traído a sus sobrinas.

Desde luego no se esperaba que se pusiera muy contento, pero por lo menos sí que dijera: muy bien, se suponía que llegaban hoy. Lo había olvidado.

Miró con cara de perplejidad.

—¿Traer a mis… sobrinas? —miró a las niñas, luego su cara se puso pálida—.

¿Qué demonios estás diciendo?

—Izzy frunció el ceño.

—Cuide las palabras, señor MacCauley.

Él no hizo ningún caso. Miró a las niñas de nuevo.

—¿Me estás diciendo… las niñas de Meg?

—¿No las conoce?

—Nunca las había visto —dijo con franqueza—. ¿Qué están haciendo aquí?

—Las he traído para que se queden con usted.

La recepcionista suspiró profundamente.

La cara de enfado de Finn MacCauley aumentó.

—¿Para quedarse? ¿Conmigo? Estás bromeando.

—No, no estoy bromeando.

El hombre se quedó un momento callado, se pasó las manos por el pelo, despeinándoselo más.

—De acuerdo —exclamó finalmente. A continuación sus ojos se suavizaron—.

¿Y dónde está Meg? ¿Escondida en el ascensor para darme otra

sorpresa?

—Ella está en Bora Bora —dijo Izzy.

Toda la suavidad de sus ojos desapareció inmediatamente.

—¿Quéee?

Izzy retrocedió, y al chocarse con las gemelas estuvo a punto de perder el equilibrio. Se puso rígida, maldiciendo a Meg por haberla metido en ese lío, y se encogió de hombros—. Se marchó ayer noche con su novio. Dijo que usted la había animado a que se fuera —añadió de manera acusadora.

—¡Es una mentirosa, una víbora…!

—¡Señor MacCauley! —no es que le pareciera otra cosa a Izzy, pero no podía ser dicho delante de sus hijas.

Finn se calló el resto de la frase, se metió las manos en los bolsillos y se dio la vuelta.

De repente se oyó el timbre de la puerta. La recepcionista abrió inmediatamente y entraron dos chicas de pelo castaño y faldas diminutas.

—Hola, Finn, cariño. Perdona que nos hayamos retrasado, ¡había un tráfico en la Séptima Avenida que no puedes imaginar! —dijo la más alta sin aliento.

Pasaron al lado de Izzy y de las gemelas como si fueran muebles, y se dirigieron hacia Finn para besarlo en las mejillas y acariciarle el pelo.

—Tony te manda saludos. Te da las gracias por el favor. ¿Dónde quieres que nos pongamos? —la más baja estaba ya quitándose el jersey mientras se dirigía a la puerta por donde Finn había salido. La más alta se quedó un momento mirándolo con unos ojos de pestañas larguísimas, y luego siguió a su amiga.

Nadie se movió. Finn se intentó ordenar el pelo revuelto y miró a las gemelas.

—Sentaos aquí —ordenó, señalando el banco que había debajo de la fotografía en blanco y negro. Ellas tragaron saliva y se dispusieron a obedecer rápidamente.

—Tú también —ordenó a Izzy.

—Tengo que irme —se quejó—. Sólo he venido a traerlas…

—Siéntate y espera o llévatelas contigo.

—No voy a llevármelas…

—Entonces espera, ¡maldita sea! Si no te buscaré hasta el fin del mundo.

Y por supuesto que lo haría, pensó Finn enfadado, mientras iluminaba las espaldas prácticamente desnudas de las dos muchachas.

—¿No has terminado todavía? —preguntó una de ellas—. Estoy cansada.

—Llevas horas haciéndonos fotos —se quejó la otra—. Es tarde.

Tony nos esperaba a las seis.

—Dejad de quejaros.

—Tenemos calor.

—Tony no nos dijo que sería tanto tiempo… o que fuera a ser tan aburrido. La luz me hace daño en los ojos.

Las chicas siguieron soltando risitas y quejándose. Finn dio un suspiro de resignación. Aun así eran mejores que lo que le esperaba.

¡Maldita Meg! ¿Cómo le podía hacer eso? ¿Qué pensaría que podía hacer él con un par de niñas de cinco, o seis años, mientras que ella se iba de viaje a Bora Bora?

Era evidente lo que pensaba, que él las cuidaría, como en general todo lo concerniente a su vida. Sólo tenía que dejarlas a su puerta y el bueno de Finn no tendría otra opción que ayudarla, una vez más.

Frunció el ceño y exclamó una maldición.

Las chicas lo miraron.

—¿Qué has dicho? —exclamaron, mirándolo enfadadas.

Finn se estiró y se pasó una mano por el cabello.

—Ya está, hemos terminado. Podéis iros.

Se marcharon y Finn terminó de clasificar los rollos usados para que Strong los mandara al laboratorio. Luego recogió todo: quitó los almohadones, apagó las luces, quitó las pantallas. Hizo todo lo posible para hacer tiempo y evitar lo inevitable: las gemelas.

Por lo menos había venido con ellas la chica que las cuidaba, la misma que había traído el desastre a su puerta. Desde ahí las escuchaba a las tres.

Isobel Rule parecía suficiente madura, pero no parecía mucho mayor que las gemelas. Quizá por la ropa que llevaba, parecía que la había encontrado en una tienda de segunda mano, o en la basura. Finn pensaba que era el tipo de vestimenta que llevaban los hippies en los setenta.

Parecía una cantante de folk, con una melena larga y castaña con raya al medio, y la cara sin nada de maquillaje. Tenía un cutis rosado con algunas pecas. ¿En qué estaba pensando Meg para enviar a las gemelas con una adolescente? ¿Y por qué había mandado a las gemelas?

¿Y cómo osaba esa hippy de Isobel Rule mirarlo con desafío y criticar su lenguaje en frente de las gemelas?

¡Había sido suave comparado con lo que pensaba!

Quizá Strong estuviera dispuesta a llevárselas a su casa hasta conseguir que su hermana y su novio volvieran de su paraíso en la Polinesia. Sí, esa era la solución, decidió Finn. Strong era una mujer maternal. Tenía marido, o por lo menos eso era lo que él creía.

No importaba, pensó. Con las relaciones que tenía no tardaría más de un día o dos conseguir que Meg volviera.

Mientras tanto las dejaría con Strong.

Pero Strong se había marchado.

—¿Dónde está Strong? —preguntó Finn a Isobel Rule.

Su recepcionista había desaparecido. De hecho una de las pelirrojas estaba sentada en su silla, o había estado hasta que él abrió la puerta. Se había levantado rápidamente y se había escondido detrás de Isobel.

Isobel estaba sentada en la silla al lado del retrato a tamaño natural de la modelo del año anterior, Tawnee Davis. Habia aparecido en la cubierta de una de las revistas más conocidas, Alta Sociedad, y se había hecho famosa con sus maravillosas curvas, algunas zonas oscuras y un maravilloso pelo rubio.

Isobel era el contrapunto. Redonda donde Tawnee era sensual, cubierta donde Tawnee estaba desnuda. Su pelo castaño rizado no era menos brillante, sus ojos limpios hablaban de inocencia más que de seducción.

No parecía importarle. Miró a Finn.

—La he dicho que se fuera a casa.

—¿Qué tú la has dicho que se vaya a casa?

—Bueno, son más de las siete —se levantó y dejó el libro que había estado leyendo—. La pobre mujer dijo que había estado aquí desde las ocho de la mañana.

Ella tiene su vida, no como usted, aparentemente. Así que le dije que se fuera. Tenía que cocinar para Tom.

—¿Quién es Tom?

—Su marido —dijo Isobel suspirando—. Pobre hombre, todo el día de pie. No sabía que había policías en Nueva York. Me alegro de saberlo, eso hace que la ciudad me parezca un sitio más seguro. ¿No le parece? La boca de Finn se abrió y luego se cerró.

¿El marido de Strong se llamaba Tom? ¿Era policía? Él no tenía idea. Todo lo que sabía de ella, después de siete años trabajando juntos, era que nunca estaba enferma y que hacía que todo lo relacionado con el estudio funcionara de manera fluida, aunque el mundo a su alrededor fuera un infierno.

Finn miró a su alrededor, intentando recuperarse. Una de las gemelas lo miraba a través de una cámara Kodak del siglo pasado que él guardaba en una vitrina.

—Deja eso —ordenó.

La gemela dejó la cámara pero no se escondió detrás de Isobel como la otra. Por el contrario, lo miró fijamente.

—¿Por qué? —preguntó solemnemente.

—Porque no es un juguete.

—No estaba jugando.

—¿Qué estabas haciendo?

—Enmarcando ogros.

—¡Tansy!

Los ojos de Finn parpadearon ante la exclamación de Isobel, que se ruborizó violentamente.

—Es lo que me has dicho que haga —protestó Tansy, que parecía indignada—.

Me dijiste que ais… ais…

—Aislaras —añadió Isobel resignada.

—Eso, que aislara las cosas que me daban miedo, y así no me volverían asustar

—terminó la niña, señalando en la dirección de Finn—. Tenías razón.

—¿Ya no te asusto?

Tansy negó con la cabeza.

Finn miró a la niña que lo miraba desde detrás de Isobel.

—¿Y qué me dices tú? ¿Te asusto?

—No —replicó Pansy.

—Pues deberías.

—¡Señor MacCauley! —el color de las mejillas de Isobel se hizo más intenso.

¿Era por enfado? ¿Qué?

—¡Deje de asustarlas! Debería avergonzarse por asustar a unas niñas pequeñas.

—¿Las estoy asustando?

Isobel apretó los dientes y se volvió a las niñas.

—Está bromeando —aseguró.

—Espera un momento…

—Tenías razón en enmarcarlo, Tansy —continuó Isobel ignorándolo—. Has sido inteligente. Como habrás visto, en realidad no es tan fiero.

—¡Al diablo!

Las tres miraron a Finn, las gemelas con la boca abierta e Isobel con cara de consternación por su lenguaje. Finn la miró con el ceño fruncido, y aunque hizo un esfuerzo por disimular, se ruborizó.

Soltó una maldición entre dientes y se volvió. Entonces vio de nuevo la silla vacía de Strong, y recordó que no había nadie que pudiera quedarse con las gemelas.

Excepto, y su mirada se posó en ella, la señorita Isobel Rule.

¿Era una señorita? Finn observó sus manos intentando encontrar un anillo, pero llevaba las manos en los bolsillos de la falda.

—No puedo quedarme con ellas —exclamó Finn repentinamente.

—Meg dijo…

—No es la primera vez que Meg se equivoca —levantó una mano señalando a su alrededor—. ¿Ves aquí alguna muñeca? ¿Algún

juguete? ¿Algún rompecabezas?

No, no lo ves. ¿Por qué? Porque no es un centro de niños. ¡Repito, no es un centro para menores! No puedo quedarme con ellas.

—Usted es su tío —dijo Isobel despacio—. No tienen ningún otro.

—Te tienen a ti.

—¿A mí?

—¿Por qué no a ti? Tú las has traído.

—Porque Meg me lo pidió —declaró, mirando a las gemelas con aprensión.

Lo cual significaba que era otra de las víctimas de Meg. Y eso, en otras circunstancias, habría hecho que se solidarizara con ella, pero no en esos momentos.

—Tenías que haberte negado.

—Yo creí que las estabas esperando.

—¿Crees que aceptaría cuidarlas? ¿Crees que puedo traérmelas todo el día aquí y que me vean cómo hago fotos?

—Ella dijo que hacías fotos de la naturaleza —respondió Isobel sin inmutarse.

—Que se vaya al infierno…

Las niñas suspiraron hondo. Isobel lo miró furiosa.

—Ya es suficiente. Ahora las ha aterrorizado. No se va a ir a ningún sitio, niñas

—les aseguró—. Mamá está bien, y vosotras también vais a estar bien. Vuestro tío está enfadado, eso es todo. Evidentemente no es tan flexible como uno puede ser —

Isobel dirigió una mirada acusadora en la dirección de Finn—. Eso no quiere decir que no os quiera —le lanzó una mirada desafiante—, sólo tiene que acostumbrarse al cambio que ha sufrido su vida.

—Nuestras vidas —declaró Finn.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Isobel, con una sombra de duda en los ojos.

—¿Quiere que no haya problemas? ¿Quiere que las niñas estén tranquilas y seguras? Muy bien. Pues entonces no es sólo mi vida la que va a cambiar. Si se van a quedar conmigo dos semanas, son suyas también, Isobel Rule.

Capítulo 2

Se fue con él. Sólo porque las gemelas, incluso Tansy que era la más valiente de las dos, temían verse abandonadas en manos de su tío Finn. Y porque sentía el deber moral de asegurarse de que Finn MacCauley no era tan horrible como demostraba ser.

¿Y no estaba bien que la gente tuviera su ética? Eso era lo que iba pensando Izzy mientras trataba de mantener el paso de Finn a lo largo de Amsterdam Avenue.

Para hacer honor a sus antepasados piratas, Finn MacCauley siguió maldiciendo y soltando juramentos en el camino cuando las niñas se quedaban rezagadas, o cuando tuvieron que tomar un taxi, siendo mucho más rápido y barato el metro.

—Pero no con equipaje —protestó Izzy. Y Finn se quejó cuando tuvo que meter y sacar las maletas del maletero. Tuvieron que bajarse dos manzanas antes del edificio de su apartamento en Upper West Side porque se vieron atrapados en un atasco, y entonces se quejó de tener que ir al ritmo de unas niñas de seis años.

Izzy miró alrededor para asegurarse de que las niñas no estaban mirando y le dio una patada en la espinilla.

—¡Mira por donde vas! —exclamó Finn—. ¿Qué demonios estás haciendo?

—Cállate —ordenó Izzy con una sonrisa maliciosa, tuteándolo por primera vez

—. ¿Qué estoy haciendo?

Finn, primero enfadado, luego al parecer sintiéndose culpable, miró a las gemelas que estaban observando a un muchacho que patinaba a toda velocidad entre el tráfico—. No están poniendo atención —murmuró.

—Antes sí, y no las hacías sentirse bienvenidas.

—No lo son.

Izzy le volvió a dar otra patada.

—¡Ay! ¡Maldita sea! —exclamó, inclinándose para frotarse la pierna dolida, luego miró a los zapatos de Izzy—. ¿Tienen acero las punteras de tus zapatos?

—No, pero me gustaría —respondió Izzy, que consiguió ponerse a su nivel al disminuir Finn la velocidad—. Estoy segura de que estás enfadado —declaró, sintiéndose un poco culpable de lo que había hecho—. Pero no tienes que pagarlo con las niñas. Ellas no tienen la culpa de que su madre sea… —se interrumpió intentando buscar una palabra educada.

—¿Una estúpida? ¿Una idiota irresponsable? ¿O te gustaría que dijera algo más fuerte?

Izzy trató de disimular una sonrisa.

—Yo no diría eso, pero…

—Yo sí —dijo Finn enfadado.

Izzy reconocía la voz de la experiencia cuando aparecía.

—No parece que sea muy irresponsable. Meg es un cielo, es dulce, divertida, entusiasta…

—¿Generosa? —sugirió Finn con ironía.

Esta vez Izzy no pudo disimular una sonrisa.

—A su manera.

Finn no dijo nada más. Se paró y subió los escalones de la entrada de un edificio de piedra marrón, dejó los bultos en el suelo y sacó unas llaves del bolsillo. Las gemelas se pusieron a ambos lados de Izzy, mirando cómo abría la puerta.

—Tercer piso —les informó.

El apartamento rodeaba todo el edificio. Había una sala enorme con grandes ventanas que daban a la parte delantera del edificio, y ventanas de estilo francés que daban a una terraza, en la parte de atrás. La cocina era pequeña pero bien equipada, con armarios sencillos de color blanco, y sobre ellos estanterías de azulejos de color verde oscuro, de las que colgaban una surtida variedad de cazuelas de cobre y sartenes. La sala por donde entraron tenia el suelo de madera y sobre él varias alfombras de dibujos geométricos; un sofá enorme de piel y sillas a juego, y algunas fotografías en blanco y negro, una de un ciervo comiendo en un claro, otra de un lobo aullando a la luna, completaban el mobiliario. Izzy se quedó mirando sorprendida.

—Tómalo o déjalo, señorita —declaró Finn detrás de ella, y la empujó hacia dentro, luego cerró la puerta con el pie, y dejó los bultos con un gesto de dramatismo.

—No eran muy pesadas —protestó Izzy—. Las llevé yo sola hasta el aeropuerto.

Finn murmuró algo sin aliento.

Izzy no le hizo caso y continuó admirando el apartamento, no había visto nunca nada igual. Ella había vivido en San Francisco desde que se quedó huérfana con siete años, y se fue a vivir con su abuelo. Su casa siempre había estado repleta de cosas, muchas de ellas antiguas, pero resultaba acogedora.

En una de las esquinas, escondida por uno de los armarios, arrancaba una escalera circular de madera y acero. En la parte de la habitación que daba a la terraza, había un rincón más acogedor con un sillón mullido, un balancín de madera y una estantería de libros, los cuales parecían todos caros y bien cuidados, y no como los que había en casa de su abuelo, viejos y usados. Detrás de las ventanas de estilo francés, estaba la pequeña terraza, donde había una mesa y dos sillas que daban a los jardines del edificio. No eran muy bonitos, pero desde luego resultaba más estético que los cubos de basura que veía

desde su habitación cada mañana.

—¿Has terminado? —preguntó Finn burlándose.

Izzy sintió que se ruborizaba.

—Es lo que obtienes por invitar a paletos a tu casa.

Finn la miró con sus ojos azules, e Izzy deseó que el suelo se abriera y la tragara. Luego se volvió hacia las niñas.

—Vosotras dormiréis arriba —declaró, mientras tomaba los bultos una vez más

—. Vamos. Tú también, no vas a dormir en el suelo —dijo a Izzy.

—Yo no voy a dormir en ningún sitio. Yo me voy a marchar. Yo…

—Si te vas ellas se irán contigo —declaró Finn—. Ya te lo dije.

—¡Pero no puedo quedarme! Tengo mi vida.

—Yo también la tenía.

Se miraron a los ojos por un segundo sin hablar.

—¿Qué vida? ¿Por qué has venido a Nueva York?

—Voy a casarme —explicó Izzy.

—¿Tú? —Finn la miró de arriba abajo con una expresión de incredulidad tal que ella hubiera deseado abofetearlo.

—Sí, yo —insistió—. ¿Pasa algo?

—¿Has cazado ya al novio? —preguntó Finn sonriendo.

¿Con eso quería decir que no pensaba que ningún hombre en su sano juicio pudiera casarse con ella? Izzy apretó los dientes.

—Sí, he cazado uno ya. Y quiero verlo esta noche, por lo tanto…

Esa vez fue Finn quien apretó los dientes.

—No puedes —dijo Finn—. Todavía no, por lo menos ayúdame a instalarlas y cena con nosotros. Luego las lees un cuento y las llevas a la cama —añadió con una expresión desesperada.

Izzy se mordió el labio inferior. No quería llegar a casa de Sam muy tarde aquella noche. Aunque él no la esperaba, ya que no le habia dicho el día exacto en que llegaría, porque quería darle una sorpresa. Pero se sentía obligada con las niñas también. Incluso aunque Finn MacCauley fuera el hombre más bueno del mundo, le daría un poco de miedo dejarlas en manos de un desconocido. Y por mucho que deseara molestar a una persona tan arrogante como el señor MacCauley… no iba a pagarlo con las niñas.

—Hasta que estén en la cama —aceptó finalmente.

Finn dio un suspiro de alivio y miró a las niñas que lo contemplaban asombradas.

—Seguidme —dijo, subiendo las escaleras de caracol.

Izzy lo miró y vio que decía algo a las niñas, así que se reunió rápidamente con ellos.

—Se amable con ellas.

—Nadie ha sido amable conmigo —dijo. Señaló uno de los dormitorios—.

¿Cuál de estas maletas es tuya?

—La pequeña. Las grandes son de las niñas. Yo llevaré la mía abajo.

Iba bajando las escaleras cuando oyó a Tansy.

—¡Mira esto!

Finn tomó la mano de la niña rápidamente, la sacó de la habitación y cerró la puerta.

—Aquí —dijo, conduciéndola a otra de las habitaciones.

Izzy miró atentamente. ¿Por qué Fin MacCauley se había sonrojado? Los labios de la muchacha se plegaron en una sonrisa.

Finn dejó el equipaje de las niñas en un dormitorio pequeño que había al final de un pasillo.

—Vamos abajo —ordenó. Vio la sonrisa irónica de Izzy pero la ignoró.

Una vez abajo de nuevo, Finn pareció no saber qué hacer ni qué decir. Se quedó de pie mirándolas en silencio.

—¿Cena? —sugirió Izzy—. ¿Tenéis hambre, ruñas? Tansy y Pansy asintieron.

Finn recogió la sugerencia como un ahogado que se aferra a un salvavidas. Se fue hacia el frigorífico rápidamente, abrió la puerta, se paró y miró el interior.

Las niñas fueron a su lado y miraron también.

—No tienes muchas cosas: leche, cerveza y… ¿qué más?

—Pepinillos en vinagre —declaró Finn, cerrando el frigorífico—. No esperaba compañía —dijo a Izzy, con una expresión de disculpa.

—¿Por qué no pedimos que traigan comida de un restaurante chino?

Las dos niñas dieron un salto.

—¡Sí! —exclamó Pansy—. ¡Yo quiero rollitos de primavera y cerdo agridulce con judías!

—¿Cerdo qué?

—Hay un restaurante chino de comida para llevar en la misma calle en que vivimos. Es algo… no muy tradicional. Están especializados en barbacoa. Meg lleva frecuentemente la cena de allí.

—Lo que tú digas —Finn no pareció muy sorprendido, sacó algunos menús de un cajón y se los dio a las niñas—. Tomad, escoged lo que queráis, ahora mismo vuelvo.

Mientras Izzy leía la comida a las niñas, Finn desapareció escaleras arriba, y volvió con una forzada sonrisa en la cara.

—De acuerdo, vamos. ¿Estáis listas, niñas? —dijo, dirigiéndose a la puerta.

Pansy se quedó rezagada, pero Tansy se adelantó y le tendió uno de los menús, impreso en un rosa brillante.

—Quiero comer aquí.

—Has hecho una buena elección —Finn abrió la puerta y Tansy lo siguió, Pansy se quedó detrás. Izzy no se movió—. ¿Qué pasa?

—¿Estás seguro de que no puedes estar con ellas cinco minutos?

—Completamente seguro, ¡maldita sea!

—Señor…

—Lo sé, lo sé. No tengo que hablar mal. Vamos, las niñas tienen hambre y

¿quién sabe qué pueden hacer unas niñas de seis años hambrientas? —luego las miró e hizo un sonido gutural.

Pansy, asustándose con el sonido, pasó nerviosamente corriendo. Tansy simplemente soltó una risita sofocada. Izzy, viendo que Finn no iba a salir hasta que ella no lo hiciera, dio un suspiro y pasó a su lado.

El camino de ida y vuelta hacia el restaurante chino, aunque sólo estaba a tres manzanas, fue demasiado para las dos niñas. Se habían levantado temprano para ir al aeropuerto, y luego habían hecho un vuelo para atravesar todo el continente. Al llegar a Nueva York un taxi las llevó a Manhattan para tener un encuentro traumático con su tío, que las había llevado a su casa.

Con todo ello apenas comieron y casi se quedaron dormidas sobre la sopa de ave. Izzy pensó que había sido una buena idea haberse llevado la comida a casa.

—Creo que ya no pueden más —dijo Izzy cuando Tansy estaba a punto de quedarse dormida, mientras que Pansy llevaba dormida diez minutos.

—Gracias a Dios —exclamó Finn, que había estado comiendo silenciosamente

—. ¿Las tendré que llevar en brazos arriba, o se despertarán?

Por la manera en que lo dijo, Izzy supo lo mucho que quería evitarlo. Se preguntó si pasaría los quince días ignorándolas por completo.

—Creo que las tendrás que llevar tú. Una vez que se quedan dormidas es imposible despertarlas.

—Tienes bastante experiencia, ¿verdad?

Izzy se encogió de hombros.

—Se quedan con nosotros muchas veces —se levantó y llevó su plato al fregadero, luego volvió a por los platos de las niñas. Finn la observaba en silencio.

Ella ignoró su mirada y se concentró en limpiar la mesa.

Finalmente empujó hacia atrás la silla y fue a tomar a Tansy en sus brazos.

—Ven conmigo y retira la colcha.

Izzy lo siguió. Lo que había visto Tansy en la pared del dormitorio lo habría quitado evidentemente cuando había subido y ellas estaban decidiendo dónde ir a comer. Todo lo que pudo ver fue una cama de

matrimonio con una colcha azul marino, una cómoda y dos zonas blanquecinas en la pared, donde evidentemente habían estado colgados dos cuadros.

Finn observó a Izzy mirar hacia la pared y le dirigió una mirada enojada, luego dejó a Tansy en la cama. Mientras que Izzy quitaba la colcha, él fue abajo a por su hermana.

Izzy estaba poniendo un pijama de algodón a Tansy cuando Finn volvió con Pansy en los brazos. La dejó en la otra parte de la cama, y luego se quedó contemplando a Izzy poner el pijama a la otra niña, colocarla entre las sábanas, y taparla con la colcha de verano.

—Tenían que haberse lavado los dientes, pero espero que sobrevivan una noche sin hacerlo. Los cepillos los tienen en sus maletas, no tendrás problema en encontrarlos —añadió, mirando sonriente a Finn, luego retrocedió y esperó a que él también les diera un beso de buenas noches.

Pero él no se movió, sino que se quedó en la puerta mirando a los dos pequeños cuerpos en la enorme cama con expresión ilegible. Finalmente suspiró, se pasó una mano por el pelo, y se fue.

A las niñas no les importaría que no las besara. Quizá Pansy hubiera sentido alivio, pero aun así…

«No es asunto tuyo», se dijo a sí misma mientras apagaba la luz, «tú has cumplido». Y era verdad, pero desearía sentirse mejor de lo que se sentía dejando a las niñas con él. Hubiera deseado que las hubiera besado.

Finn estaba al lado de las puertas francesas mirando hacia la suave luz veraniega, cuando Izzy bajó las escaleras. Tenía las manos metidas en los pantalones de sus vaqueros gastados, los hombros ligeramente levantados. Un mechón de pelo negro le caía en la frente. En esos momentos no parecía exactamente un pirata, a menos que fuera un pirata cuyo barco se había hundido.

Izzy hubiera querido decir algo alegre.

—Me… tengo que ir ahora —dijo, aclarándose la garganta.

—¿Una rata que abandona el barco que se hunde? —dijo Finn con una mueca.

La metáfora era tan acertada que ella parpadeó.

—No habrá ningún problema —le aseguró.

—Si, claro. Parece que creen que las voy a asesinar.

—Están nerviosas, pero se tranquilizarán. No puedes esperar que ocurra de repente. Has estado… un poco más amable durante la cena.

—No dije nada durante la cena.

—Lo cuál ha sido un progreso —dijo Izzy secamente—, pero entiendo lo que tiene que haber sido para ti. No sabía que Meg no te había dicho nada.

—Así es Meg. Una sorpresa continua.

—¿No sabes de nadie que pueda cuidarlas?

—Strong, aunque me parece que no entra dentro de su trabajo de administrativa.

—No —reconoció Izzy—. Quizá tenga una hija, pero tú no lo sabrías, ¿no es así?

—No, no lo sabría —asintió Finn.

—Es sólo dos semanas. Tómate unas vacaciones.

—¿Así? ¿Dejar todo y…?

Izzy tomó su bolso y comenzó a abrirlo.

—Lo había olvidado. Meg me dio una carta para ti —dijo, tendiéndole un sobre arrugado y cerrando de nuevo el bolso. Se lo colgó y se dirigió hacia la puerta.

Finn abrió el sobre y comenzó a leer. Soltó una grosería entre dientes. Luego soltó otra.

Izzy giró la cabeza. Finn estaba mirando la carta en su mano, luego la arrugó entre los dedos.

—¡No puede hacerme esto! ¡Maldita sea! ¡No puede! ¡No lo permitiré!

Izzy palideció, luego pensó que la carta sería para informarle de que planeaba casarse con Roger.

—Quizá no sea tan malo. El matrimonio les sentará bien.

—¿Matrimonio? —exclamó mirándola—. Sólo tienen seis años.

—Quiero decir Meg. ¿No es lo que te dice la carta?

—¡Yo quería que se casara con Roger!

—¿Lo querías? No sé por qué.

—Yo tampoco ahora.

—¿Pero qué pasa?

—Que se va a casar con Roger, de acuerdo, pero ahora cree que se ha equivocado respecto a él. Dice que él no es suficientemente estable o responsable como padre, ¡y me ha dado la custodia de las niñas!

No era culpa suya.

No era tampoco su responsabilidad. No tenía por qué ser responsable de ellas.

Ni de Tansy ni de Pansy. Ni del pirata de pelo negro.

Lo que tenía que hacer era ir a ver a Sam. Ser su novia, comprometerse por fin con él.

Pero no podía dejar de pensar en Finn MacCauley y sus sobrinas. ¿Qué pasaría cuando se despertaran las niñas? ¿Tendrían pesadillas? ¿Finn las trataría bien?

Mientras el taxi atravesaba Central Park hacia el apartamento de Sam, situado en Upper East Side, Izzy se preocupaba más y más.

Cuando el taxi paró en un elegante edificio de apartamentos en la Quinta Avenida, Izzy tuvo otro motivo de preocupación.

¿Tendría que haber avisado a Sam? ¿Tendría que haber

telefoneado? ¿O por lo menos haberle escrito?

Pero entonces recordó a Sam en su puerta. Él nunca la avisaba, nunca se había anunciado. Llegaba con margaritas en la mano y una sonrisa en la cara, decidido a meterla en alguna de sus románticas veladas. Esa era una de las cosas por las que él le había gustado.

Ahora le tocaba a ella.

Pero al mirar la fachada de mármol del edificio empezó a pensárselo mejor.

Nunca había pensado que Sam viviera en un lugar como ese. El edificio de Finn sí le habría parecido el lugar apropiado para la casa de Sam.

Ese no era un edificio de piedra marrón. No parecía haber muchos edificios de piedra marrón en la Quinta Avenida. La verdad es que no había ninguno. Todos los edificios parecían ser grandes y modernos, con delicados adornos de hierro forjado en las ventanas, y contraventanas dobles bajo marquesinas de piedra. Y todos parecían tener un portero.

¡Seguro que Sam no tenía portero!

—Hemos llegado, señorita —dijo el taxista.

Buscó en su bolso el monedero, luego pagó y salió del automóvil. El taxi se marchó a toda velocidad y ella se quedó mirando con ojos sorprendidos las puertas de roble y cristal, sobre la cual se veía una placa dorada, seguramente bañada en oro, pensó Izzy, con la dirección a la que siempre había mandado las cartas de Sam.

Izzy se pasó la lengua por los labios. ¿Por qué no le había dicho Sam que vivía en un castillo? Porque a él no le importaba. Ella era lo que le importaba, y no el hecho de que viviera en una casa espléndida mientras ella vivía en una casa vieja del siglo pasado.

Avanzó hacia la puerta vacilante, subió dos escalones, un tercero, luego paró. Se preguntó cómo estaría su pelo. ¿Por qué no se lo había peinado antes de salir de casa de Finn MacCauley? Iba a buscar un peine en su bolso cuando pasaron dos mujeres jóvenes muy elegantes hacia la puerta.

Llevaban el cabello peinado, ningún pelo fuera de su sitio. Probablemente nunca lo habían tenido. Izzy se tocó de nuevo el pelo, lo llevaba un poco alborotado, y se mordió los labios. Las mujeres llevaban los labios pintados.

—Era oro. Sam lo vio en Tiffany's, me lo dijo —decía una de ellas.

—¡No! ¡No puede ser! —replicó la otra y soltó una carcajada.

¿En Tiffany's? ¿Sam iba a Tiffany's?

Entonces la puerta se abrió, no porque ellas la hubieran abierto, sino porque el portero la abrió para que entraran.

—Buenos días, señorita Talbot, señorita Sutcliffe.

Izzy tragó saliva.

La puerta se cerró de nuevo, pero no antes de que el portero la mirara fríamente, como diciéndole: vete de aquí. Aquí no queremos gentuza.

Izzy tomó aliento. Con o sin portero, ahora no iba a marcharse. Aunque no era como esperaba, era la casa de Sam. Sólo tendría que preguntar por él.

Fue hacia la puerta.

No se abrió. El portero la miró simplemente, pero la tuvo que abrir ella misma.

Sólo le dio tiempo a abrir un poco porque el portero no la dejó entrar.

—¿Sí?

—Vengo a ver a Sam Fletcher, por favor.

—El señor Fletcher está fuera —dijo, mirándola de arriba a bajo.

—¿Fuera? ¿Dónde? —Dios, ¿por qué no lo había llamado?

El portero no respondió.

—¿Cuándo volverá?

Ninguna respuesta.

—Mire —dijo con impaciencia—, ya sé que viaja y no sé si ahora está fuera.

Somos… viejos amigos —pensó que nunca se iba a creer que estuvieran comprometidos—. Soy de San Francisco. Él siempre va a verme cuando va allí y… —

se calló de repente, preguntándose lo qué podía pensar el hombre.

En esos momentos salió una mujer mayor, miró con curiosidad a Izzy, y luego al parecer pensó que sería de mala educación mirarla, así que desvió los ojos hacia el portero.

—¿Puede llamarme a un taxi, Travers?

—Sí, señora —abrió la puerta para ella y la mantuvo abierta, esperando evidentemente a que Izzy también saliera.

Izzy salió, el portero llamó a un taxi y abrió la puerta mientras la señora entraba.

—Buenos días, señora Fletcher —dijo, despidiéndose. Luego miró a Izzy.

—¿Señora Fletcher?

El portero se dio la vuelta con una sonrisa en la cara.

—¿Es un familiar de Sam? —gracias a Dios que no había dicho nada de que estaban comprometidos, incluso aunque fuera verdad.

—Su madre. ¿Le llamo a un taxi?

Izzy se quedó sin saber qué decir. Se miró a las sandalias y de repente se sintió desnuda, y completamente fuera de lugar en el mundo de Sam.

Se dio cuenta lo poco que lo conocía. Sabía que era el nieto del mejor amigo de su abuelo, un hombre al que había salvado la vida

durante la Segunda Guerra Mundial. Habían permanecido fieles a esa amistad siempre y por esa razón Sam había conocido a Gordon Rule hacía cinco años en San Francisco. Había querido conocer al hombre que había salvado la vida de su abuelo.

—Es como si le debiera la mía —le había dicho a Izzy.

Había sido el primero de una docena de encuentros, todos al finalizar viajes al este de Europa, y durante los cuales se habían enamorado. Por eso Izzy no sabía mucho de la vida de Sam en Nueva York. Ella creía que viviría de la manera en que ella vivía.

Quizá había sido mejor no encontrarlo, porque él podría sentirse avergonzado de verla en su puerta sin anunciarse. Ella no quería avergonzarlo. De repente se empezó a preocupar.

—¿Señorita?

Miró al hombre que estaba esperando una respuesta.

—No, gracias. Me iré.

Finn miraba su copa pensando en qué podía sacarle de la situación.

Sólo un hada madrina que con su varita mágica convirtiera a sus sobrinas en ratones lo solucionaría. O una que las devolviera a San Francisco y las diera una madre que las quisiera y fuera responsable.

Se frotó la mandíbula con una mano y se hundió en el sofá. No, su madre las quería, no tenía ninguna duda. Lo que pasaba es que se había dado cuenta de sus limitaciones, y por eso se las había dado a él.

Sé que piensas que necesitan estabilidad, había escrito en la carta . *Estoy de acuerdo. Y*

debes saber que yo no soy la persona capaz de dársela. Lo he intentado. Dios lo sabe. Pero ni siquiera he podido hacerlo conmigo misma. Creo que quizá sea capaz de conseguirlo con Roger, pero no quiero dar esperanzas a las niñas que puedan destruirlas de nuevo. Por eso te las doy a ti. Imagino lo que sientes al hacerte responsable de ellas. No puedes abandonarme ahora. Sé que tampoco las abandonarás a ellas. Gracias, hermano. Os quiero a todos. Meg.

Desde luego era toda una confesión.

Él siempre había tenido miedo de su pasado inestable para considerar la posibilidad de casarse. No había querido tener niños por la misma razón. Y ahora Meg le dejaba unas responsabilidades que él no habría elegido en un millón de años.

Pero tenia razón en una cosa, ella lo conocía bien y sabía que iba a hacer todo lo posible por cuidarlas. Si sabía por dónde empezar.

El timbre de la puerta sonó. Miró al reloj, eran las once pasadas. Frunció el ceño y se levantó.

—¿Quién es?

—Izzy —dijo la voz. Por un momento no supo quién era Izzy.

Luego se dio cuenta y apretó el telefonillo para abrir la puerta del

portal, al mismo tiempo que abría la suya. Luego fue hacia la entrada para ver a Isobel Rule subir despacio las escaleras.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó, sabiendo que probablemente se sentía abochornada.

—No estaba en casa —explicó con una sonrisa triste.

¿Te ha abandonado? Esa y otras preguntas le vinieron a la cabeza. No dijo nada y retrocedió para dejarla entrar en el apartamento. La muchacha entró y se paró con el equipaje en la mano, Finn lo tomó. Anteriormente quizá ella no lo hubiera permitido, pero en esos momentos le dejó. Parecía a punto de echarse a llorar.

A Finn, acostumbrado a todas las vicisitudes emocionales debido a las modelos que fotografiaba a diario, no le extrañaban las lágrimas, aunque le parecía un poco sorprendente en la implacable Isobel Rule.

—Cuéntame qué te ha pasado —susurró cariñosamente. A continuación la condujo a la cocina y puso agua para un café.

Izzy se sentó en una de las sillas y apoyó los codos en la mesa.

—Se ha ido… y ni siquiera sé para cuánto tiempo. Tenía que haberle dicho que venía.

—¿No lo hiciste? —preguntó yendo a uno de los armarios para alcanzar dos tazas.

—¡No me lo había dicho! —protestó Isobel. Suspiró y se pasó la mano por el pelo distraídamente—. Es difícil de explicar —acertó a decir.

—Inténtalo —animó Finn intrigado. Además le hacía olvidarse de sus problemas.

—Sam Fletcher es el nieto del mejor amigo de mi abuelo. Lucharon juntos en la Segunda Guerra Mundial y mi abuelo salvó la vida de su padre. Yo solía escuchar historias sobre ello cuando era niña. Me crié con mi abuelo —explicó—. Mis padres murieron cuando yo tenía siete años y fui a vivir con él.

Finn colocó las tazas y se apoyó en el armario observándola y esperando a que el agua hirviera.

—Conocí a Sam cuando tenía diecinueve años y él veinticuatro. Su abuelo había muerto y Sam se estaba haciendo cargo del negocio de exportación e importación de la familia.

—¿Son los dueños de Fletcher's? —preguntó Finn sorprendido. Era una de las compañías más conocidas del país. Puede que no tuviera el reconocimiento y prestigio de Tiffany's o Neiman-Marcus, pero en la exportación e importación era legendaria. La gente más rica trabajaba con ellos.

—¿Has oído hablar de Fletcher's?

—Sí. —Deben de tener mucho dinero —murmuró Izzy.

—Se puede decir así.

—No lo sabía. Creí que Sam era como yo.

—Y lo es —dijo Finn, empezando a imaginar lo que había pasado.

—Había un portero. También candelabros de cristal. Era cerca de la Quinta Avenida.

—Lo conozco, tuve que hacer unas fotos allí el año pasado.

—¿Entonces sabes dónde vive? Es un edificio moderno, muy moderno —se corrigió a sí misma—. Sam nunca me pareció así.

—Quizá él no lo sea.

—¿No lo conoces?

—No.

—Creo que no soy de su clase —dijo Izzy después de unos momentos.

—Pero si él quiere casarse contigo…

—Eso es lo que ha dicho. Me ha dado un anillo de compromiso —lo enseñó brevemente. Era un diamante del tamaño de un guisante—. Creí que era falso, pero debe de ser auténtico —terminó con tristeza.

—Probablemente —Finn pensó que era la chica más extraña que había conocido. La mayoría de las mujeres que conocía se habrían matado por tener un diamante de ese tamaño. La acercó la taza de té esperando evitar las lágrimas que estaban a punto de asomar en sus ojos.

Izzy tomó la taza y miró al té hirviendo.

—Gracias —sorbió un poco—. Su madre me miró como si fuera una marginada social.

—¿Qué?

—Al principio yo no sabía que era su madre. Era una mujer que salió cuando el portero me estaba diciendo que me marchara, ella me miró como… no fue exactamente grosera, pero como sorprendida, como si estuviera pensando que ese no era mi lugar.

—Quizá sean imaginaciones tuyas.

—No creo —dijo con un suspiro—. No creo que tenga la menor idea de que Sam y yo estemos prometidos.

—No todos los hombres hablan a su madre de la chica con la que se van a casar.

Él es adulto, no necesita pedirle permiso.

—Yo no quiero avergonzarlo…

—Tú no vas a aver… —comenzó a decir, pero se interrumpió al pensar que seria demasiado decir que el aspecto hippy de Isobel le diera lo mismo.

Finn entrecerró los ojos y examinó cuidadosamente la chica que tenía delante.

No era alta y espigada como las modelos que fotografiaba a diario. Tampoco sabía moverse con elegancia, pero tenía personalidad. Su melena brillante y rizada de color castaño podría ser bonita si alguien se la cortaba con estilo. Su cutis era pecoso, pero atractivo. De hecho

tenía un color rosado sedoso que se acentuaría con un maquillaje adecuado. Azul pálido, gris y sombra no eran los apropiados. Un cambio de ropa también ayudaría algo.

Los rasgos eran bonitos, aunque ella no hiciera el menor esfuerzo por enfatizarlos. Tenía unos grandes ojos marrones con manchitas de color verde y ámbar. La nariz era recta y la boca… Finn la miró más atentamente. Tenía un parecido con la boca de Angelina Fiorelli.

Podía convertir a Isobel Rule en una mujer que podía sorprender a todos los Fletcher's.

Los labios de Finn se plegaron en una sonrisa.

—Izzy, tengo una propuesta que hacerte.

Capítulo 3

Izzy intentó mostrarse ofendida o por lo menos indiferente, aunque no lo hizo demasiado bien. —Tú eres la que me has dicho que no estás a su altura. Te propongo solucionarlo.

—A cambio de algo. Tú me ayudas, yo te ayudo. Además, ¿dónde puedes ir si no te quedas aquí?

No lo sabía. Sabía demasiado bien que su oferta era casi un salva vidas. No podía volver a casa y contar a Pops, Digger y Hewey, los viejos marinos que habían compartido la casa que su abuelo le había dejado al morir dos meses antes, que no había podido traspasar el umbral de la puerta de Sam Fletcher. Se enfadarían tanto que serían capaces de ir a allí y darle una buena paliza.

Ella había querido ir para convencerlos de que era capaz de atravesar el país sola. Si se enteraban de que no le había dicho que iba… ¡Era mejor no pensarlo!

No, tenía que quedarse en Nueva York. Y la oferta de Finn MacCauley era la única manera de poder hacerlo. Todo lo que él quería a cambio era que cuidara de las niñas. ¿Y qué había de malo en ello? A ella le gustaban las niñas.

El único problema era, admitió finalmente, Finn MacCauley mismo. Nunca había conocido a alguien como él. Sam comparado con él parecía vulgar.

Sam era de carácter fácil, alegre, extrovertido. No había nada intenso en él, aunque había sido el primer amor de Izzy hacía cinco años. Finn por el contrario irradiaba energía apasionada. Lo había notado nada más verlo, cuando él había irrumpido en el estudio. Y lo veía en esos momentos, caminando con seguridad en la cocina de su apartamento.

Era una intensidad singularmente masculina que la inquietaba. Se sorprendió al descubrirlo porque siempre había estado rodeada de hombres. Desde que tenía siete años había crecido entre hombres: su abuelo y sus marinos. Pero ninguno de ellos era como Finn MacCauley.

¿Tenía otra elección?

La verdad era que podía decir que no, ¿pero dónde iría? ¿Y quién cuidaría de Tansy y Pansy?

—¿Por cuánto tiempo? —preguntó.

—¿Cuánto tiempo va a estar Fletcher fuera?

—No lo sé —ella no sabía nada más que lo que el portero le había dicho.

—Lo sabré mañana —dijo Finn.

Finn actuaba como si no fuera muy importante. Probablemente para él no lo fuera. Sin duda podía aprender mucho de él.

Si se atrevía.

La imagen de Pops, Digger y Hewey cuidando de ella el resto de sus días, o al revés, la hizo decidirse. Alzó los ojos y se encontró con los ojos del pirata.

—De acuerdo. Lo haré.

Se despertó con las primeras luces, sorprendida, en realidad, de haber dormido.

Pero los acontecimientos del día anterior habían sido tan agotadores que nada más poner la cabeza en la almohada se sumergió en el sueño. Los sonidos de la ciudad la despertaron cuando estaba amaneciendo. No sabía por qué las ambulancias y los coches de policía podían sonar de forma diferente en Nueva York y en San Francisco, pero se despertó muy temprano.

Se quedó en la cama casi hasta las siete, luego fue a ver a las niñas. Estaban todavía dormidas, hechas un ovillo en la cama enorme de Finn. Finn se había quedado abajo en el sofá.

—A menos que quieras dormir conmigo —había dicho cuando ella protestó.

—He querido decir que puedo dormir yo en el sofá —explicó Izzy con la cara encendida.

Tú tienes que estar donde puedas escuchar a las niñas. Dios sabe que no sabría qué hacer con ellas.

Así que ella se había ido arriba a un pequeño dormitorio.

—Ponte cómoda dijo Finn despidiéndose.

Se había puesto, más o menos. Aunque se puso un poco nerviosa al abrir un armario y descubrir dos fotografías de desnudos en blanco y negro.

—Se puede adivinar dónde estaban colgadas —se dijo a sí misma, recordando las miradas de las niñas y a Finn sacándolas apresuradamente del dormitorio la noche anterior. Se preguntó si Finn sería capaz de hacer que ella pareciera tan sensual como aquellas mujeres.

¿Qué pensaría Sam si lo conseguía?

Se estaba empezando a preguntar si conocía verdaderamente a Sam. Y le ponía nerviosa pensar en llamar al día siguiente a su despacho para preguntar cuándo volvería. También le inquietaba verlo, que era algo estúpido, porque nunca había estado tan a gusto con nadie.

Se cepilló los dientes, se dio una ducha rápida, luego se puso unos pantalones cortos naranjas y una camiseta roja un poco gastada, y se fue abajo.

Finn estaba dormido como sus sobrinas, pero no hecho un ovillo. Por el contrario estaba extendido ocupando todo el sofá, y una sábana fina cubría su cintura, quizá lo único que llevaba encima, sospechó

Izzy, apartando la mirada rápidamente.

Igual de rápidamente los ojos volvieron a posarse en él.

Era inmiscuirse en su intimidad, quizá. Podía haberse ido arriba o a la cocina, e ignorarlo. Pero no lo hizo, no pudo.

Había visto a muchos hombres medio vestidos antes, era normal habiendo crecido entre marinos. Y había visto a Sam en bañador, sin camisa.

Recordó a Tansy el día anterior enmarcándolo con la cámara, para no asustarse, y ella deseó hacer lo mismo. Porque Finn MacCauley, incluso en reposo, tenía una intensidad primitiva, incluso dormido tenía energía. Estaba con él, en su cuerpo delgado y duro.

Había imaginado que un fotógrafo de la naturaleza tenía que ser una persona fuerte y austera, para poder llegar a regiones salvajes y trabajar. Pero nunca había pensado que un fotógrafo que hacía fotos de gente famosa pudiera tener la misma energía.

Sus hombros eran anchos, sus brazos musculosos. Su estómago duro y liso. Su pecho bien marcado estaba cubierto de un vello oscuro rizado que llegaba a su ombligo y se metía bajo las sábanas. Los ojos de Izzy se deslizaron y vieron cosas que no podía ver. Se sonrojó y se le cayó una sandalia.

Finn murmuró algo entre sueños, luego se estiró. La sábana se bajó un poco.

Parpadeó y luego abrió los ojos.

—Lo… siento. No quería despertarte —dijo tomando la sandalia.

—Finn frunció el ceño y se retiró un mechón de pelo de los ojos.

—¿Qué hora es?

—Las siete.

—¿Se levantan siempre tan temprano? —Ellas no se han levantado todavía, yo… no podía dormir.

—¿En qué estás pensando? —su voz era baja y seductora, e Izzy sin darse cuenta dio un paso hacia atrás.

—¿En el desayuno?

—Desayuno, muy bien. Desayunarás y yo dormiré —y dicho esto se dio la vuelta y comenzó a roncar.

Izzy lo miró sorprendida, casi asustada, preguntándose qué sería lo próximo que haría. La respuesta llegó enseguida: nada. Había caído verdaderamente dormido. Lo observó detenidamente, repasando la línea de la mandíbula, pensando que era igual que el pirata del libro de su abuelo.

Se dirigió a la cocina para preparar algo de desayuno a las niñas y en ese momento una cabeza naranja apareció en las escaleras.

—¡Estás aquí! —exclamó la niña sonriente.

Izzy puso un dedo en sus labios para que callara. La niña miró asustada hacia Finn, luego bajó las escaleras y fue de puntillas a la

cocina para no hacer ruido.

—¿Tienes hambre? —preguntó Izzy. Era Tansy.

—¿Por qué te has quedado? Creíamos que te ibas a marchar.

—He… he cambiado los planes.

—¡Qué bien! —dijo la niña sonriendo—. Es mejor que te cases con él —dijo la niña señalando a su tío—, que con Sam.

—¡Eso no es lo que he querido decir! Sólo que Sam no estaba en casa y he decidido quedarme a ayudar a tu tío a cuidaros hasta que encuentre a alguien.

—No quiero a nadie —dijo Tansy.

—Ve a vestirte y di a Pansy que se levante.

—Está levantada. No quiere bajar hasta que él no se vaya.

—Entonces va a pasar hambre. Esta es su casa.

El olor de lo que estaba preparando Izzy despertó a Finn. Se sentó dejando que la sábana le cayera, e Izzy pudo ver que sólo llevaba unos calzoncillos. Se frotó la cabeza y el pecho y tomó aire.

—Sabes cómo atormentar a un hombre, ¿verdad? —murmuró, luego se levantó y fue hacia las escaleras.

—Mamá nunca nos dijo que era un gruñón —dijo Tansy mirando cómo subía las escaleras.

—Seguro que será más amable cuando se acostumbre a vosotras.

—Lo dudo —exclamó Tansy, empezando a comer un plato de tortitas que Izzy le había puesto delante.

—Tú tienes que intentar acostumbrarte, cariño —le dijo a la niña.

—¿Por qué? —preguntó la niña con sus hermosos ojos verdes abiertos de par en par.

—Porque tu madre quiere que sea así.

—¿Por qué?

—Porque sabe que serás más feliz si lo haces.

—Eso también lo dudo.

Izzy no sabía qué responder a eso. Así que respiró hondo sin decir nada.

En ese momento se oyó un golpe, una exclamación de Finn y luego un grito de Pansy, después unas palabras tranquilizadoras de Finn y un nuevo grito; finalmente se oyó un portazo.

—¡Dios mío! —exclamó Izzy al verlo bajar las escaleras. Llevaba unos pantalones vaqueros y una camisa azul pálida sin abrochar—. ¿Qué ha pasado?

—Maldita sea, no lo sé. Estaba intentando sacar ropa de mi armario, e intentaba no hacer ruido porque estaba oscuro y pensé que la niña estaba dormida. Pero salió del baño y me choqué con ella. No la hice daño, creo, pero salió corriendo como si fuera un conejo asustado y cerró la puerta de un portazo. Casi me rompe el pie —

explicó con una mueca señalando los pies descalzos, luego se sentó

y empezó a ponerse unos calcetines—. ¿Es siempre así?

—No, claro que no. Bueno… quizá a veces.

Finn tomó un plato de tortitas recién hechas y vertió mermelada sobre ellas.

Luego tomó una silla y se puso a comer con ganas.

—¡Están buenísimas! —exclamó limpiándose con una servilleta. Miró a su sobrina—. No mastiques con la boca abierta.

Tansy cerró la boca.

Finn asintió con la cabeza en señal de aprobación, luego se levantó y se dirigió hacia la puerta pasándose la mano por el cabello.

—Te llamaré más tarde.

—Pero…

—No te preocupes. No lo he olvidado. Llamaré a Sierra esta tarde.

Izzy no sabía a lo que se refería.

—Para que te corte el pelo. Pero… —dijo Izzy, tocándose los rizos.

Finn le dirigió una sonrisa.

—Hay que empezar por algún sitio.

¿Cortarse el pelo?

Izzy se pasó la mano por su melena castaña, luego tomó un mechón y lo acarició suavemente. Siempre le había cortado el pelo su abuelo. Cada primer sábado de mes él había tenido la costumbre de cortar el pelo a todos en la casa, lo necesitaran o no.

—Es una pena cortar este tesoro —había dicho siempre, cortando apenas las puntas. Y ahora Finn iba a esquilarla como si fuera una oveja.

Decir que no estaba muy convencida era decirlo suavemente. Decir que iba a tener un ataque de ansiedad era exagerar un poco, pero no mucho.

¿Estaba exagerando todo? Quizá la casa de Sam fuera menos intimidatoria a la luz del día. Estaba equivocada. Después del desayuno se llevó a las niñas al parque.

—Vamos a pasear —les había dicho, pero de alguna manera terminaron frente al edificio de Sam. Su fachada de mármol gris era más impresionante a la luz del día: parecía más sólida, más pesada, más imponente que la noche anterior.

Sabía que no podía ir en esos momentos, con esas sandalias que dejaban ver las uñas de los pies sin pintar, y el pelo suelto sobre la espalda. Quizá Sam la quisiera como era, ¿pero ella no querría darle lo mejor?

Era un hombre maravilloso. Ella le debía eso.

Así que después de comer, cuando el teléfono sonó y una voz alegre se anunció como Sierra, Izzy aceptó encontrarse con él en el estudio de Finn para un corte de pelo.

Era, gracias a Dios, un día como otro cualquiera, con mucho que

hacer, casi insano para la mayoría de las personas. Para Finn era su vida normal: estilistas presurosos, modelos de altura, maquilladores temperamentales, profesionales que le ayudaban a colocar la iluminación y las pantallas… Una llamada a Sierra para pedirle el favor y decirle a Strong que le consiguiera una lista de agencias cuando llegara al estudio. Así que con todo ello el problema de Tansy y Pansy quedó a un lado.

Trabajó duramente todo el día con diferentes modelos, intentando apresurarlas, o calmarlas, o halagarlas, para obtener la toma que más le interesaba. Luego la siguiente.

Terminó tarde su trabajo y al terminar se metió en el cuarto oscuro para revelar él mismo las fotos.

No tenía por qué, lo podía haber dejado para que lo hicieran Tabby y Alex al día siguiente. No había prisa, pero él tenía interés. En el cuarto oscuro podía pensar en las fotos, en los negativos, en las cosas que él podía controlar. No como su vida.

Cuando llegara a casa tendría que enfrentarse a las sobrinas. También a Isobel Rule.

Pero ese era su reino, allí estaba a salvo.

Hubo un golpe repentino en recepción, luego un grito infantil.

Finn gimió, su reino había sido invadido.

Cuando salió unos minutos más tarde, vio a una de las gemelas con un recogedor y a Strong con una escoba. La otra niña estaba acurrucada en una de las sillas al final de la habitación. Al verlo, miró a su alrededor como buscando algún sitio donde esconderse.

—Ha habido un pequeño accidente. Ven aquí, Tansy, luego tíralo en aquel cubo.

Tansy llevó el recogedor y lo tiró diligentemente. Luego miró a su tío y levantó la barbilla.

—Era una vasija vieja.

Finn la miró, dándose cuenta de lo que había pasado.

—Has roto mi vasija de Baccarat…

—Ha sido un accidente —dijo Strong con firmeza—. Me estaba enseñando cómo se hacía la mariposa.

—¿La mariposa?

—Una manera de nadar.

—¡Pero si aquí no hay agua, maldita sea!

—Eso ha sido parte del problema.

Finn murmuró algo entre dientes y luego miró a las niñas con dureza.

—¿Qué estáis haciendo aquí? ¿Dónde está Isobel?

—Está allí —contestó Tansy, señalando hacia el vestuario.

Pansy asintió, incapaz de decir una palabra.

—Alguien con dedos de color púrpura está cortándole el pelo —

añadió Tansy solemnemente.

¿Con dedos púrpura? Sabía que Sierra a veces iba muy moderna, ¿pero dedos púrpura? Finn miró a Strong buscando confirmación.

Ella asintió, luego le dio una hoja de papel.

—Aquí tienes la lista de agencias con niñeras.

—¿Niñeras? ¿Como Mary Poppins? —preguntó Tansy.

En ese momento la puerta del vestuario se abrió y apareció Isobel.

Finn la miró sorprendido. Donde antes había visto sólo una mata de pelo rizado marrón ahora se veía una cara, una preciosa cara con altos pómulos, una nariz pequeña y recta, y unos labios que eran definitivamente mucho más sensuales que los de Angelina Fiorelli. Y la cara estaba enmarcada, acentuada, por una melena sedosa que se balanceaba con el movimiento de la cabeza.

—¿No está mal, verdad? —dijo Sierra, haciendo gestos con sus manos de uñas pintadas. Su pelo corto y de punta también lo había pintado de púrpura.

Izzy lo miró con una sonrisa nerviosa.

Finn pasó la lengua sobre sus labios secos.

—No está mal —admitió finalmente. ¿Quién lo hubiera pensado?

Eso hizo que Izzy se pusiera más nerviosa.

—¿De verdad?

—Es precioso —aseguró Tansy, y Pansy asintió con los ojos abiertos por la sorpresa.

—¿Quieres que se lo corte a ellas también? —preguntó Sierra a Finn.

Antes de que pudiera decir nada Tansy afirmó alborozada y fue corriendo hacia el vestuario.

Finn miró a Isobel buscando su aprobación. Ella se encogió de hombros.

—De acuerdo. Podrías cortar el pelo a una y a la otra no, así las distinguiré.

Izzy frunció el ceño. —Tienes que ser capaz de distinguirlas por ellas mismas.

—Necesitaré tiempo para ello —dijo Finn.

—Tendrás bastante.

Eso era lo que temía.

—Izzy —llamó Tansy desde el vestuario—, ven a ver.

Izzy fue hacia allí y Pansy fue detrás de ella.

Finn se quedó de pie donde estaba, con las manos en los bolsillos de los pantalones. Luego se volvió a meter en el estudio, tomó su cámara y volvió.

Comenzó a tomar fotos mientras Izzy y Sierra, Tansy e incluso Pansy, sin darse cuenta, discutían de cómo cortar el pelo de Tansy.

Mientras Sierra trabajaba una masa de rizos cobrizos dieron paso a

un halo que enmarcaba la cara de la niña, y la expresión de Tansy pasó del nerviosismo al entusiasmo.

Finn captó todo con la cámara: la intensa concentración de Sierra, el interés de Pansy, el placer de Izzy. Captó a Izzy pasando los dedos por el cabello corto de Tansy, acariciándolo y sonriendo. Captó a Tansy tomando una bola de su cabello recién cortado. Luego fotografió a Pansy subiéndose a la silla tan pronto como Tansy la dejó vacía. Y tomó instantáneas de Izzy, Pansy y Tansy mirando admiradas a Sierra cuando terminó. Finalmente captó a Sierra haciendo el signo de la victoria cuando hubo terminado.

No tuvo que revelar las fotos para saber que eran buenas. Eran un trozo de vida, de la vida de sus sobrinas. Una vez más nació en él la ternura. Ellas de repente dejaron de ser extrañas y formaron parte de él. Se preguntó cómo su madre había sido capaz de darlas. ¿No merecían cualquier esfuerzo?

Izzy parecía pensar eso. Por lo menos ahora compartía ese sentimiento.

Quizá Meg fuera incapaz. Igual que su madre y su padre no habían podido.

Finn apretó los dientes con el recuerdo.

En ese momento Izzy lo miró y sonrió. Fue una sonrisa dulce y amable, casi confortadora, como si supiera lo que estaba sintiendo.

¿Lo sabía? ¿Cómo lo sabía?

¿Y cómo era posible que un simple corte de pelo cambiara tanto a una persona?

A Izzy le encantó su corte de pelo. Estuvo toda la tarde y al día siguiente tocándose el cabello y moviendo la cabeza para que ondeara suavemente, consciente de su belleza, como si le hubieran quitado un peso de encima.

No podía dejar de tocarlo y de mirarse en cada espejo o escaparate por donde pasaba.

—La gente se creerá que tienes un tic —se regañó a sí misma.

—¿A quién hablas? —preguntó Tansy.

Iban paseando hacia el parque y pasaban en esos momentos por un escaparate que tenía calaveras y huesos, y ella estaba ahuecándose el pelo. Se puso colorada y miró a Tansy de manera culpable.

—A nadie.

—Tú pelo es bonito —le dijo Pansy.

—Gracias, el tuyo también contestó Izzy.

—Me gusta Sierra —dijo Tansy—. ¿Crees que yo puedo tener también el pelo púrpura, Izzy?

—No, cariño, tú no puedes —dijo una voz detrás de ellos, e Izzy se volvió para ver a Finn, con la cámara colgada del hombro.

Tansy retrocedió preocupada, pero Finn la miró sonriente y

acarició su cabello rizado.

—Me gusta como está.

Ella parpadeó, luego lo miró con timidez.

—¿De dónde vienes? —preguntó Izzy.

—Del metro.

—Has terminado temprano.

—Algunos días termino antes que otros.

—Íbamos a tomar un helado y luego a pasear por el lago. ¿Te vienes? —«di que sí», rogó Izzy en silencio. No porque quisiera que fuera con ella, sino porque quería que conociera más a las niñas.

Finn vaciló un momento.

—De acuerdo. Creo que puedo. Me apetece tomar un helado —se pasó la cámara al otro hombro y se puso al lado de ellas.

Las niñas miraron a Izzy enfadadas sin que él las viera. Izzy sonrió, sin hacer caso de su protesta silenciosa. Ella sabía que con él no estaban cómodas, pero no iba a cambiar nada si venía, sólo que lo conocerían mejor. Se preguntó si habría dejado el estudio antes deliberadamente para estar con ellas más tiempo. ¿Lo admitiría si le preguntaba?

Al llegar al parque las dos niñas se adelantaron y quedaron Izzy y Finn solos.

—Ha sido… un detalle que vengas hoy tan pronto.

—Había terminado.

—Te podías haber quedado más tiempo revelando fotos o haciendo algo.

—¿Hubieras preferido que lo hiciera? —preguntó con un cambio brusco de tono en la voz.

—No, claro que no.

Pero se metió las manos en los bolsillos y caminó un poco más deprisa; Izzy pensó que quizá lo había ofendido. ¿Qué había detrás de ese exterior duro que mostraba a todos? Lo miró y se dio cuenta de que miraba a las niñas como si fueran algo desconocido. Izzy comenzó a pensar que quizás era cierto.

—¿Nunca fotografías niños?

—No muy a menudo.

—¿No te gustaría?

—Nunca lo había pensado. Suelo conseguir otro tipo de trabajos —dijo, dando una patada a una rama caída en un gesto que Izzy interpretó como desinterés. Le gustaba mirarlo. Ella estaba acostumbrada a los hombres mucho mayores con los que había vivido, y Finn le resultaba un poco divertido. Por supuesto conocía a Sam, pero lo veía tan poco y en intervalos tan esporádicos que siempre lo escuchaba con demasiada atención, sin prestar atención a sus movimientos.

—¿Qué miras? —preguntó Finn.

—Nada —dijo Izzy, apartando la vista—. Creí ver un pájaro allí —Finn no preguntó más. Las niñas en ese momento habían llegado al puesto de helados.

Finn les compró helados a todos. Él comió el suyo rápidamente, sin saborearlo o derramarlo, como hicieron las niñas. Y tan pronto como terminó sacó una cámara pequeña de la bolsa que llevaba. Hizo una foto a Izzy, que le sacó la lengua.

—Con esto tu peinado quedará para la posteridad.

La mano de Izzy inmediatamente se pasó por el cabello para acariciarlo.

Todavía seguía sedoso.

—Está bien —comentó Finn mientras tomaba otra instantánea, y otra. Luego apuntó con la cámara a las niñas, que hicieron muecas y trataron de arreglarse para salir guapas, particularmente Tansy, y el helado les chorreó por la barbilla sin importarles lo más mínimo. Por lo menos no le sacaron la lengua.

Finalmente ignoraron a Finn, tomaron la mano de Izzy y la arrastraron hacia el embarcadero. Izzy se dio cuenta que Finn las seguía a distancia, observándolas y tomando fotografías ocasionalmente.

Izzy alquiló una barca y se subió con las niñas. Hizo un gesto a Finn para que se subiera con ellas.

—Hay mucho sitio.

—Id vosotras, estoy bien aquí.

Izzy iba a protestar pero las niñas no la dejaron.

—Vamos, Izzy —rogaron las dos a un tiempo.

Así que Izzy se encogió de hombros, colocó los remos en su sitio y se alejaron del embarcadero. Había aprendido a remar cuando era una niña, su abuelo lo había considerado necesario. La lectura, escritura, aritmética, montar a caballo y remar eran igual de importantes para Gordon Rule. Ahora se alegraba de ese aprendizaje. Por lo menos no parecía una muchacha torpe mientras Finn caminaba por la orilla del lago tomando fotografías de ellas.

Las niñas también remaron. Eran pequeñas para los remos, pero pensó que podían empezar a aprender. Cuando se acabó el tiempo Finn estaba esperando en el embarcadero.

—¿Me viste remar? —preguntó Tansy con los ojos brillantes.

—Lo hiciste muy bien.

Tansy asintió con la cabeza.

—Era la primera vez. Prefiero nadar, pero ha sido divertido. ¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó a Izzy—. Creo que es hora de que vayamos al apartamento y preparemos la cena.

—¿Cuándo aprendiste a remar? —quiso saber Finn, caminando a

su lado.

Izzy no le había contado mucho sobre su vida poco convencional al lado del hombre que la había criado.

—Había tenido un hijo, pero como él había estado en la marina mercante y en el ejército naval, fue criado por su esposa. No sabía nada de cómo educar a los niños, y menos a las niñas, pero simplemente lo decidió y lo hizo lo mejor que pudo —los ojos de Izzy miraron a la lejanía recordando muchas de las cosas que había hecho por ella—. Aprendí muchas cosas que las niñas no suelen saber —miró a Finn y sonrió—.

Aprendimos juntos.

—¿Me estás intentando sugerir algo?

—Digamos que mi abuelo hizo un buen trabajo y que no hubiera querido perder ni un minuto de la vida con él. Creo que tú puedes también.

Capítulo 4

Finn sospechaba que el abuelo de Izzy, sorprendentemente debido a sus años en el mar, tenía más intuición para formar una familia que él mismo.

Los pocos recuerdos de Finn eran tan lejanos y breves, que algunas veces pensaba que los había imaginado. Habían sido nueve años de ir de una casa a otra, unas mejores, otras peores, pero siempre eran casas de alguien, nunca la suya.

No recordaba haber conocido el sentimiento de un lugar propio. No sabía lo que era relajarse, descansar, abrir su corazón. A veces pensaba que no tenía, y no lo sentía mucho: los corazones se rompen. El suyo no amaba, no sabía cómo.

Izzy sí sabía, no tardó mucho tiempo en descubrirlo.

La observó cuando estaba con las niñas, sonriendo, jugando, leyéndoles un libro, enseñándoles a cortar zanahorias, enseñándoles a remar. La contempló cuando les quitaba los rizos de la cara, cuando rezaba con ellas, cuando se inclinaba para darles un beso de buenas noches.

Algunas veces sentía como un dolor en la garganta cuando la miraba. Se preguntó si se estaría pillando un resfriado, pero sólo le pasaba cuando estaba Izzy cerca. Se refugió detrás de la cámara, y con ella captó todos los besos, todas las sonrisas, todas las caricias.

Él no se atrevía a hacerlo.

Tansy hablaba de vez en cuando con él, pero lo hacía de una manera espontánea, y cuando se acordaba de quién era, se retraía. Él recordaba haber hecho lo mismo, porque ¿qué pasaba si empezaba a enamorarse de alguien, a confiar en alguien y lo abandonaban? ¿Qué pasaba si confiaba en alguien equivocado?

Una parte de él quería protegerse de Izzy, ya que ella los dejaría después de un tiempo. Estaba esperando a que volviera su amado Sam.

Finn había llamado a su despacho y se suponía que llegaría la semana siguiente.

Entonces Izzy llamó y dejó un mensaje, diciéndole que estaba en la ciudad y cuál era el teléfono donde podía llamarla. Así que era sólo cuestión de tiempo.

Saber eso le molestaba.

Una noche le habló sobre ello después de que ella hubo acostado a las niñas y se reunieron en la sala.

—¿Qué quieres decir con que no las traicione?

—¡Porque te vas a marchar! —apuntó Finn—. ¡Maldita sea, te hubieras ido si tu novio hubiera estado aquí!

—Habría venido a visitarlas. Les hubiera dicho que fueran a

verme. No voy a desaparecer de sus vidas.

—¿No? —preguntó dudoso.

—No —replicó Izzy con el mismo tono. Luego le sonrió dulcemente.

—Nunca abandonaría a un amigo, Finn.

Y él la creyó.

Así que se aseguró de que estuviera siempre que las niñas la necesitaban. A la semana siguiente Isobel tomó su lista de agencias e hizo una docena de entrevistas buscando a una niñera adecuada, pero ninguna le gustaba a Finn. Una era demasiado gruñona, otra demasiado pulcra, otra no tenía sentido del humor, otra no parecía muy limpia. Una era demasiado lenta, y la última tenía un pendiente en la nariz y tatuajes un poco atrevidos.

El jueves por la noche Izzy llevó a las niñas a la cama y volvió a la sala. Se sentó en un extremo del sofá con sus notas, Finn estaba en el otro extremo. Izzy tenía las piernas recogidas y él pensó que parecía un ave en su nido. Su nuevo corte de pelo parecía ya parte de su personalidad, acentuaba su expresiva cara haciéndola sumamente atractiva. Finn habría querido tocar sus plumas, acariciarla. Se suponía que tenía que interesarse por las notas que había tomado durante la semana, pero sentía que se podía pasar el tiempo de una manera más divertida.

Apartó el pensamiento, ella estaba prometida a Sam Fletcher, ¡Dios mío!

Isobel, ajena por completo a los pensamientos de Finn rió.

—Esta chica era muy conservadora, yo estoy acostumbrada a otro tipo de personas. No sé dónde vamos a encontrar a más candidatas.

—¿Hay mucha prisa?

—¡Ya llevo aquí una semana!

—Sam está todavía fuera, y no hemos terminado de prepararte.

Izzy se tocó el pelo.

—Creo… creo que estoy bien. Me siento más valiente.

—Muy bien, pero si piensas que a Amelia Fletcher le van a gustar esos pantalones cortos que llevas…

Izzy se puso colorada y se encogió en el borde del sofá.

Son cómodos. Quizá tengas razón, podría comprarme algo de ropa.

—Ropa diferente. Tengo una amiga que puede ayudarte.

—Pero…

—Es parte del trato —dijo con firmeza—. Igual que la manicura a la que vas a ir mañana por la mañana —Finn se acercó y tomó una de las manos. Sus uñas no se parecían a las uñas cuidadas, perfectamente ovaladas, de las mujeres con las que solía salir. Izzy escondió las manos debajo de las piernas.

—¿Crees que a Sam le gustará? —preguntó Izzy, y Finn se sintió

culpable por despertar en ella inseguridades.

—No te preocupes, no tienes que esconder las manos. Carlota me hará un favor especial.

—No necesito favores especiales —dijo Izzy, cruzándose de brazos.

—¿Eres cabezota, eh? —se burló—. Va a venir desde Bayside.

Izzy apretó los labios, luego suspiró.

—De acuerdo.

Finn asintió satisfecho. Izzy suspiró y estiró los brazos por encima de la cabeza.

En cualquiera de sus modelos habría visto una franja de piel, pero en Izzy sólo vio tela de camiseta gastada.

Aun así la miró más de lo que estaba dispuesto a admitir. Puede que no tuviera la gracia de sus modelos, pero se movía con agilidad, sin amaneramiento.

Acostumbrado a mujeres cuyos movimientos eran todos calculados, fue un placer ver a Izzy moverse con entusiasmo, con alegría.

Finn no sólo contemplaba sus movimientos, también cómo actuaba. Le gustaba verla sola y verla con las niñas.

Cuando era un niño se imaginaba a menudo cómo le gustaría que fuera una madre. El no recordaba a la suya, pero al ver a Izzy con las niñas le recordaba a sus fantasías.

«Lo próximo que querrás será dormir con ella», pensó Finn.

Como si hubiera leído el pensamiento, Izzy se levantó del sofá.

—Bien, se está haciendo tarde y mañana tendré un día duro, ¡manicura! —dijo moviendo las manos delante de él—. Es mejor que me vaya a la cama.

«Voy contigo.» Las palabras se formaron en su mente involuntariamente.

Gracias a Dios no dijo nada.

—Buenas noches —se despidió Izzy, con una sonrisa ancha.

Finn se pasó una mano por el pelo.

—¡Demonios, MacCauley! —murmuró—. Condenado a cadena perpetua.

—Maldita sea, Tracy, para de rascarte —gritó Finn desde detrás de la cámara—.

No te pagan mil dólares la hora para que te rasques el vientre.

—No me pagan mil dólares la hora siempre —gimió la top-model Tracy Holborn—. No puedo evitarlo cuando hay mosquitos —era una de las desventajas de trabajar fuera del estudio, había que aceptar lo que la naturaleza ofrecía.

—No hay mosquitos en Nueva York —le dijo Finn con firmeza.

—Eso era un toro —insistió Tracy.

—Por favor, cariño, mírame seductoramente, y no te quejes tanto —se escondió detrás de la cámara de nuevo, intentando no enfadarse.

Estaba haciendo un catálogo especial de ropas para mujeres profesionales. Se llamaba Selva Urbana y estaban en Central Park, que era lo más parecido a una selva que podían encontrar en Nueva York. Aunque era su trabajo hacer que pareciera selvático, peligroso, caliente y muy muy verde. Y era el trabajo de Tracy parecer explosiva con esas ropas. De nuevo se estaba quejando.

—Vale, vale. Paramos y te rascas —dijo Finn—. Y ahora alza más el hombro.

Baja un poco la barbilla. Muy bien, ¡perfecto! —Tiene el cabello despeinado —

protestó la estilista, dirigiéndose hacia la modelo.

—¡Déjalo! —ordenó Finn—. Se supone que tiene que estar despeinado. Esto es una selva. El pelo está así perfecto —explicó Finn, disparó, se movió y volvió a disparar de nuevo una y otra vez.

—¡No quiero! —dijo una voz infantil detrás de ellos.

Finn lo ignoró y continuó disparando.

—Muy bien. Más labio. Enseña la punta de tu lengua. Muy bien. Así —Finn se pasó la lengua por sus propios labios.

—¿Por qué no podemos ir contigo? —preguntó la misma voz infantil.

—Sí, ¿por qué no? Él no nos quiere, nos grita.

—No te ha gritado —dijo una voz femenina—, no muy a menudo.

—Nos odia. Por favor, Izzy.

¿Izzy?

Las voces infantiles adquirieron de repente significado.

«¿Qué demonios estaba haciendo Izzy allí?»

Finn se volvió y las vio.

—La señora Strong está enferma. Así que te las he traído.

—¿Qué? —preguntó, creyendo que no había oído bien.

—Fui al estudio para que me hicieran la manicura como me dijiste, y vi que la señora Strong no estaba. Así que si quieres que me haga la manicura, tendrás que cuidar de las niñas.

—Estoy en medio de una sesión.

—Ya lo veo. Bueno, entonces no voy. Por mí no hay problema. Puedes avisar a tu amiga y decírselo.

Carlota había protestado mucho hasta aceptar ir. ¡No vendría de nuevo! Y con el carácter que tenía, no le gustaría estar con dos niñas pequeñas mientras le hacía las manos a Izzy. Finn frunció el ceño, estaba atrapado. Miró a las niñas y supo que estaban pensando lo mismo. Una de ellas retrocedió, la otra, sin duda Tansy, le sacó la lengua. Tuvo deseos de sacarle la suya.

—Está bien, déjamelas —dijo con un suspiro.

Izzy trató de librarse de las manos de las niñas.

—Vamos, os está esperando.

—¡No!

—¡Quiero ir contigo! —gimió la otra niña, colgándose más.

—¿Qué demonios pasa? —protestó una de las personas que se encargaba del catálogo, apuntando con un lápiz a la cara de Finn—. No estamos aquí para fotografiar niños, ¿no?

Las gemelas abrieron los ojos preocupadas.

—Todavía no —dijo Finn con una mueca.

Izzy lo miró con desagrado.

—¿No, cariño? —repitió la estilista —Mira el pelo ese, ¿has visto alguna vez un color como ese? ¡Y el rizado! Haría maravillas con esos rizos.

—Sierra nos lo cortó —dijo Tansy.

—Puedo cortar el pelo mejor que Sierra —apuntó la estilista.

—Muy bien, pues hazlo ahora, y las vigilas al mismo tiempo.

—¿Vigilarlas? ¿Pero quiénes son?

—Mis sobrinas —miró a Izzy y señaló en la dirección de la estilista —. Dáselas.

Izzy miró dudosa a la mujer del pelo ensortijado, vestida con unos pantalones fucsia y una blusa de lino verde. Pero Midge, la estilista, al parecer aceptó el reto y tomó a las niñas de la mano.

—¿Tú no tienes los dedos púrpuras? —preguntó Tansy.

Izzy, como una madre que abandona sus hijos en manos de Atila, miró a Finn expresivamente y se fue. La representante del catálogo protestó.

—Estas niñas no pueden estar aquí.

—¿No? —preguntó Finn, mirándola fijamente.

—Es una distracción… no creo que puedas trabajar así —continuó la representante.

—¿Quién diablos crees que eres? —preguntó Finn con las mejillas rojas. La mujer rompió sin darse cuenta el lápiz en dos.

—Siéntate y deja de ponerte en medio —dijo Finn a la muchacha —. Cuanto antes te quites de en medio, antes terminaremos todo.

—Pero…

—Me estás molestando —dijo Finn suavemente. —Ellas no me estorban —miró a las niñas, que estaban en manos de Midge, mirando fascinadas—. ¿A que no?

Dos cabezas negaron solemnemente. ¿Lo ves? Así que puedes seguir su ejemplo.

La muchacha entendió.

Todo el mundo entendió. Nadie hizo nada para estropear las cosas, y menos las gemelas, que se sentaron sin moverse donde Midge las había colocado, mirando todo en completo silencio y totalmente absortas.

Fue un acierto decir a Midge que les cortara el pelo, porque eso

evitó que estuviera continuamente intentando colocar el pelo de Tracy. Y la representante del catálogo, que parecía pensar, como las gemelas, que Finn podía de repente convertirse en un caníbal, no se movió tampoco hasta que Finn hubo hecho la última toma.

Al terminar, Finn se dio cuenta de que había estado trabajando casi dos horas seguidas. Las gemelas seguían donde las había dejado, las miró y asintió en señal de aprobación, a continuación empezó a recoger.

Alguien le tocó en el hombro, y él miró. Unos ojos verdes lo miraron seriamente y una mano pequeña le tendió algo.

—Se te cayó la tapa de la lente. Finn lo tomó, creyendo que la niña saldría corriendo, pero no lo hizo. Sin duda debía de ser Tansy.

—Gracias.

—No hay de qué —dijo la niña, asintiendo gravemente. La niña se quedó mirándolo cómo terminaba de recoger.

—¿Ya no estás asustada?

—Nunca lo he estado —aseguró la vocecita.

No, si era Tansy probablemente fuera cierto. Le recordó a él mismo cuando era niño, obstinado, decidido, con más valentía que madurez. La miró sonriente.

—Pero Pansy sí —le confió después de unos segundos—. No le gusta que grites.

No es que sea cobarde… mamá dice que es una artista.

—¿Una artista? —preguntó Finn.

—Imagina cosas.

—Seguro que sí —asintió Finn.

—Es verdad. Y las dibuja, y pinta. Es mejor pintora que yo.

—¿No te gusta pintar?

—No soy muy buena —dijo, encogiéndose de hombros.

—¿En qué eres buena?

—En natación, en alpinismo.

—¿Y en enmarcar ogros? —preguntó Finn con una sonrisa.

La niña sonrió con timidez, luego la sonrisa desapareció de su cara, como si no estuviera muy segura de confiar en él o no.

—Sí —aseguró—. Mi tío Hewey dice que puedo ser buena en béisbol.

¿Tío Hewey? ¿Sería el anterior novio de Meg? ¿O sería uno de los marineros de Izzy?

Nunca había tenido una conversación como esa con un niño. No desde que dejó de ser un niño, y la niñez la dejó demasiado temprano.

—¿Sabes tirar la pelota? —le preguntó. Ella asintió.

—Pero no lo hago muy bien.

—Lo harás mejor si practicas.

—Me gusta más nadar.

—Quizá vayamos algún día.

—Fuimos a nadar con Izzy y el abuelo.

—¿El abuelo? —dijo Finn.

—Era el de Izzy, pero nos dejaba llamarlo así.

Finn recordó que el abuelo de uno de sus hermanos de adopción le dejaba que lo llamara abuelo. Él había rechazado llamarlo así. ¿Por qué molestarse?, había pensado. Unos meses más tarde se marchó de allí.

Ahora pensó que quizá había sido un poco cabezota, porque la niña continuó con tristeza.

—Se murió.

—Lo sé. Es una pena.

—Izzy decía que era el mejor abuelo del mundo. La cuidó desde que era pequeña, porque ella nunca tuvo un padre tampoco, o una madre.

Finn la miró y se sintió un poco culpable del tratamiento duro que daba a ella y a su hermana. Dios sabía que no era culpa suya si Meg era una madre incapaz, ni de tener la mala suerte de tenerlo a él por único pariente.

—Tengo hambre, ¿y tú? —preguntó Finn.

—Un poco.

—¿Te gustan las pizzas?

—Si, son muy ricas.

—¿A Pansy también le gusta? ¿Por qué no le preguntas?

—Le gustan algunas. No hace falta que le preguntes —terminó la niña, poniéndose entre Finn y Pansy, como para proteger a su hermana.

—No le gritaré —prometió Finn.

Tansy se volvió hacia su hermana, que todavía no se había movido.

—No va a gritar.

Pansy movió la cabeza asintiendo.

—De acuerdo —dijo Tansy a Finn.

—Vamos entonces —dijo Finn, recogiendo todas sus cosas—. Quizá luego podamos ir a nadar.

Tansy era la única de los tres que se atrevía a arriesgarse. Y ver a una niña de seis años con más coraje que él mismo para afrontar la realidad, hizo a Finn quedarse pensativo.

—¿Queréis que vayamos a la playa? —preguntó Finn, cuando terminaron la pizza.

—¿A la playa? —las niñas se miraron confusas.

—¿Habéis traído trajes de baño?

—No sabemos —dijo Tansy, encogiéndose de hombros.

Fueron al apartamento rápidamente y miraron todas las maletas, pero no encontraron nada.

—Creo que no podremos ir —dijo Tansy con tristeza, al ver que la oportunidad se evaporaba.

—Apuesto a que venden trajes de baño en algún sitio.

—¿De verdad?

—Vamos —dijo Finn, tomando la mano de Tansy. Pansy no se atrevió a tomar la otra, pero los siguió en silencio.

Llegaron a unos grandes almacenes en Broadway que tenían justamente lo que buscaban. Finn se divirtió viendo a las niñas discutir acaloradamente cuál elegir, antes de decidirse por alguno y enseñárselo. Tansy fue la primera en hacerlo, pero hasta Pansy encontró uno.

—Muy bonito —les dijo a ambas. Y no estaba exagerando, de hecho estuvo tentado de tomar algunas fotos. Las niñas no eran todavía mayores, y su entusiasmo era natural. Finn estaba encantado.

—¿Está muy lejos? ¿Vamos a ir andando?

—Vamos a tomar el tren —les explicó que era más fácil llegar en metro que en coche. Tansy estaba entusiasmada, Pansy tenía un poco de miedo.

—Tenemos que hacer una parada más —dijo Finn, y las llevó a una papelería donde compró un cuaderno y unos lápices de colores que dio a Pansy.

La niña los tomó sin decir nada, con los ojos abiertos por el asombro.

—Tansy dice que eres una pintora muy buena.

—Es verdad —dijo Tansy.

Una sonrisa encantadora brilló en la cara de Pansy.

—Gracias —dijo suavemente, agarrando el cuaderno contra su pecho. Y por primera vez miró a Finn sin miedo en los ojos.

Antes de que la tarde terminara, Finn se dio cuenta que Tansy tenía razón.

Mientras ella estuvo saltando y jugando en el agua, Pansy se mojó un poco los pies, luego se retiró a la toalla, y se pasó toda la tarde pintando. Pintó perros y niños, nadadores y submarinistas… Todo muy sencillo, pero con mucha imaginación. A su manera era capaz de captar la alegría de la que Tansy participaba. Una hacía, la otra observaba.

Finn hizo ambas cosas. Nadó con Tansy y tomó fotografías de ambas.

De vuelta a casa se durmieron, ambas echadas en cada uno de sus brazos. Finn tomó el cuaderno que cayó de las manos de la niña, y les pasó un brazo por encima a cada una. Estaban pegajosas, llenas de arena y quemadas. El peinado que Midge les había hecho desapareció con el baño. Finn sonrió, Izzy estaría orgullosa de él.

—¡Fuimos en el metro! —dijo Tansy.

—¡A la playa! —añadió Pansy, con los ojos brillantes. Izzy había estado preocupada al volver a casa y no ver a las niñas ni a Finn. Había llamado al estudio y sólo estaba el contestador. Había salido y los había buscado por los alrededores, luego había vuelto y había estado esperando pacientemente cuatro horas. ¡Y habían estado en la playa!

—¡Nadando! —explicó Tansy.

—¡Y te he hecho un dibujo! —añadió Pansy, mirando a Finn que en ese momento estaba entre las dos niñas, atractivo como un pirata que ha sido derrotado

—. Lo tiene él —dijo a Izzy.

Izzy miró a las niñas y luego a Finn. No, no tenía aspecto de ser un pirata derrotado, porque había un brillo de satisfacción en él. En ese momento Finn esbozó una sonrisa irresistible mientras sacaba el dibujo de su bolsillo.

—Aquí tienes.

Izzy lo miró detenidamente. En el dibujo se reconocía el estilo de Pansy MacCauley. De una manera fresca y espontánea la niña había utilizado colores planos para dibujar una playa llena de nadadores, submarinistas y sombrillas multicolores. Había algunos detalles maravillosos: un niño pequeño con una pala llena de arena; un niño construyendo un castillo al lado de la orilla; un perro negro ladrando a una pareja que caminaban tomados del brazo cariñosamente.

—Lo veo todo como si hubiera estado allí, Pansy —exclamó Izzy.

Tansy se alzó de puntillas y apuntó a una de las figuras.

—Esa soy yo.

—¿Llegaste hasta allí? —preguntó sorprendida Izzy.

—No, fui sola —le aseguró la niña, apuntando a una figura de pelo negro que estaba a su lado—. Este es tío Finn.

Tío Finn. Era la primera vez que lo llamaban así. Anteriormente se referían a él como «él», o «el ogro». Izzy lo miró pensativa.

—Me dijo que le gustaba nadar —explicó Finn, mirando a Tansy un instante, enseguida apartó la vista, como si el cariño le avergonzara—. Vamos, necesitáis bañaros. Oléis a perro.

La boca de Pansy se abrió sorprendida. Tansy se rió y tomando la mano de su hermana, la llevó hacia las escaleras.

Izzy las vio marcharse, luego miró a Finn.

—¿Qué miras? —preguntó Finn, a continuación se dirigió a la cocina.

—El doctor Jekyll y Mr. Hyde —murmuró la chica sonriendo.

—Me dijiste que tenia que acostumbrarme a su compañía. Y es lo que he hecho

—se encogió de hombros impaciente y abrió el frigorífico—. Tansy me dijo que le gustaba nadar, y que a Pansy le gustaba pintar.

Izzy lo miró, dándose cuenta de cómo su aspecto gruñón no era más que una capa superficial.

Finn se giró con una lata de cerveza en la mano. Frunció el ceño al ver que Izzy seguía mirándolo.

—¿Qué pasa? —preguntó, ofreciéndole otra lata de cerveza sin preguntar.

—No, gracias. Eres muy amable.

—No ofrecería una cerveza a ninguna otra persona.

—No me refiero a eso, y lo sabes. Me refiero a que has sido muy cariñoso con las niñas.

Finn tomó un trago de cerveza y se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Era lo menos que podía hacer.

—Lo menos que podías hacer sería traerlas de vuelta a casa e ignorarlas el resto del tiempo. O conseguir una niñera —apuntó Izzy.

—Tengo el presentimiento de que han estado ya con bastantes niñeras.

Además, no soy un ogro completo, a pesar de lo que Pansy crea.

—Estoy segura de que no va a pensarlo más. ¿Dónde las llevaste? Nunca hubiera asociado Nueva York con la playa.

—¿Nunca has oído hablar de Coney Island? —le dijo con una sonrisa—. Estaba a rebosar, la mitad de la ciudad estaba allí. Pero parece que les gustó.

—Imagino que tendrían una pelota.

—Sí, la verdad es que, como tú dijiste, fue mejor llevarlas allí que traerlas aquí.

¿Qué demonios iba a hacer con ellas aquí? No sé qué hacer con unas niñas.

—Me parece que sí sabes.

—No estoy seguro —Finn terminó una cerveza y tomó otra—. ¿De verdad que no quieres una?

—No, gracias.

—¿No bebes? ¿Por qué no? ¿No lo aprueba Sam? había un tono desafiante en la voz que sorprendió a Izzy.

—¿Quieres discutir conmigo? —Izzy creyó ver que se sonrojaba, pero como estaba un poco quemado del sol no podía asegurarlo.

—Quizá —sugirió—. ¿Te gustaría?

—No.

Finn se pasó una mano por el cabello, luego por la cara.

—Ganaría para luego perder, ¿no es eso?

Algo en la mirada de Finn hizo que el corazón de Izzy diera un vuelco, pero intentó ignorarlo.

—¿Qué me quieres decir exactamente, señor MacCauley?

Los ojos de Finn se encontraron con los de Izzy y de repente

parecieron entender que había algo más allá de las palabras.

—Francamente, señorita Rule, no sé qué demonios estoy haciendo.

Capítulo 5

Aquella noche Izzy tuvo un sueño extraño. Estaba jugando en la playa de Stinson con Sam, iba corriendo detrás de él, que había estado salpicándola y provocándola. Así que ella corría para vengarse. El se resbaló y cayó, entonces ella lo agarró en el suelo y sus cuerpos se juntaron completamente, desde el cuello hasta la rodilla. ¡Te atrapé! —gritó ella.

Entonces rodaron abrazados y no era Sam.

Era Finn.

Izzy se despertó temblando, se sentó en la cama y tomó aire, tratando desesperadamente de disminuir el ritmo de su corazón.

«¡Sam! ¿Dónde estás, Sam?» Las palabras sonaron en su mente involuntariamente. Se abrazó las rodillas con fuerza, deseando intensamente poder mirar sus ojos, ver su sonrisa, tocar sus manos… cualquier cosa que hiciera desaparecer la imagen de Finn MacCauley. Incluso sin estar segura en el mundo de Sam, le daba más seguridad en esos momentos.

¿Por qué demonios había soñado con Finn?

Entonces oyó que su puerta se abría y se quedó inmóvil y nerviosa.

Una pequeña figura con un camisón blanco apareció en la oscuridad.

—¿Estás bien, Izzy? ¿Has tenido una pesadilla?

—No, Pansy, estoy bien —dijo, dando un suspiro profundo.

—Te he oído hablar.

—Estaba soñando. Estoy bien, de verdad. Pero has sido muy buena por venir a preguntar.

—Tú vienes cuando yo tengo pesadillas —dijo Pansy. La niña había tenido dos en los primeros días de su llegada a Nueva York. Sueños de miedo, le había dicho a Izzy, donde ogros la gritaban. Izzy enseguida había imaginado a quién se parecía el ogro, y la tomaba en sus brazos hasta que Pansy se volvía a dormir inmediatamente.

Pansy se acercó preocupada a la cama de Izzy.

—He estado pensando —comenzó a decir la niña. ¿El qué?

¿Qué pasará si tengo una pesadilla y tú no estás aquí?

«Estaré aquí», quiso contestar Izzy, pero no pudo. Sabía que no era cierto.

Cuando Sam volviera ella se iría.

Y cuanto antes ocurriera mejor, pensaba en esos momentos. Especialmente si comenzaba a tener sueños con Finn.

—Tu tío estará aquí.

Pansy no contestó nada. Antes de que las llevara a la playa seguro que habría dicho que no lo quería.

—Mamá no va a volver, ¿verdad?

¡Oh, cielos! ¿Por qué ahora? ¿Por qué a ella? ¿Por qué no se lo había dicho Meg misma? ¿O por qué no se lo decía Finn?

Pero tampoco podía culpar a Finn. Él había sido una víctima de Meg como las niñas mismas.

—No, cielo. No volverá.

—¿Por qué? ¿No nos quiere?

—Creo que le gustaría que estuvierais con ella —contestó Izzy con sinceridad

—. Pero sabe que no puede daros el cariño que necesitáis. Y cree que vuestro tío sí puede. Pansy se subió a la cama e Izzy la rodeó con sus brazos.

—Eso pensé —dijo la niña en voz baja—. El tío Finn es bueno —añadió finalmente.

—Sí —aseguró Izzy, respirando aliviada—. Es muy bueno.

Izzy no habría dicho eso una semana antes, pero su opinión sobre Finn MacCauley estaba cambiando. A pesar de que era un gruñón no era tan malo como Tansy había pensado. También sabía que no las abandonaría nunca.

—Sería mejor si tú te quedaras aquí siguió Pansy—. ¿No te puedes quedar?

—Tú sabes la respuesta. No te olvides de Sam —y se dio cuenta que estaba diciendo eso más por ella misma que por la niña.

—Ya lo sé. A mí también me gusta Sam. Quizá tú y Sam nos podáis adoptar.

—Me encantaría teneros conmigo, pero no creo que tu madre haya pensado eso.

Pero a ella no le importaría.

—A tu tío sí.

—¿De verdad? —preguntó la niña, mirando fijamente a Izzy.

—Sí —aseguró Izzy suavemente—. Si le dais una oportunidad él lo demostrará.

Pasó un minuto, luego otro. Finalmente Pansy asintió con la cabeza.

—Sam vuelve pasado mañana —declaró Izzy a Finn al día siguiente, cuando volvió del trabajo.

Izzy había llamado aquella mañana nada más levantarse, inquieta por el sueño.

—¿Sí? —Finn frunció el entrecejo y se quitó los zapatos y calcetines, así descalzo caminó a la cocina. Izzy lo siguió.

—No te preocupes, me llevaré a las niñas unos días —había decidido que a Sam no le importaría, y sería la solución perfecta.

—¿Llevarlas contigo? ¿Qué estás diciendo? —preguntó Finn.

—Unos días. A Sam no creo que le importe…

—Creí que te horrorizaba poner los pies en el apartamento de los

Fletcher, ¿y ahora piensas llevarte a dos niñas contigo? ¿Cómo ese cambio?

Izzy comenzó a morderse las uñas, luego recordó los problemas que había tenido Carlota para mantenerlas quietas. Se metió las manos en los bolsillos de los pantalones cortos gastados que llevaba.

—He encontrado valor.

O quizá algo que la asustaba mucho más. Porque todavía recordaba el músculo duro que sentía en el cuerpo de Finn, debajo de ella, en su sueño.

—Sí, en el fondo de esos pantalones viejos —continuó Finn, tomando un sorbo de cerveza.

—¡Ya te he dicho que voy a comprarme otra ropa!

—Sí, mañana. Puedes dejar a las niñas en el estudio a primera hora de la mañana y Anita te llevará de compras.

—No.

—Hicimos un trato, señorita Rule. Mañana a las nueve y media en punto.

Nadie iba a poder decir que Finn MacCauley no cumplía sus tratos. Así que Isobel Rule estaba impaciente por marcharse de su casa, porque se iría, efectivamente. Pero iba a marcharse como toda una dama.

Finn llamó a Anita, una diseñadora que no llevaría a Izzy a comprar minifaldas y camisas transparentes, aunque le gustaría saber qué diría Sam si lo hiciera.

—Ella sabrá lo que necesitas.

—Yo no tengo dinero para comprarme muchas cosas —le dijo Izzy, mirándolo fijamente con una expresión que claramente rechazaba aceptar demasiado de él.

—Anita sabe gastar el dinero.

—¿Podemos ir nosotras también? —preguntaron las niñas.

—Tenéis que ayudarme aquí —les dijo Strong.

—Y a mí —declaró Finn.

Las niñas se volvieron sorprendidas. Izzy se paró también.

Finn la miró desafiante, luego miró de nuevo a las niñas.

—Venid conmigo —dijo a las niñas. En ese momento se oyó la puerta cerrarse e Izzy desapareció.

Pansy hizo vestidos para unas muñecas de papel que Strong le dio.

—Son todas tuyas —aseguró a la niña, dándole unas tijeras.

—Luego puedes hacer un desfile de modas —dijo Finn.

—¿De verdad? —preguntó entusiasmada.

—Tú no quieres recortar, te vendrás conmigo —dijo a Tansy.

La niña lo miró extrañada, luego se encogió de hombros y lo siguió. La condujo al estudio, tomó una cámara vieja, y la sentó en un taburete.

La niña se quedó quieta. Finn sacó un rollo de un paquete, abrió la cámara y la cargó cuidadosamente. Tansy observó atentamente cada movimiento. Finn abrió de nuevo la cámara y se la dio.

—Ahora lo vas a hacer tú.

La niña lo repitió sin problemas.

—Voy a hacer una sesión dentro de diez minutos. Si no estorbas tú también puedes hacer una fotografía.

Tansy abrió la boca sorprendida. —Tenemos que empezar por algún sitio —dijo Finn animándola.

Finn tenía razón en una cosa: Anita sabía comprar y no gastaba un minuto de más, ni un dólar de más. Se tomó en serio el encargo de Finn.

—Finn dice que tienes que vestirte de mujer —dijo Anita a Izzy—. La verdad —

añadió con una risita—, es que dijo otra cosa más gráfica.

Izzy no pensaba que tuviera que vestirse de mujer, pero no dijo nada a Anita.

La siguió de tienda en tienda por la Séptima Avenida, de probador en probador, metiendo el estómago, sacando el pecho…

—Un vestido negro sencillo te sentaría bien —dijo Anita, estudiando las curvas y la baja estatura de Izzy—. Quizá de punto y corto, para que luzcas tus formas.

Izzy no había puesto demasiada atención a sus formas.

—Sencillo, sin ceñirse a la cintura —siguió Anita, mirando las bermudas que Izzy llevaba—. Sin pliegues ni bolsillos.

—De acuerdo —dijo Izzy, tragando saliva.

Anita también eligió los colores. Dorados y azules que sentaban bien al tono de piel de Izzy y resaltaban sus ojos.

—Mírate bien —dijo a Izzy, cuando se probaba unos pantalones y una chaquetilla corta que la hacían parecer mucho más alta—. ¿No te gusta?

Izzy tuvo que admitir que así era.

—Pero no puedo gastarme mucho dinero…

—Te vas a comprar lo esencial, luego ya veremos.

Terminaron con las tiendas de la Séptima Avenida, luego se dirigieron a otro lugar que Anita conocía.

—No es caro, te va a encantar.

La cabeza de Izzy daba vueltas, pero se dejaba llevar. Allí compraron más vaqueros y jerseys de cuello vuelto, unas botas Martens y unos mocasines.

—¿Botas de guerra?

—Claro que sí, quedan muy bien con vaqueros. Date prisa, tenemos que llegar al Soho, a una joyería que conozco. Necesitas unos pendientes. Podrían ser de plata.

Te quedarán preciosos con ese corte de pelo.

Anita la acompañó al estudio, para ayudarla con todas las bolsas y las cajas que llevaban. Pero ni siquiera entró.

—Tengo que irme rápidamente. Además, ya no me necesitas, ya he cumplido.

Llama a la puerta y dales una sorpresa.

Izzy casi no alcanzaba a apretar el timbre. Le dolía todo, la cabeza le daba vueltas. Estaba exhausta.

La verdad era que estaba nerviosa. Anita le había dicho una docena de veces en las últimas horas que era guapa, encantadora, maravillosa. Y lo había dicho con tanto entusiasmo que Izzy lo había creído.

En esos momentos ya no.

Y Finn MacCauley tampoco lo creería.

No sabía por qué le importaba.

Puede que hubiera soñado con él, pero a él no le interesaba nada ella. Sólo estaba haciéndolo por el trato que habían hecho, pero le daba igual el aspecto que tuviera.

¿Entonces por qué se había pasado toda la mañana escogiendo trajes que pensaba que le gustarían a él?

En su interior sabía lo que había estado haciendo. Había escuchado los consejos de Anita, sus sugerencias, pero siempre había elegido preguntándose: ¿le gustaría a Finn?

¿Qué le importaba si gustaba a Finn?

¿Qué importaba si gustaba a Sam? ¿Por qué quería sentirse cómoda en su mundo?

«Tengo que recordarlo», se dijo a sí misma mientras subía en el ascensor.

«Tengo que recordarlo», se repitió mientras se dirigía hacia la puerta del estudio de Finn.

Strong y las niñas estaban allí, Pansy rodeada por un montón de recortables, y Tansy jugando con unos muñecos de un equipo de baloncesto de San Francisco.

—No llevas nada nuevo —declaró Tansy.

—No. Lo llevo en las bolsas. Ayúdame a sacarlo.

—No es necesario —dijo una voz masculina, era Finn que salía del cuarto de fotografía—. Lo llevaremos a casa. Déjame que te ayude —dijo, quitándole algunos de los paquetes. Izzy lo miró, alarmada por su proximidad. Pero enseguida, y rápidamente, se apartó, dirigiéndose hacia las niñas y llevándolas a la puerta.

—Ha sido un éxito, me parece dijo Finn, metiendo a Izzy, las niñas y todas las bolsas en un taxi.

—¿Qué opinas?

Finn sonrió e Izzy sintió una punzada en el estómago.

—Sabía que podía confiar en Anita.

—Es sorprendente, se sabe todas las tiendas de Nueva York —apuntó Izzy recostándose en el asiento.

—Ha hecho un arte de las compras. Pareces agotada.

—Gracias —le dijo Izzy con una mirada maliciosa.

—Estoy sorprendido —admitió—. Creí que a todas las mujeres os gustaba ir de compras.

—¿Quieres decir que no soy normal?

—Quizá un poco solamente.

—Tienes razón. No lo soy. Ha sido… divertido, pero me ha cansado.

—¿Demasiado como para que hagas de modelo esta noche?

Izzy lo miró. Finn la miró con esperanza.

—¡Por favor! —suplicó Tansy.

—Tú serás como mis recortables —dijo Pansy.

—No puedo. Tengo que hacer la cena —dijo con las mejillas rojas.

—Yo lo haré —aseguró Finn.

—Él lo hará —insistió Tansy.

—Nosotros le ayudaremos —añadió Pansy. Y los tres la miraron sonrientes.

Izzy estaba cohibida.

Llegaron a casa y Finn condujo a Izzy hacia las escaleras.

Date una ducha, tendré la cena preparada para cuando termines. Ponte una bata, luego haremos la sesión de moda.

«¿Qué me ponga una bata?», las palabras hicieron eco en su cabeza. Sabía que la idea de estar tan cerca de él, con sólo una bata encima era un riesgo para ella. Sabía que él había visto cientos de mujeres desnudas, pero aun así…

—¡Venga, Izzy! gritaron las niñas, empujándola hacia arriba. Izzy las siguió, sin poder resistirse.

Anita no le había fallado.

Cuando Izzy bajó las escaleras con un vestido negro de punto sencillo, Finn tragó saliva. Acostumbrado al aspecto exótico de las modelos que iban a su estudio cada día, Izzy era más sólida, de una belleza casi mágica.

Izzy se paró antes de llegar abajo.

—Ya está, ya lo habéis visto —y comenzó a subir de nuevo.

—Ven aquí —ordenó Finn.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque no te he visto bien.

—No hay mucho que ver. Es un vestido diminuto, si fuera más grande sería mucho más caro —dijo subiendo las escaleras de nuevo.

—¡Izzy! Ven aquí.

Ella se volvió de nuevo. Entonces bajó despacio las escaleras y se

paró mirándolo fijamente.

Finn se metió las manos en los bolsillos.

—Date la vuelta. Izzy dio una vuelta rápida y se dirigió de nuevo a las escaleras.

Finn agarró una mano y la arrastró hacia bajo. La mano de Finn era caliente y suave, y tuvo agarrada la de Izzy más tiempo del debido.

No le importó. Había esperado todo el día para ver a Isobel Rule con algo que no fueran sus pantalones anchos y su camiseta desteñida, e iba a cumplir su deseo.

Finn la mantuvo agarrada y la observó detenidamente. Empezó por los tobillos y fue subiendo la vista hacia las rodillas. Se paró en las caderas, en la cintura estrecha y en el apoyo de sus senos. Se quedó un rato en el cuello y deseó que fuera más escotado. Luego se encontró con su mirada. Izzy se había sonrojado.

—¿Te da vergüenza?

—Sí —contestó entre dientes, mientras intentaba soltarse de él.

Finn sonrió y puso en sus labios la mano de Izzy. El roce provocó un efecto definitivo en los dos, e Izzy la apartó precipitadamente.

—¿Sam no te besa así?

Izzy negó con la cabeza, y siguió intentando retirarse de él.

—¿Cómo te besa?

Izzy se pasó la lengua por los labios y miró hacia otra parte.

—No es de tu incumbencia.

—¿Y así? —Finn la agarró entre sus brazos y rozó los labios de ella con los suyos, para luego besarla con su experiencia, su deseo, y todo el anhelo que había estado creciendo durante lo que parecieron años.

Dios sabía que llevaba mucho tiempo sin tener novia, no tenía tiempo, o ganas.

Lo más cercano habían sido los labios de Angelina Fiorelli. Toda su energía la volcaba en el trabajo.

Pero en ese momento su trabajo no era suficiente. Quizá ese deseo que ahora le atormentaba había nacido con los labios de Angelina, quizá había comenzado anteriormente, o quizá no había estallado hasta que Isobel Rule, con sus camisetas gastadas, sus pantalones caídos y su piel de melocotón había irrumpido en su vida.

¿Y por qué no volcarlo en Izzy? Estaba allí todos los días, haciendo cualquier cosa en el apartamento, riendo con las niñas, contándoles cuentos, haciendo comidas, tendida en el suelo jugando, pasándose las manos por el pelo recién cortado.

Distrayéndolo.

Y maldita sea, él se distraía. Había estado todo el día despistado. Había estado toda la semana, desde que había venido, despistado.

Así que ahora la estaba haciendo un exorcismo para sacarla de su

mundo.

Pero el beso no pareció conseguirlo. Al contrario, el gusto de su boca lo arrastró aun más. Él había confiado en que ella se pusiera nerviosa y lo empujara, pero no lo hizo. Lejos de ello, Izzy se relajó, amoldándose a su cuerpo. Abrió los labios, dejándolo que entrara en la dulzura de su boca. Y Finn se aprovechó de su deseo. La rodeó con los brazos y la apretó contra él. Su lengua se deslizó entre los dientes de Izzy y cuando ella respondió un estremecimiento sacudió el cuerpo de Finn.

—¡Mira!

—¡Se están besando!

Las voces infantiles los devolvieron a la realidad. Izzy se apartó y lo miró con ojos horrorizados. Finn tomó aliento y respiró, luego volvió a tomar aliento.

Las gemelas miraron desde la escalera con la boca abierta por la sorpresa.

—Creí que ibas a casarte con Sam —dijo una de ellas.

Capítulo 6

La había besado por culpa de ese vestido. ¡Había sido el vestido! El no se sentía atraído por ella; Izzy lo sabía bien.

Confiaba en que surtiera el mismo efecto en Sam.

Mañana vería a Sam. Mañana.

Sólo veinticuatro horas más y su mundo estaría de nuevo en su lugar. Si Finn no quería que se llevara a las niñas por unos días, ella iría de vez en cuando a verlas hasta que tuvieran una niñera. Pero ella no podía quedarse allí, no podía arriesgarse a darse la vuelta y verlo detrás de ella, o mirar y encontrarse con sus ojos azules. Si salía todo bien puede que no volviera a verlo nunca más.

Dios sabía que no quería volver a verlo nunca más.

Se sentó en su cama en la oscuridad y se apretó la cara con las manos, la tenía ardiendo. Llevaba ardiendo dos horas, desde que había bajado las escaleras con el vestido negro de Anita.

No sabía lo que Finn le habría dicho a las niñas del beso. Ella no había sido capaz de explicar mucho.

—Voy a casarme con Sam —había dicho—. Tú tío y yo… el vestido… —la voz era tan temblorosa que apenas se reconocía a sí misma.

Las niñas no contestaron. Sólo siguieron mirando sorprendidas. Finalmente Pansy se pasó la lengua por los labios como si intentara imaginarse por qué un vestido podía inspirar un beso como aquel.

Izzy se estremeció al recordar la manera en que Finn la había besado, había saboreado sus labios… y ella los de él.

Podía, quizá, echar la culpa a Finn y al vestido, pero el comportamiento suyo tampoco era comprensible.

Se dijo a si misma que lo habia hecho porque sentía nostalgia de Sam. No lo veía desde hacía tres meses, desde el funeral de su abuelo. Y entonces sólo habían estado juntos una noche.

Sam la había abrazado y consolado, intentando animar su espíritu para que hiciera frente al futuro. La había besado aquella noche y antes de marcharse al aeropuerto a la mañana siguiente.

Pero nunca la había besado de la manera en que Finn lo había hecho.

¡Por supuesto que no lo había hecho! Porque Sam era amable, discreto, pensativo. En los cinco años que llevaban viéndose nunca la había besado así, ni siquiera cuando se habían comprometido. Y menos en la noche del funeral de su abuelo o el día después.

Ella no lo hubiera esperado.

Pero al día siguiente… al día siguiente quizá lo hiciera.

Izzy cerró los ojos, intentando olvidar los labios de Finn, y rezó por que el día siguiente llegara rápidamente.

—¿Qué opinas del vestido? —preguntó Anita a Finn al día siguiente, mientras alcanzaba una de las camisas que la modelo tenía que ponerse para la sesión—.

Precioso, ¿no?

Finn gruñó.

—Es un bombón, tu Izzy. Ella…

—¡No es mi Izzy! —exclamó Finn.

Anita alzó las cejas y lo miró pensativa.

—Uh… Te ha cazado.

—¿Qué?

—Que te ha ganado. Estás interesado en ella.

—Necesita ayuda, y yo también, así que hemos hecho un trato.

—Esto no tiene nada que ver con lo que tú llamas trato —contestó Anita. La modelo reapareció, abrochándose la falda. Anita se la colocó bien, haciendo que la chica pareciera más sensual—. Y lo sabes.

—No sé de lo que me hablas —dijo Finn seriamente. Quería que terminara con la falda y empezar a hacer fotografías.

—Es una chica muy guapa, Finn, y lo sabes. Es más que bonita, además es buena persona.

—¿Qué sabes tú de buenas personas?

—Te sorprenderías si te lo dijera —dijo con suavidad—. No siempre he vivido en el mundo de los negocios. He vivido mucho tiempo en el campo, en Oklahoma, y lo llevo dentro de mí. Eso me hace reconocer la espontaneidad, y tu… lo siento, Izzy es espontánea, brillante y divertida. Entiendo por qué te atrae.

—No me atrae. Además, está comprometida —replicó Finn con tristeza.

—Pero no está casada, todavía no.

—Estar comprometida es estar muy cerca. A Sam Fletcher, ¡Dios santo! —Anita, y todos en Nueva York sabían quién era.

—¿De verdad? ¿Sam Fletcher? Entonces me parece que tu trabajo ha terminado.

Finn frunció el ceño al subir las escaleras de su apartamento. Estaba serio: ¿qué iba a hacer él una vez que Sam Fletcher tuviera a Izzy?

Oyó las risas de las niñas al entrar. Izzy estaba hablando por teléfono, sentada en la cocina. Llevaba la camiseta gastada, pero los pantalones eran nuevos. Eran de color melocotón intenso y complementaba el bronceado ámbar de sus piernas.

Saludó con la mano a Finn y sonrió.

—¡Es Sam! —y la sonrisa se hizo más ancha.

Finn, que esperaba haberse sentido más alegre, se sorprendió de ver que le molestaba.

—No —decía Izzy—. Te entiendo perfectamente, esta noche no. De

acuerdo Sam, de verdad. El cambio de horario es un problema serio. Duerme esta noche y mañana estarás bien.

La mandíbula de Finn se puso tensa. Se quitó los zapatos y se desabrochó la camisa. Hacía mucho calor, y se preguntó por qué Izzy no había encendido el aire acondicionado. Se quitó la camisa.

—¿A qué hora? —siguió Izzy—. De acuerdo, te veré por la mañana entonces —

terminó Izzy. Hizo el sonido de un beso al teléfono, y de repente se paró y miró a Finn, como si recordara la última vez que había sido besada.

Sus ojos se encontraron, e Izzy los apartó inmediatamente.

—Te quiero, Sam —dijo, luego colgó y se volvió hacia Finn—. Sam ha vuelto esta tarde de París. Está agotado, así que…

—Pobrecillo —contestó Finn.

—Así que no vendrá hasta mañana. Me recogerá a las nueve, espero que no sea demasiado temprano.

—¿Y qué se supone que haré con las niñas? —preguntó.

—Nada, nos las llevaremos.

—¿Qué? ¿Que os las vais a llevar?

—Sé que no tienes que trabajar mañana, pero no sé si has hecho algún plan, y yo acepté cuidar de ellas hasta que tuvieras una niñera. Por cierto, ¿has llamado a alguna más?

—No.

—¿Has estado mirando más anuncios?

—Por supuesto —no demasiados, pero no lo iba a decir. Tendría que buscar más, y pronto—. ¿Cómo es que quieres llevártelas? Me imaginé que estabas deseosa por meterte en la cama con el señor Millonario.

—Sólo porque tú… —se calló bruscamente—. ¿Tienes que desnudarte nada más entrar? —preguntó, mirando la cara de Finn y su pecho desnudo.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo de ponerte…? Otra vez —añadió.

—Sobre lo de ayer noche… no tenía la intención de… ese beso no fue… —

explicó Izzy con los brazos cruzados.

—No. No fue. No significó nada para ti, ¿no es así? De acuerdo. Para mí tampoco.

—Fue una aberración —dijo Izzy después de un rato. A continuación se pasó la lengua por los labios—. ¿Está claro?

—Está claro.

—Bien —terminó la chica, moviéndose hacia detrás y hacia delante sobre los talones. Luego soltó una risita.

—¿Qué te parece tan gracioso?

—Estaba pensando que quizá era… la señal de aprobación de Finn

—lo dijo con una sonrisa tímida que se desvaneció al terminar las palabras, y lo miró con una mezcla de inocencia y esperanza.

—Puede ser —dijo seriamente Finn. Luego miró alrededor y se concentró en el ruido de las niñas que estaban en la planta de arriba.

—¿Qué hacen las niñas? No importa, iré a ver.

Era tremendo tener que buscar la compañía de dos niñas pequeñas para evitar la presencia de Izzy.

Izzy estuvo contando los minutos que faltaban para que Sam llegara, e intentó esquivar a Finn el resto de la jornada, leyendo historias a las niñas y jugando con ellas hasta que llegó la hora de dormir, entonces se retiró a su cuarto a leer.

O a intentarlo, porque aunque mantenía los ojos sobre el libro, estaba alerta a los ruidos que Finn hacía en la planta de abajo. Estuvo haciendo algo y a las diez salió, justo antes de que ella apagara la luz.

¿Tendría una cita?

¿Con alguna de las mujeres guapas que lo rodeaban durante el día? No había salido ninguna noche desde que ella y las niñas habían llegado. Nunca se hubiera imaginado que era una persona tan solitaria. Sólo tenía que mirar las fotos que había en el fondo del armario para saber que tenía bastante interés en el sexo opuesto.

Sólo tenía que recordar la manera en que la había besado…

¡No quería recordar eso!

Quería a Sam. Unas horas más tarde lo vería de nuevo, lo tocaría. Se besarían.

Se giró y se abrazó a la almohada, luego cerró los ojos. Tenía miedo de dormirse.

¿Y si soñaba con Finn?

No recordó lo que había soñado, lo cual era una buena señal. Sabía que no había dormido mucho cuando el despertador sonó a las seis de la mañana y se levantó para darse un baño caliente. Se lavó el pelo e intentó peinárselo como Sierra le había aconsejado. Al terminar lo acarició y deseó que a Sam le gustara tanto como a ella. Era lo mejor que Finn había hecho por ella.

A continuación pensó en el maquillaje. Lo hizo como se lo había aconsejado Tonio, un maquillador amigo de Finn, que había estado en el estudio el mismo día en que le habían hecho la manicura. Se puso un poco de base y colorete en las mejillas.

Luego se miró al espejo, tratando de encontrar la antigua Izzy Rule, y para terminar se dio sombra en los ojos. Finalmente se dispuso a pensar en la ropa. Se probó algunos y no se decidía a ponerse el mismo vestido negro que había inspirado el beso de Finn. ¿Tendría el mismo efecto en Sam?

Las nueve de la mañana de un sábado no le parecían la hora

adecuada para lucir sus encantos, así que se decidió por unos vaqueros, una camiseta de seda de color rojizo, y el collar y los pendientes que Anita le había ayudado a elegir. Cuando terminó faltaba una hora para que Sam llegara.

Escuchó que Finn se había despertado y hablaba con las niñas. Por el ruido de tazas estarían desayunando cereales, como todas las mañanas. Normalmente Izzy solía acompañarlos, ese día se sentía un poco estúpida.

«Ve con ellos, ¡por Dios!», se dijo a sí misma. ¿De qué tenía miedo? ¡No la iba a besar de nuevo! No cuando el vestido en cuestión estaba en el fondo del armario.

¿Qué le había dicho siempre su abuelo? Enfréntate a tus problemas, Izzy, cariño. Si no, se harán más grandes.

Así que tomó aliento y bajó las escaleras. Se recordó bajando las escaleras el día anterior, para enseñar su vestido, y tembló.

—¡Oh, no! —exclamó Tansy al verla.

—¡Dios santo! —exclamó Finn.

—Aquí estoy —dijo Izzy con suavidad, alcanzando un rollo de toallas de papel para limpiar leche que Tansy había derramado, en un intento de no ver la mirada de Finn sobre ella—. No te preocupes, Tansy, lo limpiaremos en un momento —se puso de rodillas y limpió lo que había caído al suelo.

De repente una bayeta apareció ante sus ojos, era Finn quien se la ofrecía.

—Gracias.

—No hay de qué.

Izzy limpió la zona donde la leche se había caído. Y cuando su bayeta estaba empapada Finn le ofreció otra más seca. Ella la tomó y él pidió la que había usado.

Izzy vaciló unos segundos, luego se la tendió y continuó fregando. Una segunda bayeta seca apareció. La uso también. No sabía cuánto tiempo podría estar fregando el suelo a no ser porque el timbre de la puerta sonó.

—¿Quién es?

—Sam Fletcher.

Izzy se puso de pie rápidamente. Finn la miró de una manera hermética, luego apretó el timbre para abrir el portal. Izzy se sacudió los pantalones, se pasó la mano por el pelo y se humedeció los labios con inquietud.

—Estás bien, ¡maldita sea! —exclamó Finn.

Se oyeron unos pasos en la puerta, luego un golpe. Las niñas corrieron a abrir.

Y allí estaba, alto y delgado, y tan querido y maravilloso como siempre. Izzy sonrió alegremente.

—Yo… ¿Izzy? —Sam se quedó con la boca abierta por la sorpresa —. ¿Eres tú?

—No me digas que no me reconoces.

Sam cerró la boca, tragó saliva, luego se pasó una mano por el pelo castaño y movió la cabeza despacio.

—No me lo esperaba —admitió, con una sonrisa abriéndose paso en su cara—.

¿Qué puedo decir? —entonces abrió los brazos y dio un paso hacia adelante.

Izzy se fundió en sus brazos y lo rodeó a su vez, apretándolo con fuerza, descansando en la fuerza de su abrazo, en la mandíbula recién afeitada. Pero no fue suficiente…

Izzy llevó los labios a la boca de él, buscando la excitación que había encontrado la noche anterior en el beso de Finn, en su propio deseo.

Vio que los ojos de Sam se abrían por la sorpresa. La tomó en sus brazos y la besó unos segundos, luego la apartó para mirarla a los ojos. Tragó saliva y se rió.

—Delante de los niños no —declaró temblando.

—Lo siento —dijo Izzy con las mejillas rojas, sin atreverse a mirar a Finn—. Es que… hacía mucho tiempo.

—Demasiado tiempo —admitió Sam—, Estás verdaderamente… maravillosa.

—No quería que te avergonzaras de mí, así que algunos amigos de Finn me ayudaron.

—¿Finn? —preguntó Sam, mirando al hombre que lo miraba con el ceño fruncido desde la cocina—. Será mejor que nos presentes.

—Claro —dijo Izzy, con un color de mejillas más intenso—. Sam, este es Finn MacCauley, el tío de las niñas —dijo, sin mirar a Finn—, éste es Sam.

—Encantado de conocerte —dijo Sam.

—Lo mismo —pero el tono de Finn no fue muy agradable. Soltó la mano de Sam y se cruzó de brazos.

—Izzy me ha dicho que eres fotógrafo —continuó Sam.

Finn asintió con una mirada que no invitaba a seguir la conversación.

—¿De revistas? —insistió Sam.

Finn volvió a asentir con la cabeza.

—Es fascinante. Apuesto a que tienes que viajar mucho.

—No más que tú.

Izzy se dio cuenta de que Finn no estaba muy amable. Se volvió sonriente hacia Sam y tomó una de sus manos.

—Las niñas y yo estamos listas, ¿nos vamos?

Se dirigieron hacia la puerta y Tansy se volvió hacia Finn.

—¿Vienes con nosotros, tío Finn?

—¡No, no viene! —dijo Izzy rápidamente, empujando a las niñas hacia afuera.

—Encantado de conocerte —volvió a decir Sam como despedida. Finn gruñó.

Miró a Izzy por última vez y cerró la puerta decidido, cortando la despedida de Sam.

—No tiene muy buen humor por las mañanas, ¿eh? —dijo Sam a Izzy pensativo.

Sam las llevó al zoológico, no era un lugar muy romántico, pero con dos niñas de seis años el romanticismo no estaba en el menú.

Los cuatro admiraron a los elefantes y los tigres, observaron los leopardos, los cocodrilos y por la tarde montaron en un camello. Comieron perritos calientes y helados, se rieron y Sam llevó a las niñas en hombros cuando se cansaban. Le habló a Izzy de sus viajes, de las calles del bazar en Bangkok, del mercado de seda de Singapur, de los vendedores de perlas en Hong Kong. Lo hizo de una manera amena y alegre, como siempre lo había hecho cuando la había visitado en San Francisco.

«Desearía que me besara otra vez», pensaba Izzy mientras lo miraba y lo escuchaba, tratando de recordar el beso que se habían dado aquella mañana. Intentó recordar el roce de sus labios, la presión de su boca sobre la de ella, su sabor.

Seguía recordando a Finn.

La memoria era como un arma de doble filo. Puedes recordar un acontecimiento, pero también recuerdas otros. El beso de Finn la había preparado para desear a Sam.

«Bésame, bésame otra vez», pensó.

Pero Sam estaba hablándole a Pansy de caligrafía en papel de arroz, y cuando miró a Izzy, sonrió y apretó su mano, pero no lo hizo como si pensara besarla.

No debería esperarlo. Sam era una persona discreta, no daba muestras de afecto en público. La tenía de la mano, y eso era suficiente. Habría tiempo para todo. En privado, sin niñas. Iban a cenar juntos los cuatro, luego se quedarían solos.

Y entonces…

Izzy se guardó dentro lo que luego vendría, y se concentró en el momento, en disfrutarlo… disfrutar estar sentada en un banco escuchando a Sam hablar, volver la cara hacia el sol y sentir que la tensión de las dos últimas semanas desaparecía.

Sam estaba con ella. Todo iba a ir bien.

Se había ido a cenar con Fletcher, ¿y qué?

El hombre no era un asesino.

Irían a cenar juntos, y él era uno de los más famosos y respetados

hombres en Nueva York. Y un caballero íntegro.

¿Entonces por qué se paseaba nervioso como si hubiera dejado salir a su única hija con un violador? Se preguntaba Finn.

No le gustaba ninguna de las respuestas.

Él y las gemelas cenarían en menos de una hora, contando con que tenían que ir a la tienda coreana y comprar ensalada preparada y un paquete de perritos calientes, luego volver y preparar la comida ellos mismos.

Desde luego que no era una comida de cinco tenedores. ¿Pero cómo sabía que Sam Fletcher llevaría a Izzy a comer en un restaurante lujoso? ¿Cómo sabía lo que estarían haciendo en esos momentos?

Pero lo que fuera no incluía a él ni a las niñas. Llevaron a las niñas de vuelta a las seis, cansadas y felices, y le dijeron que se iban a cenar.

—¿Te importa prepararles la cena? —había dicho Izzy—. ¿No has quedado con nadie? Me imagino que podríamos quedarnos aquí —dijo, mirando a Sam buscando apoyo.

—No, maldita sea, ¡no tengo ninguna cita! —había dicho Finn. Y se había quedado en la cocina sin hacer caso de la conversación de Sam mientras ella se duchaba y preparaba.

Y no se había dado cuenta de que se habían ido porque tenía otras cosas que hacer. ¡Llevaba meses sin descongelar el frigorífico! ¿Podía haber evitado estar despegando furiosamente el hielo en el momento en que ellos salieron?

Pero eso había sido horas antes, a las siete. En esos momentos eran las once y no habían vuelto todavía.

—¿Tío Finn?

Finn se levantó del sofá donde finalmente se había tirado después de caminar y caminar alrededor de la sala. Había una gemela en la escalera de caracol mirándolo preocupada.

—¿Qué pasa?

—¿Dónde está Izzy?

—Se ha ido a cenar fuera, ¿no te acuerdas?

—¿Y no ha vuelto todavía?

—No es muy tarde —declaró Finn rápidamente, diciendo exactamente lo contrario de lo que pensaba.

—Hace mucho que ha salido.

—Escucha, Tan… eres Tansy, ¿verdad? —preguntó.

—Soy Pansy —dijo, moviendo la cabeza.

Eso le sorprendió, significaba que había progresado con ella. Había empezado a sonreírle desde el día en la playa, y caminó junto a él cuando su hermana lo hizo.

Pero era la primera vez que comenzaba una conversación.

Finn se pasó una mano por el cabello y caminó hacia las escaleras.

—Bien, Pansy, tu amiga Izzy es una chica mayor y puede cuidarse

sola. Además tampoco le hemos dicho a qué hora tenía que volver.

—Quizá lo deberíamos haber hecho.

Quizá, pensó Finn con tristeza. —No, no es asunto nuestro lo que hace.

—Sí lo es, es nuestra amiga —insistió Pansy.

Finn gruñó, luego subió las escaleras.

—Pues nuestra amiga volverá cuando el infier… cuando quiera. Vamos, ve a la cama.

Pansy lo miró y salió corriendo hacia su cuarto asustada. Finn la vio salir corriendo, suspiró y la siguió. Se quedó de pie en la entrada del cuarto, y vio dos pequeñas figuras en una cama de enorme tamaño. En la parte más alejada estaba Tansy hecha un ovillo, parecía dormida. Pansy se había tumbado y tapado hasta la nariz, y sus ojos siguieron a Finn cuando entró en el dormitorio.

Se quedó un momento mirándola, luego se sentó en el borde de la cama.

—¿Querrá volver Izzy?

—Volverá.

—¿Seguro?

—Sí —¡sería mejor que no pasara la noche en casa de los Fletcher!

—Mamá no está.

¡Dios mío esa noche no! Pero también sabía que tendría que hablar sobre ello alguna vez. Izzy le había dicho que las niñas se imaginaban que la madre las había abandonado, pero nunca le habían dicho nada a él. No se atreverían.

—No —reconoció Finn—, pero ha preparado todo para que os quedéis conmigo.

—Tú no querías —Pansy parecía tan sincera como su hermana.

—No os conocía. Y creía que no quería niños —la miró fijamente —. ¿Crees que se puede cambiar de opinión?

—¿Tú has cambiado? —preguntó sin parpadear.

—Sí.

Y sabía que era cierto. Quizá no fuera el mejor sustituto del mundo, tenía mucho que aprender, pero Izzy lo había puesto en camino. Le había dado la oportunidad de estar con ellas, de acostumbrarse a ellas. Nunca había tenido confianza en su habilidad de tratar con niños, tenía miedo de fallar como sus padres habían fallado con él. Pero al observar a Izzy había aprendido que estar con ellas, a quererlas.

Quería intentarlo. —Eso está bien —dijo Pansy solemnemente.

—Lo haremos entre los tres —dijo Finn, esbozando una sonrisa.

—Sí.

—Quizá algún día tu madre vuelva —siguió Finn, tomando la mano pequeñita de la niña.

—Yo prefiero quedarme contigo y con Izzy.

—¿Qué? —preguntó Finn, tragando saliva.

—A mí me gusta más Izzy. Nunca podíamos ver a mamá, siempre estaba ocupada.

Finn se lo imaginaba.

—La mayor parte del tiempo estábamos con Izzy, su abuelo, Digger, Hewey y Pops —continuó Pansy—, a mí me gustaba mucho. Pero luego el abuelo se murió.

Tansy y yo lloramos.

—Entiendo.

—No lloramos cuando mamá se fue.

—Vuestra mamá no se ha muerto.

—Pero se ha ido. No quiero que Izzy se vaya también.

—Izzy va a volver —prometió Finn—. Esta noche.

¡Aunque tuviera que ir a por ella a la cama de Sam Fletcher!

¿Pero qué pasaría en el futuro? Las niñas sabían que ella estaba preparando la boda con Sam.

Pero la noche anterior habían visto como Finn la besaba.

La manita de Pansy apretó la suya.

—¡Qué bien! —dijo adormilada—, nosotras, tú e Izzy —y se dio la vuelta. En cinco minutos se oyó la respiración profunda, pero seguía sujetando la mano de Finn.

Nosotras, tú e Izzy.

Finn intentó no pensar en ello.

Capítulo 7

Cuando Izzy y Sam llevaron a las niñas por la tarde, Finn tampoco estaba de buen humor. Frunció el ceño y contestó secamente a Izzy. Izzy no sabía si fue más educado cuando se quedó a solas con Sam, mientras ella se arreglaba. Cuando bajó Finn estaba en la cocina descongelando el frigorífico, y la dirigió una mirada intensa al verla con el vestido negro.

Se alegraba de salir del apartamento de nuevo, se alegraba de estar a solas con Sam… por fin.

La llevó a un pequeño restaurante cerca del apartamento de Finn. Era un lugar tranquilo con una luz cálida que se derramaba sobre el rosa pálido de los manteles de las mesas, y los camareros silenciosos. La música era suave, y Sam sonreía al otro lado de la mesa.

Era todo lo que su corazón romántico deseaba.

Excepto cuando quería oír de labios de Sam lo que no había escuchado todavía, y él hablaba del viaje en tren que había hecho durante toda una noche para ir desde Chiang Mai a Bangkok.

«Bésame», suplicó Izzy en silencio, observando los labios de Sam moverse al hablar y al tomar la sopa de raíces de loto a pequeños sorbos.

Sam sonrió y le tomó una de las manos. «Por fin», pensó. Pero entonces empezó a hablar de la noche que había pasado en un famoso hotel colonial en Singapur.

Elegantísimo, había dicho. Inolvidable.

«Bésame», rogó silenciosamente Izzy, mientras Sam seguía hablando y ella se servía la ensalada con especias que el camarero acababa de traer.

Sam le habló de su corte de pelo.

—Me gustaba largo —le dijo.

—¿No te gusta así?

—Claro que sí, me gusta como a ti te guste.

El camarero llevó los platos que ambos habían pedido y Sam se concentró en el suyo, que era de pollo, y dejó de hablar.

«Bésame», suplicó Izzy con la mirada, sin empezar a comer el suyo.

—¿No tienes hambre? Tu plato tiene buen aspecto.

—Ah, sí —exclamó ella, probando un trocito de su plato de cerdo.

—Me acuerdo de cuando fuimos a cenar una noche a aquel pequeño restaurante tailandés en Mission District —dijo Sam sonriendo.

Había sido la última vez que él había estado en San Francisco antes de que su abuelo muriera. Había aparecido sin avisar, como siempre, y habían estado juntos toda la tarde y noche, con el consentimiento de su abuelo.

Fue entonces cuando él había pedido su mano y le había regalado un anillo. Ella había vuelto a su casa radiante, soñando en un futuro con Sam.

—Bésame —dijo Izzy.

Sam la miró atónito.

—¿Qué?

Izzy se ruborizó violentamente. No se había dado cuenta de que lo había dicho en voz alta.

—Nada —acertó a decir, bajando la cabeza—. Sólo me estaba preguntando si me habías… echado de menos.

Sam tomó su mano y jugó con sus uñas perfectamente ovaladas. Acarició el anillo que le había regalado, y la miró fijamente.

—Por supuesto… y creo que podíamos ir a mi apartamento ahora y te demostraré cuánto. Izzy sintió que el estómago se le encogía. La tensión se desvaneció y esbozó una sonrisa. Su apartamento. Iba a llevarla a su apartamento.

Por fin iba a besarla… y quizá algo más.

—Sí, es una buena idea.

Ya no le importaba la elegancia del edificio. Estaba con Sam, claro, y además su pelo, sus uñas, su maquillaje, su ropa… le daban seguridad en sí misma.

Su apartamento estaba en el octavo piso, uno de los dos que había en el espacioso y elegante descansillo. Parecía sacado de un libro de decoración y arquitectura moderna, más que un hogar para vivir. Gruesas alfombras persas descansaban en los suelos de madera de roble, y tapices del Medio Oriente adornaban las paredes con sus colores y motivos geométricos. Por toda la casa había armarios altos con vitrinas que mostraban objetos de cristal y metal. Una de las paredes, la que daba al oeste, era un ventanal que se abría sobre Central Park.

Para Izzy no era un lugar hogareño, si lo comparaba con la casa antigua de estilo Victoriano de su abuelo, lugar donde siempre recibían a Sam cuando iba a San Francisco.

Pero Sam parecía no comparar, y esbozó una sonrisa cuando Izzy se acercó a la ventana y contempló la vista.

—A menudo te imagino mirando por esta ventana.

—No sé cómo puedes hacer algo, yo me quedaría todo el día de pie frente a ella.

—Es preciosa, pero no tanto como tú.

—Es la ropa nueva que llevo —dijo Izzy—, el corte de pelo, ¿has visto mis uñas? —preguntó enseñándole las manos. Había estado todo el día esperando ese momento, y ahora estaba nerviosa.

—He visto las uñas —dijo, y la tomó para estrecharla entre sus brazos.

Izzy intentó relajarse cuando sus cuerpos se tocaron. «Esto es lo que deseaba», pensó, y esperó que su cuerpo se excitara cuando Sam comenzó a besarla en la nuca, en la oreja, en la curva de su barbilla. Izzy se estremeció, pero eso fue todo.

—¿Tienes frío? Yo voy a calentarte —entonces la besó como ella había deseado, con intensidad, con pasión, con decisión.

Pero ella sólo podía pensar en Finn.

«¡No!», exclamó en silencio, cerrando los ojos para apartarlo de su mente. ¡Ella no quería a Finn! No en esos momentos. ¡Ni nunca! Besó a Sam con toda la pasión de la que fue capaz, con toda la necesidad que pudo encontrar en su interior.

Sam gimió y apretó los labios contra ella; luego sus manos se deslizaron por su espalda hasta llegar a las nalgas y la apretó contra sus muslos, para que notara su deseo.

—Te voy a enseñar el dormitorio —susurró Sam.

Las palabras sonaron cortantes como el hielo. Izzy se estremeció, luego negó con la cabeza y lo apartó, volviéndose hacia la ventana.

—No… esta noche no. ¿Qué te pasa, Izzy? —preguntó Sam confuso.

Izzy tembló y se abrazó a sí misma.

—Podemos… ir a verlo si quieres, pero lo único que quiero es mirar, Sam —

explicó, con una mirada desesperada—. Lo siento, pero…

—No estás preparada, de acuerdo —dijo, acariciando su cabello—. Tenía que haberme dado cuenta.

«¿Cómo ibas a saberlo, si no lo sabía yo misma?»

—Pero tú… estás —Izzy se interrumpió, avergonzada de haberse dado cuenta del deseo urgente que lo apremiaba.

—Sobreviviré —declaró—. He vivido hasta ahora, veremos el dormitorio otro día. Ven a sentarte, tomaremos algo.

Tendría que haber dicho que no. Tendría que haberse marchado cuando todavía le quedaba una pizca de juicio. Pero irse significaba ir a casa… con Finn.

Y no podía, todavía no.

Así que suavizó sus sentimientos de culpa y dejó que Sam le ofreciera una copa y pusiera un compact disc en el equipo de música. Bebió el licor de naranja despacio, sintiendo su boca y su garganta arder, de la manera en que todo su cuerpo había ardido la noche anterior cuando la lengua de Finn había tocado la suya.

«¡No pienses en ello! Piensa en Sam. Es a Sam a quien amas, es con Sam con quien quieres casarte». Dejó que Sam la llevara hacia un sofá blanco y que la sentara a su lado. Dejó que Sam pusiera un brazo alrededor de sus hombros, y se apoyó en él, respirando profundamente para intentar recuperar el alivio que siempre había sentido al estar a

su lado.

—Sam es un buen hombre —le había dicho siempre su abuelo—. Me alegro de que salgas con él.

—Sí —dijo Izzy en ese momento.

—Creí que habías dicho que no querías esta noche —dijo la voz divertida de Sam.

Izzy giró la cabeza para mirarlo fijamente a los ojos.

—La verdad es que no sé lo que digo.

—Te amo, Iz —declaró riendo Sam, besándola en el pelo, luego en los labios.

Era más de la una de la mañana cuando Izzy, segura de que encontraría a Finn dormido, se atrevió a volver al apartamento.

Se quitó los zapatos y abrió la puerta en silencio, Finn había dejado una luz encendida en la cocina. Nada más entrar Izzy miró al sofá con la esperanza de verlo dormido allí.

—Ya era hora —dijo la voz de Finn. Estaba recostado sobre los cojines.

Izzy tragó saliva. Apretó los zapatos que llevaba en la mano y cerró la puerta.

—No tenías que esperarme —dijo con desafío.

—¿No? —su voz sonó dura, casi enfadada—. ¿Quién iba a tomar la mano de Pansy mientras se dormía, preocupada porque tú no estabas?

—¡Dios mío! Lo siento, no pensé que…

—¡No, maldita sea, no pensaste! —Finn se levantó y fue hacia ella. Iba sin camisa y descalzo, solo con unos vaqueros que acentuaban su aspecto varonil.

—Iré a verlas —dijo Izzy, retrocediendo alarmada.

Pero Finn la agarró por un brazo.

—Están bien ahora. Pansy se durmió hace una hora.

—Yo… siento haberlo hecho mal —dijo Izzy, tratando de escapar.

—¿Por qué? Ellas no te importan nada.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Si te importaran habrías vuelto hace rato. ¡Son casi las dos de la mañana! —la mano de Finn apretó el brazo de Izzy, pero enseguida la soltó, aunque la siguió mirando fijamente.

—Es la una y cinco. Además, si estabas preocupado me podías haber llamado, dejé el número de Sam al lado del teléfono.

—Siempre he odiado sacar de la cama a la gente, especialmente cuando sé que no están durmiendo.

Las mejillas de Izzy enrojecieron violentamente, pero no podía negar las acusaciones. Tenía que dejar que pensara lo que quisiera.

—Podías haber llamado —repitió.

—Logré arreglármelas —apuntó en un tono seco.

—No me sorprende lo más mínimo, siempre creí que podrías.

—Es un detalle por tu parte tener esa confianza en mí —dijo con sarcasmo.

Finn no quería discutir con Izzy, y sabía que ella no iba a callarse. La dejó irse, y cuando había llegado a las escaleras volvió a hablar.

—¿Cómo ha ido tu cita? —preguntó, subrayando la última palabra.

Izzy lo ignoró.

—Fuimos a un pequeño restaurante tailandés. Yo pedí una fuente de cerdo agridulce y Sam pollo con pina. Luego fuimos a su apartamento y escuchamos algo de música…

—No tienes que contármelo paso por paso.

—Muy bien, no lo haré —dijo, comenzando a subir las escaleras.

—Me alegro de que te hayas divertido —dijo Finn, con un tono amargo en la voz—. ¿Podrás cuidar a las niñas mañana o te irás?

Izzy hubiera querido decir que se iba, pero tenía que admitirlo.

—Todavía no. Te prometí que las cuidaría hasta que consiguieras una niñera.

—Y tú, claro, siempre cumples tus promesas.

—Lo intento —admitió Izzy.

Finn gruñó algo, todavía claramente insatisfecho. Finalmente asintió con la cabeza y fue a la cocina para apagar la luz.

—Buenas noches.

El enfado de Finn era tan claro, que Izzy se sintió como una niña traviesa a la que han castigado enviándola a su habitación. Se quedó quieta unos minutos, escuchando a Finn acostarse en el sofá.

—¿Quieres un beso de buenas noches? —dijo Finn burlonamente.

Ella quería irse a dormir enseguida, soñar con Sam.

Pero permaneció despierta durante mucho tiempo pensando en Finn MacCauley.

No era normal. Sam era el hombre que ella amaba, el hombre con el que se había querido casar desde el primer fin de semana en que lo conoció. Sam era bueno, cariñoso, divertido, amable, y nada de lo que él había hecho aquella noche la había hecho cambiar de opinión. Él era como ella lo recordaba.

Pero ella no.

No podía apartar a Finn de su mente.

De acuerdo, besaba muy bien, se dijo a sí misma enfadada, ¿y qué pasaba? Eso no significaba nada, muchos hombres saben besar.

Pero había algo más, y ella lo sabia. Ella no había respetado a Finn al principio de conocerse, porque pensaba que no sería mucho mejor que su hermana. Pero había cambiado de opinión. Había dentro de él un sentido del deber, una integridad que ella comenzaba a admirar. Era brusco, irritable y gruñón algunas veces, incluso mal hablado. No había aceptado a las niñas y no había disimulado.

Pero luego había encontrado en su interior algo que lo conectaba a

ellas. Incluso algo que le hacia amarlas.

Lo podía ver por el modo en que las miraba, el modo en que hablaba con ellas.

Lo había oído en el tono de voz de aquella noche mismo.

Y sabía besar.

—Maldita sea —dijo Izzy a la almohada—. Maldita sea.

Las niñas querían ir de nuevo a la playa.

—Es domingo —protestó Finn—, y todo Nueva York estará allí.

—Pero hace mucho calor —gimió Tansy.

—Mucho calor —insistió Pansy, en un tono más suave, pero no menos firme.

Izzy no dijo nada, estaba preparando el desayuno y esperó a que Finn decidiera lo que quería hacer. El teléfono sonó, Finn le pasó el auricular a Izzy sin contestar.

—Me puedo imaginar quién es.

—¿Qué tal Sam? —preguntó Izzy alegremente.

—¿Dormiste bien?

—Sí —mintió Izzy—. Muy bien. Quiero darte las gracias otra vez por la tarde de ayer.

Finn dejó la taza de café con un golpe tan fuerte que el líquido se derramó por la mesa. Izzy miró hacia otra parte deliberadamente.

—Fue un placer. ¿Qué te gustaría hacer hoy?

—Oh… había prometido hacer algo con las niñas hoy. ¿Otra vez? —la voz de Sam sonó enfadada.

—Dije a Finn que lo ayudaría a cuidarlas —explicó—. Todavía no tiene niñera.

—Mi madre puede encontrarle una —dijo Sam—. Conoce a mucha gente.

Ahora está fuera, pero cuando vuelva… —se calló de repente, como si se le acabara de ocurrir algo—. ¿Qué te parece si llevamos a las niñas fuera todo el día? Podíamos irnos a algún sitio y volver mañana. Tengo una casa en la playa, a las niñas les encantará.

—¿Volver mañana? ¿Una casa en la playa? —repitió Izzy, mirando a las niñas.

Estaban comiendo cereales y tenían los ojos clavados en ella—, ¿A tu madre no le importaría?

—Estará encantada. ¿Qué me dices?

—Preguntaré a las niñas —las niñas la miraban con la cara radiante.

Entonces Tansy miró a su tío, que estaba limpiando una bayeta en el fregadero, de espaldas a ellas.

—Sólo si viene el tío Finn también.

Izzy vio que Finn se ponía rígido, ella misma se puso rígida. Finn no se volvió, Izzy se humedeció los labios con la lengua.

—Niñas, no lo sé…

—Es un buen nadador, y tú siempre dices que tenemos que estar con él.

Izzy no supo qué decir; esperó, confiando en que Finn dijera que no podía, pero él no dijo nada.

—Sam, podríamos ir si… Finn viene también. A las niñas les gustaría —añadió rápidamente, por si él pensaba otra cosa.

Sam se quedó un momento callado.

—La casa es grande, ¿qué problema puede haber?

—Sam dice que estás invitado —dijo Izzy a la espalda de Finn.

Se volvió despacio. Miró fijamente a Izzy y luego a las niñas, que lo miraron expectantes. Finalmente miró a Izzy y bajó los ojos.

—De acuerdo.

Era una casa enorme, y su estilo moderno era tan frío como el apartamento de la Quinta Avenida. Igual de frío que su madre.

Izzy había visto a la señora Fletcher la primera noche que había ido al apartamento de Sam, pero sólo había vislumbrado a una mujer elegante. En esos momentos se encontró cara a cara con Amelia Fletcher, una persona distante, que no habría aceptado a la antigua Isobel Rule.

La miró, examinándola atentamente. Luego esbozó una sonrisa que encendió su cara y besó a Izzy en las mejillas.

—Por fin, cariño. Sam me ha hablado mucho de ti.

«Desearía que me hubiera contado algo sobre usted», pensó Izzy.

—Es muy bueno.

—Y has traído amigos, ¡qué agradable!

Izzy los presentó, deseando que Finn se comportara con amabilidad. No había hablado apenas durante el viaje, por lo menos con Izzy y Sam. Izzy le había ofrecido el asiento delantero para ir más cómodo, pero no aceptó.

—Iré muy bien detrás —había dicho, subiéndose a la parte de atrás del Lincoln de Sam. Luego apenas había dicho nada más, excepto señalar algunos lugares a las niñas, contándoles historias sobre el siglo diecisiete y dieciocho. Izzy había intentado escuchar lo que les iba contando, pero hablaba tan bajo que ni ella ni Sam podían hacerlo.

Izzy no tenía que haberse preocupado: Finn podía ser un caballero, y así se comportó cuando le presentó a Amalia Fletcher.

—Creo que coincidimos en la fiesta que Maggie Donnelson dio el año pasado.

—¿Sí? ¿Tú eras el hombre que iba con aquella mujer tan guapa? —preguntó Amelia, abriéndose al hombre que llevaba referencias suficientes.

—Tawnee Davis —recordó Finn.

La modelo de la fotografía de tamaño natural, recordó Izzy. La

mujer con más curvas y menos ropa que Izzy había visto nunca. Seguramente que Amelia no sabía eso.

—Qué amable que hayas estado cuidando de Isobel.

Finn miró a Izzy con una sonrisa irónica.

—Quise guardarla bien para Sam.

Amelia sonrió y puso la mano en el brazo de Finn, conduciéndolo hacia las enormes ventanas del salón que daban a la playa.

—Tiene suerte de tener tan buenos amigos. ¿Y eres el tío de esas dos niñas encantadoras? Venid, niñas. Seguro que queréis bañaros.

Tansy y Pansy fueron con ella, y también Finn.

Izzy se quedó a solas con Sam. Cuando los demás desaparecieron detrás de la puerta Sam la abrazó.

—Te he echado de menos —dijo besándola en los labios. Izzy se puso rígida en un principio, pero intentó relajarse y devolver los besos, las caricias.

—Has sido muy amable invitando a las niñas. Y a Finn también, claro.

—Al principio me inquietó la idea, luego pensé: ¿por qué no? Él las mantendrá entretenidas mejor que mi madre —explicó, besándola con más pasión.

—Tu madre ha dicho que llevemos las niñas arriba para que se pongan el bañador —dijo Finn, interrumpiendo el beso.

Izzy dio un respingo y se volvió. Finn estaba de pie con una niña a cada lado.

Miraban con la boca abierta a Sam y a ella.

—Por supuesto, os diré dónde —dijo Sam, aclarándose la garganta —. También te diré dónde puedes cambiarte tú, Izzy.

La habitación de Izzy estaba al lado de la de Sam. La de las niñas, una habitación con muebles de estilo francés y alfombra de color melocotón, estaba al lado de la entrada. La de Finn estaba justo debajo de la de las niñas.

—Yo no me quedaré esta noche, volveré en tren por la tarde —declaró Finn, los demás lo miraron sorprendidos—. Tengo una sesión de fotografía por la mañana —

explicó—. Algunos tenemos que trabajar bastante.

—Yo he estado trabajando día y noche en las últimas dos semanas —apuntó Sam, un poco avergonzado.

—Claro que sí —exclamó Izzy—. Y yo estoy trabajando ahora mismo, si recuerdas —añadió, mirando a las niñas que se estaban cambiando—. Creo que podías pedir a la señora Strong que siguiera llamando a agencias para conseguir una niñera.

Sam dio una palmada.

—No olvidemos decírselo a mi madre.

Izzy no se imaginaba a Amelia Fletcher buscando una niñera, pero

Sam conocía más a su madre.

—La hija de Doro Milbank, Eliza, acaba de encontrar una chica muy trabajadora de Iowa —dijo Amelia cuando Sam sacó el tema. Estaban sentados en hamacas mirando hacia el mar. Izzy llevaba un bañador azul marino que Anita había elegido.

Izzy trataba de concentrarse en las palabras de la señora Fletcher e ignorar la manera en que Sam y Finn la miraban.

—Llamaré a Doro ahora mismo —declaró la madre de Sam, tomando un teléfono portátil de la pequeña mesa de hierro forjado.

Finn no dijo nada al respecto. También estaba recostado en una hamaca, y después de mirar a Izzy de arriba abajo se puso unas gafas oscuras.

Izzy deseó haber tenido unas, y poder mirarlo detenidamente.

Aunque era un poco ridículo: había visto a Finn MacCauley con el torso desnudo, y en pantalones cortos. Pero no sabía por qué verlo en bañador abiertamente le producía extrañas sensaciones en su interior.

Se intentó concentrar deliberadamente en Sam, pero Sam, igualmente en traje de baño, no tenía tanto misterio. Así que apartó la vista.

—Me voy a dar un baño con las niñas —dijo, levantándose de un salto para correr detrás de las niñas sin mirar atrás.

Era un día con brisa y las olas eran grandes, pero no se detuvo. Necesitaba darse un buen baño. Nadar un poco en el agua fría para relajar la mente. Por lo menos eso era lo que esperaba cuando pasó delante de las niñas y se sumergió en una ola que se acercaba. Se dejó llevar por la ola helada y luego se puso de pie, sacudiéndose el pelo hacia atrás.

A continuación nadó, sumergiéndose debajo de cada ola, una y otra vez, hasta que no pudo más. Entonces se dio la vuelta para mirar hacia la orilla. Estaba mucho más lejos de lo que pensaba. No podía ver a las niñas en la orilla, las tapaban las olas, sólo veía a lo lejos la casa con Sam y su madre sentados. O por lo menos es lo que imaginó. Estaban muy lejos y de pie.

¿Estarían buscándola?

Una ola impidió momentáneamente la visión de la casa, luego la ola bajó y apareció una cabeza oscura a su lado.

Era Finn.

—¿Nadando hacia las Bermudas?

—Claro que no.

—Pues eso es lo que habría pensado, y tu novio también.

—Se llama Sam —dijo Izzy, tratando de escapar de él, pero las brazadas de Finn lo mantenían cerca de ella—. ¿Por qué estás tan antipático con él?

—No estoy siendo antipático —dijo con los ojos brillantes. Quizá

no fuera antipatía, pero no sabía lo que era. Finn frunció el ceño y la miró fijamente—. No sé si estoy siendo así, maldita sea. Sam estaba preocupado por ti, creía que podías ahogarte.

—¿Y te mandó a por mí?

—Tenía una llamada telefónica —Finn señaló hacia la orilla con la cabeza—.

Vamos, no tiene sentido quedarnos aquí esperando a los tiburones.

—¿Tiburones? —preguntó Izzy asustada.

—No lo sé, nunca he estado aquí —dijo, empezando a nadar hacia la orilla sin esperarla.

—Creí que habías estado aquí muchas veces, con Tawnee y todos tus amigos modernos.

—¿Estás celosa?

—¡No!

—Eso es lo que decís todas.

—Eres odioso —dijo Izzy.

Finn rió y siguió nadando.

—¿Sabes hacer el muerto?

Izzy asintió.

—Creo que puedes practicar.

Izzy miró hacia atrás y vio una ola enorme. Comenzó a nadar deprisa, tratando de alcanzar a Finn para estar a su lado cuando la ola rompiera. Y entonces la ola llegó y rompió, y ella sintió que la fuerza poderosa del agua la arrastraba, levantándola y devolviéndola a la superficie. El cuerpo de Finn también atrapado por la ola se chocó con el suyo. Se golpearon, dieron juntos una vuelta e Izzy sintió lo que debió ser un hombro en el estómago. Trató de respirar, pero sólo tragó un poco de agua salada, e intentó desesperadamente salir a la superficie.

Finn fue el primero en ponerse de pie y la agarró. Izzy tosió y por fin respiró.

Finn la abrazó y la sostuvo con las piernas.

—¿Estás bien?

Ella intentó decir que sí, pero siguió tosiendo. La ola siguiente la empujó contra el pecho duro de Finn.

—Estoy bien.

—No quise golpearte —Finn la abrazó y apoyó la cabeza de Izzy contra su pecho. El pulso de su corazón la ayudó a mantenerse firme, pero sintió algo más.

Algo más abajo, duro e insistente. Alzó los ojos y se encontró con la mirada de Finn.

Tenía la mandíbula apretada. Entonces alzó los ojos y miró hacia la playa.

—Aquí tienes a tu salvador —dijo entre dientes, soltándola.

Izzy se volvió y vio a Sam, que venía corriendo por la playa hacia ellos.

Finn se apartó.

—Te dejo con él.

Capítulo 8

Ella lo había notado. Era evidente por la expresión en sus grandes ojos verdes.

¿Y qué se esperaba? Era un hombre y tenía deseos, necesidades, hormonas, maldita sea.

Y ver a Sam acariciando a Izzy e Izzy mirándolo con ojos brillantes no le hacía nada… excepto hacerle sentirse frustrado.

Estaba contento de que las niñas lo estuvieran pasando bien, porque él no lo estaba pasando muy bien. Estaba impaciente por que llegara la hora de tomar el tren.

aunque tampoco le gustaba dejarlas solas toda la noche. ¿Quién sabía qué podrían hacer Sam e Izzy cuando las niñas y Amelia se fueran a la cama?

Él lo sabía, diablos. ¡Él sabía perfectamente lo que haría si estuviera comprometido con Izzy!

—¿Estás segura de que quieres quedarte? preguntó a Izzy cuando lo llevaron a la estación de tren a las seis.

—Por supuesto —contestó esbozando una sonrisa rápida, sin atreverse a mirarlo a los ojos—. Siempre que las niñas quieran quedarse —explicó, mirando a las niñas, que asintieron con fuerza. Finn frunció el ceño.

—Pero nos gustaría que te quedaras, tío Finn —dijo Tansy.

—Las cuidaré bien —dijo Sam alegremente, agarrando a Izzy.

No era lo que Finn quería oír en esos momentos.

Intentó tomárselo con calma, pensando que disfrutaría de un poco de tranquilidad. Desde que Izzy y las niñas habían llegado a su casa no había tenido un minuto de reposo.

Pero su apartamento le pareció demasiado grande y silencioso. Llegó alrededor de la media noche, dejó la bolsa que llevaba y sacó una cerveza del frigorífico. Al cruzar la habitación sus pasos resonaron en el suelo.

Se tomó la cerveza de dos tragos y tomó otra. Le ayudaría a dormir, se dijo, aunque estaba cansado.

Una vez que se hubo duchado se dirigió hacia su dormitorio. Ya era el dormitorio de las niñas, había ropa y juguetes por todas partes.

Comenzó a pensar en que tendría que vender la cama de matrimonio y conseguir dos camas pequeñas, y que él se cambiaría al dormitorio que Izzy utilizaba cuando ella se fuera con Sam. Al pensar en ello tragó saliva y quiso apartar el pensamiento. Intentó pensar en la niñera que tenía que buscar, no quería esperar a que lo ayudara Amelia Fletcher.

Si contrataba a una chica interna tendría que comenzar a buscar otro apartamento más grande, uno con tres dormitorios.

Bajó las escaleras y fue hacia el dormitorio que Izzy utilizaba. Las contraventanas estaban abiertas y entraba suficiente luz. No había vuelto a estar allí desde que había escondido las fotos de Tawnee.

Abrió las puertas del armario y contempló las fotos. Estaban detrás de la ropa nueva de Izzy. Seguro que Izzy las había visto y se preguntó qué habría pensado.

Finn sintió un desagradable rubor en las mejillas. Cerró la puerta y se volvió.

Sobre el tocador había unos cuantos cosméticos y al lado una fotografía pequeña enmarcada.

Sería Sam sin lugar a dudas. La tomó para mirarla a la luz que entraba del exterior y vio un hombre mayor que no conocía. Enseguida imaginó quién era. El anciano sonreía y tenía unos ojos inteligentes, algo de él recordaba a Izzy.

¿Se parecería a él cuando se hiciera mayor? ¿Cómo sería dentro de cincuenta o sesenta años? Finn dio un suspiro y luego dejó la fotografía en su sitio.

La habitación estaba ordenada y limpia, excepto un rincón donde estaba la camiseta gastada y vieja que Izzy siempre llevaba. Finn la agarró, estrujándola con los dedos, frotándose las mejillas contra el algodón suave. Tenía el olor de flores y especias de Izzy cuando estaba cerca.

Pero Izzy no estaba cerca, estaba en East Hampton.

Con Sam.

Las recibió impaciente al día siguiente cuando llegaron. Había estado preocupado durante más de una hora escuchando truenos de la tormenta que se avecinaba y se alegró de escuchar voces infantiles en la escalera. Bajó rápidamente y abrió la puerta.

—Ya era hora —exclamó, tomando la bolsa que Izzy llevaba, luego se apartó para dejarla pasar, teniendo cuidado de no tocarla y miró a las niñas.

Izzy se paró al entrar.

—¿Me vas a regañar otra vez?

—Estaba preocupado por las niñas —dijo, sin mencionar que se había imaginado el cuerpo de Izzy lleno de sangre y tendido en la autopista.

—Había mucha gente en la carretera y salimos muy tarde.

—¿Dónde está tu querido novio? ¿Te ha dejado en la esquina? —sabía que no estaba siendo muy amable, pero no podía evitarlo.

—Le he dicho que no hacia falta que subiera. Tenía trabajo que hacer antes de mañana por la mañana.

—Muy bien —dijo Finn, cerrando la puerta.

—Estás muy alegre.

—He pensado algunas cosas. Ya sé que no me tenía que haber

preocupado por vosotras —«por ti».

—No, no tenías por qué. Estábamos en buenas manos, y lo sabías.

Finn dijo algo entre dientes. Dejó las bolsas en la cama de las niñas, y luego fue a dejar la bolsa de Izzy en su dormitorio. Miró a la cama un segundo, luego apartó la vista.

No quería recordarse a sí mismo dando vueltas en ese dormitorio con la camiseta de Izzy en la mano.

—Tengo que salir de la ciudad mañana —dijo bruscamente —. Tengo que hacer una sesión en Buck County. Espero que no sea un problema.

—No hay problema —dijo Izzy, pasando a su lado para entrar en el dormitorio.

Fue hacia la ventana y la cerró. Había empezado a llover—. No recuerdo haberla dejado abierta —apuntó.

Finn maldijo entre dientes. ¿Cómo se le había olvidado cerrarla?

—La madre de Sam me ha dado el nombre de tres chicas. Las llamaré para tener una entrevista y conocerlas mientras estás fuera. ¿Qué te parece?

Parecía como si estuviera impaciente por escaparse de allí.

—Como quieras —se dio la vuelta y se dirigió hacia la entrada. Las niñas estaban en el baño echándose agua y riendo—. Vamos, niñas, daos prisa. Es hora de que os vayáis a la cama.

Izzy estaba excitada.

Finn también.

Izzy no era tan inocente que no supiera reconocer la excitación cuando sintió la presión dura contra ella la mañana de la playa. También sabía que era algo que no tenía que ver con ella en particular. A Dios Gracias.

¡Después de todo estaba comprometida a Sam! No, había sido solo cuestión de proximidad y circunstancias. Finn no la amaba, algunas veces hasta creía que no le gustaba la manera de ser de ella.

No estaba muy segura de lo que sentía por él. Suspiró profundamente y descansó la cabeza sobre los brazos, intentando dormir. La lluvia había cesado, dejando la tormenta atrás, pero parecía que se acercaba una nueva tormenta desde el oeste. Pero no era nada comparada con la inquietud que sentía en su interior. Era más de medianoche y ella seguía pensando en cómo el cuerpo de Finn se había apretado contra el suyo.

Había estado toda la noche anterior y el día concentrada en Sam, hablando con él, riendo con él, nadando y caminando.

Y de alguna manera había seguido pensando en la sonrisa del tío de Tansy, y en los ojos del tío de Pansy.

Había intentado no pensar en él. Se había ido a la ciudad a hacer su trabajo, y ella estaba donde debía estar. Era inútil pensar en otro

hombre, contemplar sus movimientos, ¡permitir que su cuerpo respondiera a la excitación de él!

Lo mejor sería que una de las chicas que Amelia había recomendado se quedara con las niñas. Pronto.

Finn no parecía tener prisa por cambiar las cosas, pero ella sí.

Comenzaría a hacer llamadas por la mañana temprano. Tansy y Pansy tenían que entrar cuanto antes en su nueva vida.

Y ella tenía que seguir con la suya.

Los dos días en East Hampton habían sido un éxito. Amelia Fletcher no era tan seria como Izzy había pensado al conocerla, así que Izzy se alegró del cambio que había operado Finn en ella. Se imaginaba que Amelia la habría aceptado como nuera de cualquier manera, pero Izzy se alegraba de que hubiera sido así. Quería hacer la vida más fácil para Sam, no más difícil.

Querido y encantador Sam.

¡Qué fácil resultaba complacerlo. Nunca pedía nada. ¡Qué diferente a Finn MacCauley!

¡Ya estaba pensando de nuevo en él!

Izzy se arregló la almohada y cerró los ojos. Vio por centésima vez la ola que los había arrastrado juntos y sintió de nuevo la presión de su cuerpo contra el de ella.

¡Maldita sea! Se levantó de la cama y se dirigió a la ventana. La abrió y aspiró el aire húmedo y espeso de la ciudad.

Vio una sombra en la terraza y miró.

Finn, de espaldas a ella miraba al cielo negro. La cabeza la tenía echada hacia atrás y su pelo era una mancha oscura entre los destellos de las luces. Sólo llevaba unos pantalones sueltos e Izzy contempló la espalda ancha y el movimiento de sus pectorales al respirar. Parecía un lobo en medio de un claro, era salvaje, excitante.

Izzy no se movió, sólo miró. De repente vio una estrella fugaz en el firmamento y exclamó algo.

Finn dio un salto y se volvió.

Sus ojos se encontraron. Tenía la mandíbula apretada, y la expresión contenida.

Su pecho se alzó y bajó rápidamente, y todo su cuerpo pareció ir hacia ella. Pero no lo hizo.

Ella deseó que lo hubiera hecho.

Temerosa del rumbo de sus pensamientos, Izzy se retiró de la ventana y la cerró.

Se había ido cuando ella se levantó. No sabía si había sido porque tenía que ir hasta Pennsylvania o porque había necesitado salir temprano y escapar. Izzy se sintió aliviada.

—¿Cuándo volverá? —preguntó Pansy.

—Esta noche, imagino —contestó Izzy, preparando los cereales del

desayuno.

Faltaban muchas horas, pero no serían suficientes.

Nada más terminar de desayunar llamó a las chicas conocidas de Amelia. La primera acababa de aceptar un trabajo, la segunda aceptó ir al final de la mañana, la última iría por la tarde.

—¿Tenemos que escoger a una de ellas? preguntó Tansy preocupada.

—No, si no te gustan.

—No me van a gustar —dijeron las dos niñas a la vez.

—Quizá sí —aventuró Izzy.

—No tanto como tú. ¿Por qué no puedes quedarte? —preguntó Pansy.

—Por Sam, ya lo sabéis. Y…

—No tienes que casarte con Sam —dijo Tansy—, tienes que casarte con tío Finn.

Lo besaste.

—Fue… un error —dijo Izzy con las mejillas rojas—. Además, él no quiere casarse conmigo. No estamos enamorados, y uno se casa con la persona que ama —

dijo con firmeza.

—¿Mamá ama a Roger?

—Yo creo que sí —declaró prudentemente Izzy—. De otra manera no se habría ido con él, ¿no creéis?

—Yo creo que no. Pero tío Finn dice que nos quiere también, aunque nos haya dejado.

—Porque quería lo mejor para vosotras, y pensó que lo mejor sería que vivierais con el tío Finn.

—Será mejor si tú también te quedas —insistió Tansy.

—Estoy segura de que tiene que haber alguna chica encantadora buscando trabajo para cuidar niños. Quizá —dijo Tansy sin mucha convicción.

—Lo dudo —añadió Pansy.

Pero la primera chica que llegó las sorprendió a ambas. Se llamaba Rorie, había crecido en una pequeña ciudad de Oklahoma, y aunque llevaba en Nueva York dos años, seguía siendo espontánea, brillante y de un carácter abierto que inmediatamente sorprendió a las niñas y a Izzy.

Además había trabajado como salvavidas en la piscina de la escuela del barrio, así que compartía el entusiasmo de Tansy por el agua, y le gustaba dibujar. Su último trabajo había sido con una familia que se había marchado al extranjero por tres años, en esos momentos tenía que encontrar trabajo pronto o se tendría que volver a Oklahoma.

—¿Qué os ha parecido? —preguntó Izzy a las niñas cuando Rorie

se hubo marchado.

—Está bien —dijo cautelosamente Tansy, pero no parecía tan dudosa como quería aparentar.

—Quizá —añadió Pansy—, pero yo sigo prefiriéndote a ti.

La segunda chica no gustó mucho en comparación con Rorie.

—¿Decimos a Rorie que venga a ver a vuestro tío? —sugirió Izzy.

—Bueno —dijeron las niñas, encogiéndose de hombros.

Izzy esperó que a Finn le gustara Rorie. Ella no se sentiría mal si las niñas se quedaban con ella. Ella y Sam las recogerían algún fin de semana, para que Finn descansara, y tuviera tiempo de encontrar alguna novia entre sus amigas de la alta sociedad.

Así que todo iba a salir bien: Rorie iría a la casa e Izzy se marcharía. Sam estaría feliz, y también Finn. Y ella también. ¿Entonces por qué se sentía tan inquieta? ¿Tan irritable? ¿Por qué su estómago le dolía?

Porque Finn tardaba en regresar, eso era todo.

Eran más de las diez y todavía no había llegado. Sam y ella habían llevado las niñas a la cama, luego se fueron abajo y se sentaron en el sofá, bajo las fotos enormes de Finn, y escucharon un poco de música. Sam había puesto algo romántico, la había tomado en sus brazos y la besaba en la mejilla.

¿Te apetece una taza de café? sugirió Izzy, apartándose.

—No, gracias —dijo Sam, apretándola más. La besó en las sienes. Izzy sentía su aliento contra su rostro.

—¿Té? —insistió—. Yo tengo sed —dijo, levantándose para dirigirse a la cocina.

Sam se levantó también y la siguió. Izzy llenó el cazo con agua y lo puso al fuego, luego limpió una mancha que no había y dobló el paño. Sam la observaba apoyado en el frigorífico. Del salón llegaba un sonido de saxofón que llenaba toda la habitación.

—¿Estás seguro de que no quieres? De acuerdo.

Izzy preparó los tés, los llevó al salón y se volvió a sentar. Sam se sentó en un extremo, Izzy en el otro. Sam se acercó, ella no pudo separarse.

Bebieron el té. Sam se quedó mirándola y ella lo miró, luego desvió la vista.

Cuando por fin terminaron, Izzy siguió llevándose la taza a los labios, para esconderlos detrás, para evitar la mirada hambrienta de los ojos de Sam. Finalmente Sam le quitó la taza y la puso en la mesa, luego acercó sus labios a los de ella, e Izzy se quedó inmóvil, casi sin respirar.

Sam se acercó más, la rodeó con los brazos y la miró fijamente. Izzy dio un respingo al oír pasos en la escalera, se levantó rápidamente apartando a Sam.

—¡Viene!

Sam se echó hacia atrás y la miró.

—¿Quién?

—¡Finn!

—¿Y qué? No creo que se sorprenda mucho. Pienso que ha visto a gente besarse.

—Ya lo sé —admitió Izzy, cruzándose de brazos—. Pero… no quiero que nos vea. Sam estaba a punto de protestar cuando la puerta se abrió. Finn entró, miró primero a Sam en el sofá, luego a Izzy, que se dirigía a la cocina con las tazas en la mano. No dijo nada.

—El agua está casi caliente. Puedo prepararte un té si quieres —ofreció amablemente Izzy.

Finn miró a Sam, que estaba pasándose la mano por el pelo y tenía una expresión seria.

—¿Qué te parece, Sam, quieres otra taza? —siguió Izzy.

—No es té lo que quiero en estos momentos —dijo Sam descaradamente, con los ojos fijos en Izzy.

No había ninguna duda de lo que quería. Izzy podía verlo en sus ojos, y sabía que Finn también lo notaba. Se ruborizó intensamente.

—Encontré la chica perfecta para ti. Niñera, quiero decir —dijo a Finn—. A las niñas también les ha gustado. Es la respuesta a tus súplicas.

Finn no dijo nada.

—Se llama Rorie, es de Oklahoma. Le gusta nadar, ha sido incluso salvavidas; y dibuja y pinta. Le he dicho que venga a verte al final de la semana.

—Anúlala.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Tengo una sesión fuera de la ciudad el jueves, me iré una semana a Jackson Hole, Wyoming.

—¿Una semana? ¿A Jackson Hole? No hay problema, ¿verdad, Sam? No te importa que me quede otra semana, ¿no? Tú puedes venir a ayudarme.

—No —dijo Finn antes de que Sam pudiera decir nada.

—¿Qué quiere decir ese no? Claro que puede, le gustan mucho las niñas.

Finn se encogió de hombros, como si no hubiera otra alternativa.

—No os vais a quedar aquí, vendréis conmigo.

Capítulo 9

Tenía que haber dicho que no. Tenía que haber dejado a Finn en ese momento.

Tenía que haber dicho que, bajo ninguna circunstancia, se iría una semana a Wyoming con él y con las niñas, dejando a Sam, su novio, especialmente cuando habían esperado tanto tiempo para estar juntos.

Pero no se le ocurrió.

Se quedó de pie con la boca abierta por la sorpresa.

Era una estúpida.

Se lo dijo una y otra vez durante los siguientes días, pero no cambió de opinión.

Lo único que intentó fue conseguir que Finn entrevistara a Rorie antes del viaje.

La contrataría, cuando volvieran, dijo sencillamente, pero no antes.

El jueves amaneció claro y brillante: ella, Finn y las niñas tomaron un avión.

Iba a ser sólo una semana, pensaba Izzy tranquilizándose. Sería más fácil para las niñas si se iba con ellas. Les hablaría de cómo tendrían que comportarse con Rorie, de cómo tratar a su tío… si lo supiera.

Sería la última semana con Finn.

Eso lo tenía en la mente, no podía evitarlo. Quizá eso la ayudara a apartarse de él sin pena.

Pero estaba equivocada.

En su ingenuidad, Izzy había supuesto que Jackson Hole sería un pequeño pueblo hundido entre montañas. Lo de las montañas era cierto, pero la ciudad nunca podría decirse que era un agujero. Era una ciudad preciosa, con una parte antigua llena de tiendas de alfombras, vestidos y pasteles tradicionales.

La cultura antigua convivía con lo moderno. Se podía apreciar en los almacenes donde los hombres trabajaban con pantalones llenos de polvo, en las tiendas de sillas de montar de cuero, y en las fuentes de comida exquisita que encontraron en el bar donde Izzy llevó el primer día a las niñas, mientras Finn buscaba lugares adecuados para su trabajo.

—Os veré a las cinco —había prometido al dejarlas en uno de los arcos del centro.

Izzy imaginó que había querido llevarlas para pasar el máximo tiempo posible con las niñas, pero se había marchado enseguida. De acuerdo, cuanto menos tiempo pasara con él mejor.

Ya iba a pasar una semana en la suite de un hotel con Finn MacCauley, eso no podía dejar de pensarlo.

Por supuesto que estaban las niñas con ellos, como siempre. Sería

casi como estar en el apartamento en Nueva York, aunque era algo diferente…

O quizá era ella la que estaba diferente.

—… ir con él —dijo Tansy, mirándola expectante.

Izzy volvió al presente, tratando desesperadamente de saber lo que la niña estaba diciéndole, pero no tenía suficientes pistas.

—¿Qué? Lo siento, estaba pensando en otra cosa.

—Decía que es posible que podamos ir mañana con el tío Finn cuando tenga que trabajar —dijo Tansy impaciente—. ¿No crees?

«No», pensó Izzy. Pero como no iba a explicar sus motivos a las niñas, simplemente sonrió y desvió la mirada.

Se pasó la mayor parte de la tarde explorando tiendas, y cuando las niñas se cansaron las llevó a un parque que había en el centro, donde corrieron, saltaron y se subieron a los columpios. Cuando se acercó la hora volvieron a la plaza donde se encontrarían con Finn. Se pararon frente a un escaparate donde había juguetes antiguos.

—Aquí estáis —les dijo una voz.

—¡Tío Finn! Has venido muy pronto.

Izzy, que se había preparado para verlo a las cinco, respiró profundamente para tomar aliento.

Lo miró de arriba abajo. Llevaba el pelo al viento, su rostro delgado y bronceado sonreía a las niñas. Tenía una energía que Izzy nunca había visto en ningún otro hombre. Y cuando alzó los ojos se encontró los de Izzy, y le pareció que había una luz en ellos que encendió algo en su interior.

«Y si vas con él, tienes que cuidarte bien», se dijo a sí misma. Le dirigió una sonrisa educada, nada más.

Finn acarició el pelo de las niñas, luego tomó a Izzy por un brazo.

—Ya tengo ocho lugares —dijo entusiasmado—. Me gustaría empezar ahora mismo. ¡He visto un alce! parecía un niño pequeño irradiando felicidad.

—¿Nunca habías visto un alce? —quiso saber Izzy.

—Ya te había dicho que tuve una infancia bastante deprimente —dijo con un tono alegre, pero ella sabía que debajo se escondía una verdad profunda.

—Pobrecito —replicó Izzy, con el mismo tono ligero, acariciándole el pelo. Y ese roce de su cabello sedoso contra sus dedos encendió todo su cuerpo. Izzy apartó la mano rápidamente y se la metió en el bolsillo de los pantalones.

—¿Podemos ver un alce nosotras, tío Finn? —preguntó Tansy.

Él miró a Izzy, con los ojos todavía brillantes.

—¿Os gustaría?

—¡Claro!

Había sido acertado llevar a las niñas, pensó Izzy. Porque el rato

que pasaron juntos, buscando y encontrando los alces, sentados en la orilla del río después de cenar, contemplando la puesta del sol sobre las montañas cada uno apoyado en un árbol, era algo de un valor incalculable, y algo que no podían haber hecho nunca en Nueva York.

Izzy se había quedado aparte mirándolos, y había sentido algo muy profundo en su interior. Como si ellos fueran una familia y ella no perteneciera a ella.

Y era verdad, ella no era de la familia. Ella todavía no tenía familia. Tendría pronto una. Con Sam.

Necesitaba llamar a Sam, le había prometido llamar nada más llegar y todavía no lo había hecho.

—¿Dónde vas? —preguntó Finn.

—Tengo que llamar a Sam —contestó, sin mirar atrás.

—Vamos, niñas.

—No hace falta que vengáis.

—Sí, vamos también.

La maldita mujer tenía a Sam en la mente. Sólo pensaba en Fletcher. ¿Cómo podría pensar en él habiendo alces que descubrir, montañas que escalar, ríos que navegar?

Sin mencionar a Finn y a las niñas.

Todo le recordaba a su infancia, cuando sus padres adoptivos siempre estaban más interesados en sus propios hijos que en él. Lo entendía, aunque le dolía. Ser el segundón siempre había sido su destino.

¡Pero en esa semana Izzy le prestaría atención a él!

Así que se quedó al lado cuando ella hablaba con Fletcher. Miró su reloj y puso una expresión impaciente hasta que ella colgó y se reunió con él y las niñas en la recepción del hotel donde estaban.

—Se está haciendo tarde —les dijo Izzy—. Son casi las nueve, y además aquí son dos horas menos, con lo que estaréis cansadas.

Pero todavía no es de noche —protestó Tansy.

—Pero se hará de noche mientras os preparáis para ir a la cama —dijo Izzy, arrastrándolas hacia el ascensor.

Tenían una habitación grande y doble. Una parte era para las niñas, y la otra para ellos. Finn confió en que Izzy no se diera cuenta hasta que fuera demasiado tarde. Había una cama de matrimonio grande y fría.

—No voy a dormir ahí contigo —declaró Izzy cuando la vio.

No discutieron nada más. Tan pronto como llevaron a las niñas a la cama, Finn tuvo una llamada telefónica del editor del catálogo, para que tomara una copa con él.

No le apetecía, pero tenía que aceptar.

Cuando volvió descubrió a Izzy en plena actividad, preparando una cama con uno de los sillones que había frente a la televisión.

—No seas ridícula —dijo Finn.

Ella no contestó y siguió colocando una sábana. A continuación puso otra y tomó una almohada.

—Ya está.

—El sillón es pequeño, incluso para ti.

—Dormiré bien —dijo sin mirarlo, luego desapareció dentro del dormitorio de la cama enorme y cerró la puerta. Minutos después salió con el camisón, imaginó Finn, y una bata encima que le cubría desde el cuello hasta el tobillo. Finn apartó los ojos.

Izzy se instaló en el sillón, dobló las rodillas contra el pecho y se abrazó a ellas.

Finn respiró resignado.

—Dulces sueños —murmuró.

Finn tenía razón: el maravilloso sillón era demasiado pequeño para ella, pero si se acurrucaba estaría cómoda, pensó. Se equivocaba.

Se dio la vuelta buscando comodidad, murmuró algo y gimió. Notaba un bulto en la espalda, le dolía el cuello y no podía olvidar que Finn MacCauley estaba en la habitación de al lado. Se levantó y caminó un poco, intentando pensar en Sam.

Se golpeó en la oscuridad contra la mesilla de café y dio un chillido.

La puerta de la habitación se abrió.

—¿Pasa algo?

—Nada.

—¿Caminas dormida?

—¡No camino dormida! —nada más decirlo pensó que quizá habría sido mejor decir que sí.

—¿No puedes dormir? —insistió Finn, acercándose. La habitación estaba a oscuras pero Izzy sabía que estaba muy cerca. Su presencia casi podía palparse.

Retrocedió y se chocó contra la maldita mesa de nuevo, esta vez se cayó al suelo.

—¡Dios santo! —exclamó Finn, encendiendo la luz. Izzy intentaba levantarse y colocarse la bata al mismo tiempo. Finn la tomó y la puso en pie.

—¿Estás bien?

—Sí, déjame. Me voy a dormir.

Pero él no la dejó que se fuera, sino que por el contrario, la alzó en sus brazos.

—Quédate quieta —exclamó cuando ella intentó luchar. La apretó contra su pecho y la llevó hacia el dormitorio, finalmente la sentó en la cama.

—No quiero…

—No me importa lo que quieras. Vas a dormir aquí.

—No. Yo…

—Sí —y apagó la luz y se echó en la cama a su lado, rodeándola con un brazo y obligándola a acostarse.

—¡Finn!

—Échate y no tengas miedo. ¿Qué crees que voy a hacerte?

—Nada, ¿verdad?

—No, maldita sea, no voy a hacerte nada —pero no apartaba el brazo de ella.

Se echaron uno al lado del otro sin moverse, casi sin respirar. Los segundos pasaron, después los minutos. La sensación del brazo de Finn contra sus pechos la hacían temblar.

—¿Te hago daño con el brazo? —preguntó en voz baja.

—No.

—Entonces calla y duerme.

¿Si no había sido capaz de dormir en el sillón pensando en él, cómo iba a ser capaz cuando lo tenía tan cerca?

Se dio la vuelta, intentando apartarse de él. Fue una equivocación, porque él se apretó contra su espalda y rodeó sus senos con un brazo.

—Yo… Sam —comenzó.

—Olvida a Sam —declaró Finn, apretándose más contra ella. Izzy escuchaba el aliento de Finn contra su oído. Intentó ponerse rígida, pero era difícil mantenerse así durante mucho tiempo, especialmente cuando el calor del cuerpo de él provocaba en ella deseos de apretarse más. Izzy no podía resistir más. Los músculos se quedaron relajados, su cuerpo se ablandó y, sin poder evitarlo, se acurrucó contra Finn.

—Así es mejor —apuntó Finn.

Algo rozó su oreja. ¿Serían los labios de Finn? No podía ser, pero la sola idea hizo que se estremeciera. Dio un suspiro.

Y entonces, incompresiblemente, cayó dormida.

Finn se había ido cuando se despertó. Antes incluso de abrir los ojos echó de menos el calor de su cuerpo, instintivamente lo buscó a tientas… y se sintió sola al no encontrarlo.

«Estúpida», se dijo, y se levantó. Había una nota en la cómoda *: Vamos a estar trabajando en la orilla del río. Te dejo el coche. Trae a las niñas después de desayunar.*

«Un poco déspota, ¿no crees?», pensó Izzy. Podía haber dicho por favor, o si te apetece. No: trae a las niñas.

Pero quizá no era déspota, sino realista. Sabía que las niñas querrían ir donde él estuviera, y ella también.

Las niñas desayunaron deprisa.

—¿Dijo de verdad que podíamos ir? —preguntó Tansy.

—Pero tenéis que procurar no estorbar —dijo Izzy, enseñándoles la nota—. Ni molestar con preguntas.

—No lo haremos —prometió Pansy.

—Nosotras nunca molestamos con preguntas —dijo Tansy solemnemente.

Finn estaba detrás de una cámara, pero cuando las vio llegar las llamó.

Las niñas se acercaron y él sacó de su bolsa dos cámaras pequeñas automáticas, y se la dio a cada una de sus sobrinas.

—Tenéis que ayudarme —les informó—. Yo estoy haciendo las fotografías principales, pero ellos quieren usar también algunas sencillas. No tengo tiempo de hacerlas, no tengo seis manos. Así que espero que podáis ayudarme a hacerlas.

Las niñas lo miraron sorprendidas.

—¿De verdad? —preguntó Tansy.

—No van a quererlas si no son buenas, pero si hacéis alguna buena… haréis vuestro primer trabajo.

Pansy se mordió los labios. Izzy pudo ver la duda en su cara.

—No hace falta que lo hagáis si no queréis —declaró Finn, que también veía la duda en las niñas.

—Yo si quiero. Es sólo que no… soy muy buena.

Izzy hubiera querido abrazarlo. Pansy lo hizo. Y cuando Finn alzó los ojos y se encontró la mirada de Izzy sonrió, y el corazón de la muchacha dio un vuelco.

—¡Date prisa, Finn, estoy helada! —dijo una de las modelos, sentada en una barca con unos pantalones cortos y una camiseta, intentando aparecer sofisticada y a la vez atlética.

Finn apartó la mirada de Izzy y volvió al trabajo. Izzy se sintió orgullosa y pasó todo el día observándolo.

Era peligroso, pero no pudo evitarlo. ¡Después de todo habían dormido juntos y no había pasado nada! Se decía Izzy, intentando excusarse.

Eso no quería decir lo que ella hubiera querido: que era indiferente a él, que ella tenía confianza en sí misma para resistir.

Así que se permitió relajarse y disfrutar observando cómo hacía fotografías. Ni siquiera se opuso cuando él le habló de compartir la cama aquella noche. Se acurrucó cerca y disfrutó de aquellas horas que pasó en sus brazos aquella noche, la noche siguiente y la siguiente.

No estaba siendo infiel a Sam, se aseguró a sí misma. ¡No había hecho nada!

Excepto dar su corazón a Finn.

No podía negarlo, ni siquiera lo intentó. Era un hecho.

No sabía en el momento en que había pasado. Quizá había sido mucho tiempo antes, desde que había llegado a su casa.

Quizá por eso había llegado.

Se pasó toda la semana luchando con la idea… intentando

engañarse diciéndose que estaba cansándose de él, que por eso lo observaba, se abandonaba en sus brazos por la noche…

Pero en esos momentos, enfrentándose a la idea de volver a Nueva York al día siguiente, recogiendo sus cosas y pensando en que tenía que despedirse no podía seguir engañándose. Se había enamorado de él. ¿Y qué pasaba con Sam? ¿Lo quería?

Hubo un tiempo en que lo pensaba, y quizá de alguna manera todavía lo quería, pero era de la misma manera que una hermana quiere a su hermano, de la manera en que un amigo ama a otro amigo.

Pero no de la manera en que quería a Finn.

Lo observó en esos momentos, estaba en la orilla del río con las niñas. Había estado toda la semana tratando de meterlas en su vida, queriéndolas y enseñándolas, convirtiéndose lenta, pero firmemente en el padre que nunca habían tenido.

¿Por eso se había enamorado? ¿O era por algo más?

Le gustaba verlo trabajar, era capaz de descubrir cosas en la gente que nadie más veía. Otro fotógrafo se concentraría únicamente en las ropas, Finn también hacía que las modelos estuvieran bien. Las animaba para que se divirtieran, y él captaba su alegría.

Captó también la de Izzy sin que ella se diera cuenta. Finn dejó las fotos en la mesilla de la habitación del hotel, como abandonadas por azar, cuando se fue por la tarde a terminar con la sesión. Izzy las miró asombrada.

La había sacado una noche con ojos soñolientos mientras miraba a las niñas en un fuego en el campo. La había sacado riendo a carcajadas una vez que se subió a la barca y se empapó toda. La atrapó pensativa y alegre, seria y con expresión superficial, sonriendo y triste.

Sabía exactamente cuándo había tomado la última fotografía. Había sido un día en que ella observaba a Finn y a las niñas jugando en el campo, estaban alegres y unidos, como si fueran una familia, y ella había sentido los ojos llenos de lágrimas y la garganta seca. Finn la había visto y la había llamado con la mano.

Ella había dado un paso, luego se detuvo e hizo un gesto con la cabeza. Lo había deseado, ¡cómo lo había deseado, Dios!, pero no tenía ningún derecho. Se había dado la vuelta y se había subido a un telesilla que la llevó sobre las montañas. Como era verano no había nieve, y por lo tanto las pistas de esquí no funcionaban, pero los telesillas funcionaban para que los turistas pudieran contemplar el panorama que podía verse desde el punto más alto de la montaña.

Se había marchado en busca de aquella vista para distanciarse, para ganar perspectiva. Pero no había podido apartar la escena de su mente. De una familia unida… sin ella.

No recordaba haber llorado, pero Finn la sacó con lágrimas en las mejillas. ¿La había seguido a las montañas. Quizá sí. Nunca le había dicho nada.

¿Había adivinado lo que pensaba? ¿Habia sospechado que se había enamorado de él? Esperaba que no.

Sería lo último que él querría. Había aceptado a las niñas por obligación, y ahora las quería. Eran sus sobrinas, pero ella no era nada para él.

Y ella tampoco quería. Deseaba amor, sí, pero amor que naciera de la alegría, no de la obligación.

Quería lo imposible.

«No lo quieras», se dijo, «No lo desees». Pero era demasiado tarde.

Dejó las fotos en la mesilla y dio un suspiro hondo. Al día siguiente volverían a Nueva York. Y al día siguiente Rorie comenzaría a trabajar, así que Izzy se iría con Sam.

Sabía que ya no podía irse con Sam, a no ser para explicarle todo. Volvería a San Francisco, más mayor y sabia, y enamorada de un hombre que nunca la amaría.

Pero todavía faltaba un día… y una noche.

Finn volvió cuando había casi anochecido, parecía totalmente agotado. Tenía ojeras alrededor de los ojos y arrugas de tensión en la boca. Izzy deseó haber podido frotar sus hombros o darle un masaje en la espalda:

—Voy a ducharme —explicó sin apenas mirar a Izzy.

Cuando terminó, veinte minutos más tarde, Izzy esperaba que se tumbaría en la cama y la dejaría a ella y a las niñas solas durante el resto de la jornada. Las podría llevar a la cafetería, imaginaba Izzy.

Pero se puso unos pantalones limpios y una camisa nueva. Se había afeitado y su pelo oscuro húmedo estaba bien peinado. Seguía teniendo una expresión intensa en el rostro.

—He llamado al servicio de habitaciones. ¿Que os apetece comer a ti y a las niñas?

—¿Al servicio de habitaciones? —los ojos de Tansy y Pansy se abrieron de par en par—. ¿De verdad? insistieron, comenzando a mirar el menú ayudadas por Izzy.

—Yo tomaré una sopa y una ensalada declaró Izzy. No tenía mucha hambre, pero cuando el camarero fue no llevaba la sopa ni la ensalada, ni nada para Finn.

—¿Qué…? —preguntó Izzy y fue interrumpida por unos golpes en la puerta.

Finn la abrió e hizo pasar a las modelos. El corazón de Izzy dio un vuelco. Se podía haber imaginado que no iba a estar todas las noches con ella, y que querría salir por lo menos un día.

—Conoces a Cathy —dijo a Izzy—. Va a quedarse esta noche con

las niñas.

—¿Qué?

—Vamos a salir. Vístete —ordenó, con un brillo en los ojos.

Izzy se pasó la lengua por los labios y se miró su camiseta y sus pantalones.

Ambos los había comprado con Anita.

—Estoy vestida —dijo sin aliento.

—Tu vestido negro. Izzy tragó saliva y fue a ponerse el vestido. Finn esperó pacientemente.

Izzy recordó a Anita riéndose al comprar el vestido.

—Menos es más, ya lo sabes —había explicado cuando Izzy se probó la prenda.

Ese día le parecía todavía más pequeño, y era consciente de sus brazos y hombros desnudos.

—Sam se quedará anonadado —había prometido Anita.

Ella no se acordaba de lo que Sam había pensado, pero no podía olvidar el beso de Finn.

Era una locura ponerse el vestido esa noche. La recordaría siempre lo que iba a dejar detrás… el hombre que quería y nunca poseería. Nunca tenía que haberlo traído, pero él había insistido.

—Llévalo —había dicho, poniéndolo en la maleta.

¿Lo tenía todo planeado?

No podía preguntárselo. Quizá otra mujer más sofisticada sería capaz de hacerlo sin sonrojarse, pero Izzy no.

También se había llevado una toquilla de lana de color rosa pálido que Anita había elegido como complemento y para ocultar sus brazos desnudos. Eso lo haría más fácil, aunque parecería una estúpida agarrándose fuertemente a la toquilla toda la noche.

—¿Estás lista? —preguntó Finn desde el salón.

—Un segundo —suplicó Izzy, cepillándose el pelo y poniéndose un poco de color en los labios. A continuación se puso unos zapatos de tacón bajo y tomó aliento.

Finn la esperaba cuando salió. La expresión que adquirió su rostro fue muy expresiva.

—Ese vestido es dinamita —dijo Cathy—. Estás preciosa. También podían haberte fotografiado esta semana —le dijo a Finn.

—Me han fotografiado. —Cathy miró a Finn con una expresión desagradable—.

No llevo abrigo.

—No lo vas a necesitar —la tomó de la mano y la llevó hacia la puerta—. Yo te mantendré caliente.

Fue una ayuda llevar la toquilla. La piel blanca de sus hombros era una tentación para cualquier hombre, y no podría culparse a Finn de nada, especialmente después de aquella semana.

Finn tragó saliva con dificultad, hubiera querido que el ascensor se diera más prisa. No le gustaba la idea de estar en un lugar tan pequeño con Izzy. La toquilla, después de todo, no era una barrera de hierro, y él tampoco. Finn soltó la mano tan pronto como las puertas del ascensor se cerraron. Se quedaron separados intentando no mirarse, pero las paredes eran de espejo. Había infinitas Izzys, mirara donde mirara.

Por fin se abrieron las puertas de nuevo, y se dirigieron hacia el aparcamiento.

Finn iba detrás observando a Izzy caminar.

—Creí que habías dicho que iríamos a un lugar cerrado.

—Y es verdad. Pero no aquí.

—¿Dónde?

—Un amigo tiene una casa, estamos invitados.

No mencionó que George estaba en Francia de vacaciones. Simplemente la hizo sentarse en el coche alquilado y cerró la puerta. Se alegraba de poder apoyarse en el volante, hizo que el temblor de sus manos fuera menos aparente.

Sólo esperaba tener la suficiente elegancia para poder comer antes de hacerle el amor. Por lo menos había dejado de engañarse a sí mismo de lo mucho que la deseaba.

Había pensado que estaba siendo inteligente al principio de la semana por llevarla a la cama. Y entonces, cuando ella se había quedado dormida en sus brazos se había vuelto loco. ¡Había confiado en él!

¿Cómo podía hacer el amor con ella después de eso?

Pagó por sus pecados: no había dormido ningún día. Ella había pensado que los círculos oscuros en los ojos se debían al trabajo duro, pero no era así.

—¿Qué amigo? ¿Lo conozco?

—Se llama George Leland. Es productor. Pasa mucho tiempo en Europa.

Que era lo principal. Por una vez Finn quería concentrarse únicamente en Izzy.

Quería ver su cara a la luz cuando estuviera alegre, observar el brillo de sus ojos cuando estuviera complacida, observar sus labios abrirse cuando la besara…

Dios mío, estaba de nuevo yendo por delante de los acontecimientos.

Pero había dejado de negarse que la deseaba. Desesperadamente, como nunca antes había deseado a ninguna mujer. Incluso aunque estuviera comprometida.

Nunca en la vida había tratado de enamorar a la mujer de otro hombre, y no planeaba enamorar a Izzy.

No exactamente.

Sólo quería demostrarle que ella no amaba a Sam.

No quería que se casara y un día se despertara para encontrarse atada de por vida a un hombre al que no amaba.

Era todo lo que estaba haciendo. Y era perfectamente sincero. Y si para ello tenía que hacerle el amor, bien, un hombre tiene que hacer lo que tiene que hacer.

Izzy se sentó en silencio, sin mirarlo, tenía las manos juntas en el regazo. No dijo nada hasta que salieron del camino bordeado de árboles y subieron la cima para ver debajo todo el valle extendido, con el pueblo, Tetón Village y las luces de las granjas que lo salpicaban.

—¡Dios mío! —exclamó, mirando por la ventanilla hasta que apareció un claro y una casa en medio. Sus labios se plegaron en una sonrisa—. Es maravilloso.

Finn paró el coche cerca de la casa y salió para abrirle la puerta. Ella ya estaba fuera y él frunció el ceño.

—Lo siento. Pero ya me conoces, no tengo que ser Doña Perfecta contigo.

—No —dijo Finn—. Me gusta como eres.

Izzy se ruborizó y apartó los ojos rápidamente, mirando al valle, a las luces que se veían a lo lejos.

—¡Qué espectacular!

Finn la miraba a ella, no a las luces, y no pudo hacer otra cosa que asentir.

—Me imagino que es mejor que entremos. Tu amigo estará esperándonos.

Dentro había luces encendidas. Finn había ido temprano, después de que la sesión de fotos terminara, y había preparado la comida. Había puesto vino en el frigorífico y había dorado la carne y la cebolla, había troceado las zanahorias y había dejado todo hirviendo a fuego lento. Había preparado una ensalada, había puesto rebanadas de pan francés en el horno, y dejado listo para que se apagara a las ocho, luego había preparado la mesa, con velas listas para ser encendidas. Había traído leña para la chimenea y encendido el fuego. Después volvió al hotel para ver a las niñas y a Izzy.

Tomó la llave de George y la metió en la cerradura.

—¿Qué estás…?

Finn no contestó, abrió la puerta y miró a Izzy.

—¿Dónde está tu amigo?

—En París.

—¿Qué? —Izzy se paró y lo miró de hito en hito.

Finn se encogió de hombros.

—Está en París, y me ha dejado la casa —explicó, luego pasó directamente a la cocina para examinar la carne. Levantó la tapa y

tomó un trozo—. Está casi a punto.

Hay una ensalada en el frigorífico. ¿La puedes llevar a la mesa del salón?

Finn no miró para ver sí ella obedecía, sino que tomó aliento e intentó actuar lo más natural posible. Izzy se quedó unos segundos quieta, finalmente obedeció.

Abrió el frigorífico y llevó la ensalada a la mesa. Finn sacó el pan del horno y lo llevó también a la mesa, luego abrió el vino. Ella no volvió a la cocina.

Finn se asomó y no la vio. Llevó el vino para cerciorarse.

La ensalada estaba en la mesa. Izzy estaba al otro lado de la habitación, contemplando el fuego. ¿Lo odiaba por sus artimañas? ¿Echaba de menos a Sam?

Finn se aclaró la garganta e Izzy dio un respingo.

—¿Qué piensas? —preguntó con suavidad. Y esperaba que no fuera en Sam.

—Me estaba preguntando por qué me has traído aquí si tu amigo estaba en París.

—No quería compartirte con él —respondió sonriendo.

—¡No digas eso! —protestó.

—Es verdad.

Izzy movió la cabeza y se apartó.

—¿Qué te parece una copa de vino? —sugirió Finn.

Izzy enrolló los dedos en la toquilla.

—De acuerdo.

Finn sirvió dos copas y le dio una. Izzy la tomó, mientras se humedecía los labios con la lengua. Chocaron las copas y sus miradas se encontraron.

Izzy levantó la copa a los labios, y se lo tomó de un trago.

—Lo… lo siento. Lo he hecho sin pensar, normalmente no bebo vino.

—No hay problema —dijo Finn, y rápidamente le sirvió otra.

—No debería —pero también se tomó esa. Luego sonrió y lo miró a los ojos.

Finn tomó aliento.

—Creo… que es mejor que comamos.

Finn encendió las velas, puso música suave y sirvió los platos. Izzy bebió más vino, y observó detenidamente lo que Finn hacía.

Las manos de Finn temblaban. Estaba siendo la comida más larga, y más corta de su vida. Larga porque sabía lo que quería hacer después, corta porque no sabía seguro si ella aceptaría.

Y si no era así, si le daba la espalda, si pronunciaba el nombre de Sam, sabía que tendría que marcharse.

Se lo había repetido una y otra vez, pero no sabía si sería capaz.

Apenas comió nada. Izzy tampoco.

—¿No te gusta cómo cocino? —dijo con una sonrisa extraña.

—No… tengo mucha hambre.

—Yo sí —dijo, no muy acertadamente. Pero a Finn no le importaba en esos momentos ser muy elegante. Sintió que la sangre le hervía en las venas, y pensó que a la luz de las velas, podía ver el mismo calor en ella. Izzy se pasó la lengua por los labios una vez más.

—Finn, yo…

—Por favor —dijo Finn levantándose y ofreciéndole una mano.

Izzy sabía lo que él estaba pidiéndole. Tenía que saberlo.

Asintió con la cabeza y se levantó despacio, siguió mirándolo fijamente mientras ella también ofrecía su mano y se agarraban. Finn la apretó contra él, la acarició los brazos y la toquilla cayó al suelo.

Se quedaron de pie, los cuerpos casi tocándose, mirándose fijamente a los ojos.

Y de repente Finn inclinó la cabeza. La había besado antes, y había sido para él un descubrimiento. En esos momentos estaba preparado, o por lo menos eso creía, pero la dulzura que estremeció todo su cuerpo cuando la rozó con los labios y ella abrió los suyos era algo inesperado. No supo cuánto tiempo duró, un minuto, una hora, no fue suficiente. Quería más, la quería toda. Finn acarició su espalda y la atrajo hacia sí, para que ella notara su deseo.

Finn levantó los ojos.

—Ven —dijo con una voz insegura. Y miró hacia el dormitorio oscuro.

Hubo un segundo de vacilación.

—Sí —respondió Izzy.

Capítulo 10

Lo amaba. No había ninguna otra razón para que hiciera lo que estaba a punto de hacer. No había ninguna lógica. No era normal.

Sólo amor.

Izzy sabía que no estaba haciendo promesas, que nunca las haría.

Quizá, sabiendo eso, se equivocaba al ofrecerse aquella noche. Pero si se equivocaba, podría vivir por lo menos con algún recuerdo. Necesitaba compartir ese amor con él por lo menos una vez.

Tendría al menos el recuerdo de haberlo amado, de haber compartido su alma y su cuerpo. Y si sólo tenía su cuerpo, aunque fuera brevemente, en respuesta…

tendría algo más de lo que había tenido.

Cuando había descubierto que estaban en la casa solos, imaginó que Finn sólo pensaba seducirla.

Él la deseaba, ella lo sabía, y por lo menos era prudente y no intentaba tomarla con las niñas cerca. Era suficientemente amable, era un caballero, sin presionarla a pesar de que estuvieran solos.

—Ven conmigo —había dicho. Y aunque no había sido una pregunta exactamente, tampoco había sido una orden. Fue un deseo, un deseo compartido.

Y por eso ella fue con él.

Izzy se quedó silenciosa al lado de la cama, la habitación estaba iluminada únicamente por la luz de la luna. Alzó el rostro cuando Finn la rodeó, y se abandonó a las caricias de las manos de Finn en sus mejillas, a la presión suave de sus dedos en las orejas. Sus ojos se encontraron sin parpadear, para recordar el anhelo en sus ojos mientras inclinaba la cabeza y la besaba.

La lengua de Finn acarició la línea de su boca, abrió los labios de Izzy, saboreando, chupando, y ella tembló bajo su roce mágico. Una llama comenzó a arder en su interior, una llama alentada por ese roce, por el calor de su aliento con su boca. La llama creció consumiéndola, como algo que nunca antes había sentido.

Y cuando las manos de Finn se deslizaron por su espalda para bajar la cremallera del vestido, se alegró de sentir el aire fresco contra su piel al caer el vestido al suelo. Finn inclinó la cabeza y su pelo rozó las mejillas de Izzy, mientras la besaba en los hombros, primero en uno, luego en el otro. Luego se inclinó más e Izzy sintió que la besaba en los pechos desnudos. Un estremecimiento recorrió todo su cuerpo.

—¿Tienes frío? —preguntó Finn. Entonces la tomó en vilo suavemente y la dejó en la cama. Se quitó la camisa y los pantalones, y se echó a su lado, abrazándola. La piel de Finn estaba tan caliente como la de ella. El frío había dejado de existir. Se frotó contra él y sintió sus piernas velludas contra sus muslos.

—Casi me vuelvo loco al estar tan cerca de ti esta semana y no poseerte.

—¿De verdad? —preguntó, apartándolo para poder mirarlo a los ojos y ver si estaba bromeando.

—¿Qué opinas? —dijo casi enfadado—. ¿Por qué crees que tengo estas ojeras?

—¿Es por eso? —preguntó asombrada. Izzy sonrió y lo abrazó—. Quizá deberías de intentar dormir un poco ahora.

—Sí, seguro —se apretó contra ella y separó las piernas de ella con uno de sus muslos para que pudiera notar su excitación—. Descansaré un poco más tarde, ahora tengo cosas mejores que hacer.

Y era verdad. Con sus manos y sus labios la acarició, haciendo que cada poro de su cuerpo se encendiera de deseo. Se bajó a los pies y comenzó a besarla suavemente cada tobillo.

Izzy se estremeció. Finn besó sus rodillas, sus muslos. La respiración de Izzy se hizo más rápida, y se abrazó a él, acariciando su cabello.

—¡Finn, para!

Finn levantó la cabeza y ella soltó su cabello.

—¿Parar?

—Sí. No. ¡No sé! —exclamó Izzy angustiada—. Nunca antes…

—Lo sé —dijo sonriendo, con una nota de satisfacción en la voz —. Tranquila Izzy, déjame que yo te enseñe. Confía en mí.

¿Confiar en él? Iba a romperle el corazón.

¿Cómo podía confiar en él?

¿Cómo podía evitarlo?

¿Cómo podría dejarlo ahora, levantarse y ponerse el vestido, como si no hubiera pasado nada? No podía, lo necesitaba. Lo necesitaba a él.

Izzy asintió lentamente, y Finn inclinó la cabeza de nuevo para seguir besándole las rodillas. Entonces enrolló los dedos dentro de la cinta elástica de sus braguitas y se las bajó. Izzy tragó saliva y tomó aliento, mientras él llevaba las manos a su parte más íntima. Sus dedos se enredaron en el vello e Izzy se mordió los labios.

—No es justo —dijo Izzy, con la voz temblorosa.

Finn miró hacia arriba.

—¿Qué no es justo?

—No te estoy tocando —dijo Izzy. Nunca se hubiera imaginado diciendo algo así.

—¿Quieres tocarme?

—Sí —dijo, tragando saliva. Finn se echó a su lado, todavía acariciando su zona más íntima.

—Haz lo que quieras.

Izzy se incorporó y pensó en las posibilidades. Le parecía

demasiado descarado hacer lo que él la había hecho, demasiado sencillo quitarle los calzoncillos y dejarlo desnudo. Empezó a acariciar cuidadosamente las piernas, luego, muy lentamente, fue subiendo hasta llegar a sus muslos. Cuando llegó a los calzoncillos vaciló un segundo, luego siguió acariciándolo. Sus manos encontraron su miembro.

Finn gimió algo.

—¿Te… hago daño?

—No, está bien, demasiado bien —Finn dejó de acariciarla y terminó de desnudarse. Había suficiente luz externa como para que Izzy se quedara asombrada de lo que veía.

¡Oh, Dios mío!

Finn soltó una carcajada.

Izzy lo miró avergonzada.

—No estoy acostumbrada a ver a un hombre desnudo. Tú eres muy…

interesante —midió el miembro con su mano y lo acarició.

—¡Izzy!

—¿Qué?

Finn se rió de nuevo y se relajó.

—Nada. Todo. Déjame —y entonces de nuevo acarició todo su cuerpo hasta hacerla gemir de placer.

—¡Oh, Finn, por favor!

Izzy lo miró, el rostro de Finn estaba iluminado por la luz plateada de la luna, y tenía una expresión anhelante.

—Ven —susurró Izzy, repitiendo las palabras que él había pronunciado momentos antes para atraerla al dormitorio.

—Sí —las palabras salieron lentamente de sus labios, con un cuidado exquisito, y él fue hacia ella y entró dentro.

Izzy sintió un dolor agudo y se puso tensa sin poder evitarlo.

—Lo siento… yo —Finn dio un suspiro de alivio—. Oh, Dios mío, Izzy, ¡eres tan hermosa…!

Ella notó que el cuerpo de Finn era recorrido por un estremecimiento cuando se echó hacia atrás, para entrar de nuevo, llenándola. Lo agarró apasionadamente para que no hubiera ningún espacio entre ellos. El dolor y el deseo crecieron intensamente. Izzy puso los talones sobre la parte de atrás de los muslos de Finn, y se apretó contra él.

El mundo pareció estallar a su alrededor a la vez que Finn estallaba dentro de ella, pronunciando su nombre. Entonces él se abandonó en los brazos de Izzy, y enterró la cabeza contra sus hombros mientras se estremecía de placer.

Izzy se sintió mariposa, emergiendo de un gusano húmedo y empezando una nueva vida. Se sintió más débil y más fuerte de lo que

nunca se había sentido.

Así era el amor verdadero: profundo, sin tiempo, elemental. No era lo que había sentido por Sam, no tenía nada que ver.

Izzy no pudo reprimir un sollozo de emoción. Finn tenía que sentir la misma emoción. Debía sentirla. Era seguro que no podía haber compartido tal intimidad si no la amaba de la misma manera que ella lo amaba a él. De sus labios volvió a salir otro sollozo.

Finn estaba sobre ella completamente inmóvil, como si no respirara. Sólo se podía escuchar el pulso de su corazón sobre el de ella. De repente muy despacio, con cuidado, se retiró y la miró con expresión grave. Izzy se puso las manos sobre los pechos.

Izzy tragó saliva y se limpió las lágrimas de la cara, sintiéndose estúpida. Miró a Finn con una sonrisa húmeda.

Finn tenía la mandíbula apretada, la expresión hermética. Murmuró algo que Izzy no entendió.

—Lo siento —dijo después de unos segundos.

¿Lo sentía?

Izzy lo miró sorprendida, pero él esquivó la mirada, se apartó y se levantó.

Luego, con un movimiento brusco tomó sus ropas del suelo.

Izzy no se movió, no podía. Simplemente lo observó con algo que se parecía al horror.

¿Por qué lo sentía? Las palabras resonaron en su mente. «Te amo», le hubiera querido decir ella. «Yo no lo siento.»

Pero no acertó a decir nada.

Izzy se levantó y tomó sus ropas, él ya estaba vestido y salió de la habitación sin mirarla.

—Puedes ducharte si quieres —dijo Finn, señalando el cuarto de baño—. Yo…

lavaré los platos.

¿La dejaba sola? Izzy se quedó en la cama sentada temblando, agarrando su vestido negro contra sus senos.

¿Tomar un ducha? ¿Borrar las señales de su acto de amor?

¿Acto de amor? Una carcajada salió de su garganta, una carcajada y un sollozo.

Era una estúpida, de acuerdo.

Ella tendría recuerdos de esa noche con Finn tal como había deseado, pero no se había imaginado lo rápidamente que la iba a herir.

Sería una noche para recordar, si no fuera una noche que él querría olvidar desesperadamente.

Le dolía la cabeza y sentía remordimientos mientras conducía hacia el hotel. Al lado, Izzy iba inmóvil y silenciosa, y claramente deprimida. No decía nada, sólo lloraba.

Lloraba porque había traicionado a Sam.

Y era culpa suya, maldita sea.

Finn sabía que no debería haberla seducido. No tenía derecho. Ella estaba comprometida, y enamorada de otro hombre, y él, por su arrogancia, había hecho lo posible, y había tenido éxito, para que traicionara a su novio.

«¡Vaya un tipo! Estarás muy orgulloso de ti», se dijo con amargura. Pero la verdad era que nunca había estado tan avergonzado. Y la disculpa había sido ridícula: lo siento. Ni siquiera se atrevía a pensarlo.

Se atrevió a mirarla. Su piel estaba pálida a la luz de la luna, en las mejillas había desaparecido el maravilloso tono sonrosado que era parte de Izzy. ¿Habría cambiado por dentro también?

Sin duda.

Y todo era culpa suya.

Se sintió de repente enfermo. Enfermo y culpable. Consciente de que había arruinado lo más maravilloso que había conocido en su vida. ¿Por qué no la había dicho simplemente lo que sentía? ¿Qué se había enamorado locamente de ella y…?

«¿Enamorado de ella?»

Sus manos empezaron a temblar tanto que tuvo que agarrarse con fuerza al volante para controlarlas. ¿Se había enamorado de ella? ¿Era lo que había hecho?

Entonces tomó aliento y se concentró en el hecho despacio, asumiéndolo y apartándolo con el mismo cuidado.

El amor siempre lo había desconcertado. Nunca lo había sentido, o no de la manera en que la gente hablaba de ello. Por supuesto había tenido alguna experiencia. Él recordaba haber sido abandonado, no querido. Y si quería a Meg, era más por obligación. La misma obligación con que había aceptado a las niñas, aunque estaba aprendiendo a través de ellas otro tipo de cariño.

Fue Izzy la que lo enseñó a quererlas de otra manera. Había sido Izzy, la que sin tener ninguna obligación, las había cuidado, enseñándole así la generosidad del verdadero cariño, cariño que era alegre, no una simple carga.

¿Y cómo la había respondido él?

Haciendo que traicionara al hombre que quería. Robando su virginidad, su inocencia. Y sólo Dios sabía que nadie tenía derecho a hacerlo.

¿Qué le había dado a cambio? Su vacío interior.

No se sorprendió de que ella no tuviera nada que decirle cuando la dejó a la puerta del hotel.

—Voy a aparcar, ve entrando —no creía que ella quisiera esperarlo.

No lo hizo. Salió del coche y se metió en el hotel sin mirar hacia atrás. Finn se aseguró de que entraba y se fue hacia el aparcamiento.

Cuando aparcó se quedó mirando hacia la noche oscura. El cielo era suficientemente vasto como para hacer sentir a un hombre su pequeñez e insignificancia en el curso del universo, como si lo que hiciera o dejara de hacer no importara lo más mínimo.

Deseó que fuera cierto, pero algo en su interior le dijo que no era verdad, lo que había hecho aquella noche provocaría cambios. Había destruido la relación entre él e Izzy, y posiblemente la de Izzy y Sam.

¿Y todo por qué? ¿Por amor?

Confió en hablar con Izzy y que le creyera.

No lo vio cuando se marchó de la casa. Dio a Rorie una serie de instrucciones sobre la casa y sobre la responsabilidad sobre las niñas. Dio también instrucciones a las niñas y les dijo que estaba orgullosa de ellas y esperaba que Rorie descubriera lo maravillosas que eran.

—¡No te vayas! No te vas a ir, ¿verdad. Izzy? ¡No puedes irte!

Pero Izzy no tenía otra alternativa.

—Os escribiré —prometió, acariciando las cabecitas de color cobrizo.

—Pero…

—Lo haré. Os quiero —les dijo.

—¿Qué pasa con… tío Finn? —exclamaron.

«También lo quiero», pensó Izzy pero no dijo nada. Era inútil amarlo cuando él no la amaba a ella, y le dolía quedarse más tiempo allí sabiéndolo.

Había dicho que había sentido lo que había pasado. ¿Qué más se podía decir?

Abrazó y besó a las niñas y salió sin mirar atrás. En su interior sabía que no podía volver, aunque lo deseara con desesperación.

Compró un billete a San Francisco para aquella noche, primero pasaría a ver a Sam.

Estaba trabajando, así que por lo menos no tendría que enfrentarse a él en su apartamento, aunque interrumpirlo en su despacho no fuera mucho más fácil. La secretaria la saludó amablemente y la dejó entrar.

Cuando entró Sam esbozó una sonrisa encantadora que hizo sentir culpable a Izzy por lo que estaba a punto de decirle.

—Sam —dijo con los dedos entrelazados, intentando mantenerse firme.

Sam se levantó y se dirigió hacia ella, ella supo que iba a abrazarla y retrocedió, quedando la mesa como una barrera entre ellos.

—¡Oh, Sam! —dijo con voz temblorosa. ¿Y no tenía los ojos llenos de lágrimas?

Se limpió las mejillas precipitadamente—. ¡Lo siento! ¡No quería que pasara!

Sam la abrazó y ella se recostó en su pecho, mojando la camisa con sus lágrimas. Sam le dio golpecitos en la espalda consolándola, y ella recordó que era lo mismo que había hecho cuando su padre había muerto. Él no dijo nada hasta que ella finalmente dejó de llorar.

—No es tan grave, ¿no es así? —dijo Sam cariñosamente.

—Es muy grave —dijo, tragando saliva—. No… no puedo casarme contigo.

Izzy intentó mirarlo, pero no pudo. No hasta que él la agarró la barbilla e intentó que lo mirara.

Los ojos cálidos de Sam la miraron con preocupación.

—¿No puedes? —preguntó con voz serena y amable. Exactamente la del tipo de hombre con el que ella querría casarse, ¡maldita sea!

Empezó otra vez a llorar.

—¿Por qué no? No tienes… una enfermedad contagiosa, ¿verdad? —preguntó Sam después de unos segundos.

—No. No es nada de eso, aunque a veces creo que es parecido.

—¿Qué te hace sentir así?

—Estar… enamorada de Finn.

Ya estaba hecho. Izzy se dio la vuelta para no ver la censura en los ojos de Sam.

—Amas a Finn —Sam repitió las palabras suavemente, como si se debieran a un destino fatal.

—¡No quiero! —dijo moviendo la cabeza con desesperación—. ¡Créeme, era lo que menos quería que sucediese! ¡Preferiría casarme contigo!

—Pero no puedes —la voz de Sam seguía siendo suave, sin censura, como si estuviera triste. Sacó un pañuelo del bolsillo y limpió la cara de Izzy—. Pareces un mapache —le dijo con una sonrisa.

—Me siento como una comadreja. Nunca pensé que…

—Lo sé. Comprendo —acertó a decir Sam, todavía limpiándole la cara.

—¿Sí?

—No estoy ciego —dijo, asintiendo con la cabeza—. Me di cuenta aquel día en East Hampton. Y otras veces —añadió pensativo.

—¿Allí? —preguntó sorprendida Izzy.

—Antes de eso, por la manera en que lo mirabas —apuntó, encogiéndose de hombros—. Lo devorabas con la vista.

—Yo nunca…

—Estoy seguro de que nunca me has mirado de ese modo.

Izzy escondió la cabeza avergonzada, sabiendo que era verdad y odiándose por ser tan transparente.

—Soy una estúpida —dijo con amargura.

—No, eres humana —apuntó, poniendo el pañuelo en la mano de Izzy—.

Guárdalo, puede que lo necesites.

—Lo necesitaré —admitió—. Probablemente lloraré todo el camino de vuelta.

—¿Te vas a casa? Pero pensé que…

—El sentimiento no es mutuo —explicó Izzy, negando con la cabeza.

Sam apretó la mandíbula y la miró con cariño.

—Entonces él es el estúpido.

Izzy no quería entrar en ello, simplemente era una parte de la personalidad de Finn. No podía explicar a Sam lo que Finn pensaba del amor o las malas experiencias que había tenido en la infancia con respecto a la familia, no era asunto suyo ni de Sam. Se encogió de hombros.

—¿Entonces te vas a tu casa para intentar olvidarlo?

Izzy asintió.

—¿No quieres quedarte aquí. Yo no te presionaría.

—No puedo. Me gustaría poder, Sam. Te quiero de verdad, pero no…

—Lo sé —dijo con un suspiro—. Creo que siempre lo he sabido. Era demasiado fácil, demasiado bueno para que fuera cierto. La comunicación que sentimos desde el principio, como si siempre nos hubiéramos conocido…

—Como hermanos —al decirlo Izzy abrió los ojos sorprendida por el descubrimiento.

—Exactamente, como hermanos —Sam sonrió de manera extraña y ella se quitó el anillo de comprometida y lo puso en la mano de Sam.

—Yo también te quiero, Izzy —dijo suavemente, y le dio un beso en la mejilla.

Izzy empezó a llorar de nuevo, luego alzó los ojos y esbozó una sonrisa.

—Eres el mejor amigo que una mujer puede tener, Sam.

—¡Demonios! —gritó Finn, dando una patada a una de las latas de película que había por el suelo del estudio.

Strong ni siquiera miró.

Finn sabía que ella no tenía la culpa. Ella estaría probablemente también sorprendida. Finn había estado maldiciendo y de mal humor desde que había vuelto de Wyoming hacía cinco días. Había estado dando portazos y golpes contra todo lo que se ponía en su camino en su estudio aquella tarde. En esos momentos eran casi las cinco y media, y estaba seguro de que Strong estaría contando los minutos para irse a casa.

No había manera de escapar a su propia tristeza. Ni en casa ni en el estudio.

Antes conseguía encontrar refugio en el trabajo, pero le era

imposible en esos momentos.

Quizá porque su trabajo consistía en revelar las fotos que había hecho en Jackson Hole. También las de las niñas.

Parecía que había sido una buena idea, darles cámaras y animarlas a que tomaran fotografías de lo que quisieran, pero no sabía que las fotos iban a estar llenas de Izzy.

También él había tomado fotos de ella y estaba ansioso por verlas. Las de las niñas incluían fotos hechas en el prado con los alces, en las montañas, algunas de primer plano de sus caras, también de lagos, barcas… etc., y todas parecían incluir a Izzy.

Una de las fotos de Izzy sonriendo la había revelado a tamaño dieciséis por veinte y la habia colgado en el estudio.

—La has captado a la perfección —había dicho Strong la mañana en que Finn había salido del apartamento temiendo que Izzy se hubiera ido cuando él volviera—.

¿No te gusta?

Tenía el corazón hecho añicos.

Había estado todo el resto del día revelando fotos y viendo a Izzy en diferentes actitudes, deseando llamar a casa y hablar con ella para convencerla de que no se fuera con Sam.

Cuando volvió a casa ella se había ido.

—Se fue muy deprisa —explicó Rorie, disculpándose con nerviosismo—. Pero me dijo que usted entendería y me dio muchos consejos.

Finn entendió, claro, y exhaló un suspiro, era todo lo que podía responder. Su mano apretó el pomo de la puerta.

—Pero si quiere que haga algo de otra manera —continuó Rorie—, sólo tiene que decírmelo. Después de todo usted es el jefe —añadió alegremente.

—Sí —asintió Finn. En esos momentos se oyeron pasos en las escaleras y aparecieron Tansy y Pansy con expresión triste.

—¡Izzy se ha ido!

—¡Se ha ido, tío Finn!

Y corrieron hacia él con lágrimas en la cara. Se abrazaron y Finn las tomó en sus brazos y vio la expresión de la cara de Rorie. Parecía estar sin saber qué hacer. ¿Y

cómo se sentía él?

—Maldita sea —murmuró, enterrando la cabeza entre los rizos anaranjados—.

Maldita sea.

Esas palabras las había vuelto a decir en los cinco días siguientes. Y se había sentido tan solo como el primer día.

El teléfono sonó y Strong contestó.

—Es tu hermana —informó, pasándoselo a Finn.

—Hola, Finn. ¿Qué tal va todo? —dijo la voz de Meg alegremente. Ni siquiera dejó que contestara y siguió hablando—. Nos lo hemos pasado maravillosamente Roger y yo. Tenías razón, teníamos que estar un tiempo juntos para conocernos más.

Y ahora que lo hemos hecho estamos más enamorados que nunca.

—Fantástico —dijo con voz neutral.

—Nos hemos casado, como yo esperaba, y hemos vuelto.

Finn no sabía que podía sentirse mucho peor de lo que ya se sentía.

—Hemos tenido una luna de miel increíble —siguió Meg—. Nosotros solos en una pequeña choza en una isla pequeñita al lado de Bora Bora. Era un lugar precioso, a ti te encantaría.

Finn no decía nada. Strong lo miraba con pena.

—A las niñas también les hubiera gustado —continuó—. ¿Cómo están?

—Muy bien —dijo entre dientes.

—No estás enfadado conmigo, ¿verdad, cariño? ¿Por enviártelas de esa manera? Sé que has cuidado de ellas. Tú e Izzy. Ha sido mucho mejor que llevármelas conmigo —añadió con una risita.

Finn se preguntó si su enfado sería perceptible al otro lado de la línea.

Meg hizo una pausa.

—Te quería hablar de ello —continuó Meg con seriedad.

—¡No te las vas a llevar ahora! —gritó Finn.

—No…

—¡Me las has dado! Me las enviaste como si fueran dos bultos, pero no son bultos, son niñas. ¡Son mis niñas! No sé si es legal lo que hiciste, pero ahora son mías, Meg. Las quiero y ellas me quieren, y lo haré legal. ¡Si intentas quitármelas voy a luchar hasta el fin, no me importará que seas mi hermana!

Strong aplaudió silenciosamente y le hizo un gesto de apoyo con el dedo pulgar.

—¡Por Dios santo! —acertó a decir Meg con un suspiro y una risa nerviosa—.

Siempre fuiste muy apasionado, ¿no?

¿Lo era? Aparentemente sí.

—De acuerdo, no te preocupes, cariño, no pensaba quitártelas.

—¿No lo pensabas? Sólo quería asegurarme de que todo iba bien.

—Está todo bien —si no cuentas las veces que lloras antes de acostarte echando de menos a Izzy. Si no cuentas las pesadillas y las caras tristes en la mesa a la hora de desayunar, o las veces que Pansy y Tansy le preguntaban si podía hacer que volviera.

—Bien —dijo Meg con un suspiro de alivio—. Quizá vayamos a verte dentro de un mes.

—Echarás todo a perder si vienes tan pronto, danos un poco más

de tiempo.

—Puede que tengas razón, tienes que conseguir una unión fuerte con ellas —

soltó una risita—. Me habría gustado veros a ti y a Izzy con las niñas.

—Izzy se ha ido —dijo Finn.

—¿Qué?

—Se ha marchado. ¿Qué habías pensado? ¿Que iba a dejar a Sam Fletcher a un lado y se iba a quedar conmigo y con dos niñas? No seas idiota.

—¿No lo ha hecho? —preguntó Meg perpleja. Finn dijo una grosería y los ojos de Strong se abrieron sorprendida.

—Yo creí que se quedaría. No entiendo por qué no, sois perfectos el uno para el otro, cualquiera puede darse cuenta. Incluso tú —añadió, como si estuviera diciendo sus pensamientos en voz alta.

—¡Me he dado cuenta, maldita sea! ¡Pero ella no!

—No me lo creo, ella es mucho más perceptiva que tú. ¿La has echado tú, Finn MacCauley? —preguntó con tono inquisitivo.

Finn no contestó.

—Te juro que a veces me desesperas, Finn. No pensarás que te dejé a las niñas a ti solo, ¿no?

—¿Qué hay de malo en ello?

—Tú tienes mal humor y eres cabezota, eso para empezar. Pero también eres cariñoso y atento, y haces cualquier cosa por la gente a la que quieres.

—Gracias, eso espero. Es así, y yo haría cualquier cosa por ti. Por eso te mandé a Izzy, para que amaras a alguien como yo amo a Roger. Alguien que también te quiera a ti.

—Izzy no me quiere, quiere a Sam Fletcher. ¡Maldita sea! —apuntó Finn, sin poderse creer que su hermana fuera tan ingenua.

—¿Estás seguro? —repitió su hermana despacio.

Izzy había dejado su corazón en Nueva York. Se esforzaba por superarlo haciendo bromas con Digger, enmarcando cuadros con la ayuda de Hewey, cocinando con Pops, e intentando sonreír para demostrarse que, incluso sin corazón, ella seguiría viviendo.

—Ese maldito Sam Fletcher —murmuró Hewey a Izzy, los dos estaban en el sótano de la tienda trabajando.

Mejor dicho Hewey era el que trabajaba. Izzy no tenía las ideas muy claras, excepto en lo que a Finn se refería.

—Gordon debe de estar revolviéndose en su tumba. Todos confiábamos en tu Sam, me gustaría que hubiera funcionado.

—No fue culpa de Sam —dijo Izzy precipitadamente. No había explicado nada a la vuelta de su viaje, simplemente había vuelto, sonreído, y permitido que pensaran cada uno lo que quisiera—. Fue

por mi culpa, Hewey, yo fui la que rompí el compromiso.

—Creí que lo amabas.

—Yo también lo creí —murmuró, inclinando la cabeza sobre el cuadro que estaban enmarcando.

—¿Cómo te diste cuenta que no lo amabas? —quiso saber Hewey, que al parecer pensaba que había aguantado demasiado sin hacer preguntas. En esos momentos la miró fijamente a los ojos enrojecidos para descubrir la verdad. Quizá ella también tuviera que enfrentarse a la verdad, para luego continuar.

Izzy se mordió el labio inferior buscando las palabras adecuadas.

—¿Has estado alguna vez enamorado, Hewey?

—Muchas veces —respondió con su mejor sonrisa de marinero.

—No, quiero decir de verdad.

—¿Quieres decir con todo el alma?

Izzy asintió y contempló la sonrisa extraña en la cara del hombre que desapareció repentinamente.

—Una vez —admitió Hewey—, pero ella estaba comprometida y no pude hacer nada —el hombre suspiró y se pasó la mano por el pelo blanco—. Hubiera luchado por ella, pero fui demasiado noble.

—Yo no —dijo una voz dura y tan inesperada que Izzy se alegró de no tener en la mano nada cortante, porque se lo hubiera clavado.

Alzó los ojos y vio a Finn sobre las escaleras. Parecía agotado, estaba muy delgado, como si llevara sin dormir bien una semana, como si se sintiera como ella se sentía. Lo miró perpleja. Hewey los miró primero a uno, luego a otro, con evidente curiosidad.

—¿No qué? —acertó a decir Izzy.

—No he sido noble, aparentemente —respondió, Finn con una mueca en los labios—. Lo he intentado, pero no he podido. Así que fui a ver a Sam.

Hewey estaba con la boca abierta.

Izzy tragó saliva despacio, sin atreverse a parpadear por si la imagen desaparecía. Se humedeció los labios con la lengua y se concentró en la respiración con dificultad.

—¿Por qué fuiste a ver a Sam? —¿era su voz así de baja? ¿Así de patética?

—Para tenerte —replicó Finn con franqueza, con los puños apretados y el rostro pálido—. Me dijo que habíais roto hacia una semana. ¡Una semana!

Izzy asintió, no podía hacer otra cosa. Deseó que Hewey no estuviera allí, que se fuera escaleras arriba.

—¿Eres la razón por la cual ha estado toda la semana lamentándose? —

preguntó Hewey a Finn con una expresión dura en los ojos.

Finn apretó los labios y miró a Hewey a punto de decir algo

grosero, pero luego lo pensó mejor.

—¿De verdad?

—Es verdad —contestó Hewey—. Ha estado deprimida como si le hubieran matado a su perro favorito.

Finn no supo si alegrarse de la comparación o no, Izzy tampoco sabía. ¡Quería saber qué estaba haciendo allí!

—Hewey, ¿te importaría dejarnos un momento solos?

—¿Para qué?

Izzy lo miró y a continuación miró a Finn. Hewey comprendió y dejó lo que estaba haciendo, se levantó del taburete y la miró.

—¿Crees que es lo que Gordon haría?

—Sí —no, su abuelo habría hecho muchas más preguntas personales, pero ella misma ya se hacía bastantes.

Hewey miró a Finn de arriba abajo sin emitir ningún juicio, luego se dirigió hacia la puerta.

—He descubierto el problema de Izzy —se oyó la voz de Hewey que decía a Digger.

—Ya lo sé, déjalo pasar —replicó Digger.

—No me importa lo que digan —dijo Izzy.

—Tampoco a mí —añadió Finn, pasándose una mano por el pelo, luego dio un paso hacia ella y se paró. Sus ojos se posaron en los ojos de Izzy—. Ni siquiera intenté comportarme con nobleza —dijo en voz baja—, hasta que fue demasiado tarde.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Si me hubiera comportado noblemente no te habría hecho el amor, en primer lugar. No te hubiera llevado a casa de George para seducirte, simplemente habría sido tu amigo. Habría sido noble de alma, y me habría sentido horriblemente solo.

No quise, por eso jugué sucio. Quería que tú me quisieras a mí, no a Sam, pero no lo hiciste.

—¿No?

—¡Tú comenzaste a llorar! ¡Hicimos el amor y rompiste en lágrimas!

—Porque pensé que para ti era únicamente sexual, que no había nada de cariño

—le dijo Izzy.

—¿Qué? ¿Por eso llorabas, no porque hubiera destrozado tu relación con Sam?

—Antes de eso mi relación con Sam estaba rota.

—¿Qué quieres decir?

—Creí que lo amaba… hasta que te encontré —dijo Izzy, después de tomar aliento. Ya no tenía nada que perder.

—¿Tú… me amabas? —preguntó como si no hubiera entendido bien las palabras. Izzy pensó que, dado su pasado, efectivamente no

las había entendido.

Quizá aquella noche había sido tan dura para él como para ella.

Izzy se armó de valor y se acercó a él.

—Quería conservar el recuerdo —confesó—. Creí que sería lo único que tendría.

—¡Oh, Dios! —las palabras parecieron golpearlo. Tomó las manos de Izzy en las suyas, y pudo sentir su temblor—. ¡Izzy, te amo!

Entonces la besó con toda la pasión y el anhelo que había guardado en su corazón y que no se habría borrado en muchos años. Finn habría dado su cuerpo a otras mujeres, pero ella supo en esos momentos que ella habría sido siempre la más importante.

Izzy notó las mejillas húmedas y pensó que estaba llorando, pero cuando vio los ojos de Finn brillantes, no estuvo segura.

—¿Cómo supiste que estaba aquí?

—Me lo dijo Sam.

—¿Sam? —¿había podido Sam hacer eso por ella?

—No se sorprendió de verme. Cuando perdí la poca nobleza que me quedaba y encontré suficiente coraje para llamar a su puerta. La verdad es que me dijo que ya era hora de que fuera.

—Querido Sam…

—Yo no diría eso —apuntó Finn con tristeza—. Si no hubiera sido por Sam, te habría tenido mucho antes.

—Si no hubiera sido por Sam, nunca me habrías conocido, estaba allí por él.

—Puede que no. Y luego hablé con Meg, ella nos había preparado todo.

—¿Qué? —preguntó Izzy sorprendida.

—Ella pensó que éramos perfectos el uno para el otro —explicó Finn con las mejillas coloradas—. Por eso envió a las niñas contigo.

—¡Ella sabía que estaba comprometida a Sam!

—Sí, ya sabes la moral de Meg. No tiene mucha —dijo, esbozando una sonrisa.

Izzy hizo un sonido con la boca, pero no podía en realidad enfadarse con la hermana de Finn. No cuando había tenido razón finalmente.

—Es malvada —murmuró.

—Gracias a Dios —murmuró Finn, tomándola entre sus brazos—. O no te habría conocido, ni a las niñas —Finn miró hacia arriba y se oyeron en ese momento las voces de Pops Digger y Hewey, y el sonido de unas risas infantiles.

—Estuvieron a punto de morirse cuando te fuiste —dijo Finn despacio.

—Yo estuve a punto de morir cuando me marché, pero no podía quedarme, no pensando en que…

—Lo sé —los labios de Finn se acercaron a la boca de Izzy—, pero ahora te vas a quedar con nosotros para siempre, ¿verdad?

—Si tú lo quieres.

—Sí, claro que lo quiero. Quiero que nos casemos, quiero que tengamos hijos.

—¿Más niños?

—Si no te importa —dijo precipitadamente Finn—, pero nos vamos a quedar con Tansy y Pansy, ya se lo he dicho a Meg. Iremos todos a Bora Bora de luna de miel.

Izzy rió ante la idea y lo rodeó con sus brazos.

—Suena estupendamente. ¿Subo arriba y se lo digo?

—¿Crees que les va a gustar? ¿A todos? ¿Incluso al hombre que tenía un cúter en la mano —se refería a Hewey.

—No te preocupes, yo te salvaré.

Finn la besó de nuevo.

—Ya lo has hecho, Izzy, amor mío. Ya lo has hecho.

Fin